



UN THRILLER DE MISTERIO SOBRENATURAL

MIEDO EN MIS MANOS

UN CASO
DE ANNE
Y ALEXIS

RAÚL
GARBANTES

MIEDO EN MIS MANOS

CASOS CRIMINALES COMPLEJOS N° 1

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2022 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Página web del autor:
www.raulgarbantes.com



PARTE I

EL ATACANTE COMENZÓ A SEGUIR al hombre que llevaba un impermeable gris cuando tomó la calle que bordeaba el parque Lakewood. Pasó frente a la casa número tres y se aseguró, con una mirada rápida, de que las luces del interior y del porche de la vivienda estuviesen apagadas. Todo iba bien. Si alguien hubiese estado dentro observando por la ventana lo hubiese visto, pero ya sabía que los residentes se encontraban de viaje.

Apuró el paso y pensó en el cuchillo que llevaba en el bolsillo. Había practicado el movimiento circular sin titubeos, que era como dar la vuelta a una tuerca. Debía centrarse en el arma y en la herida. En la hoja afilada de quince centímetros y de cierra dentada de un lado. Un cuchillo de «caza de remate para piezas de gran tamaño», tal como le había descrito el vendedor de pelo cano y ojo perezoso.

El hombre del impermeable se detuvo al escuchar el débil aullido de un perro. Era un cachorro *golden retriever* herido. Estaba tendido en el límite entre el parque y la calle. Tuvo que acercarse para verlo bien porque la bombilla del farol más próximo estaba rota.

El hombre del impermeable no podía creer lo que veía. Era consciente de la maldad gracias a su trabajo, pero pensar que alguien había podido dejar en esas condiciones a un animal tan pequeño e indefenso lo llenó de ira.

—¡Maldito...! —exclamó y debido a la impresión no se dio cuenta de que detrás de él había alguien.

El atacante le disparó en ambas piernas a la altura de los muslos. El arma contaba con un silenciador alargado y eficaz. Fueron dos tiros cortos y secos, de menos de ciento veinte decibeles, audibles pero no alarmantes. Además, no había nadie allí para escucharlos.

El atacante dio varios pasos y esperó milésimas de segundos a que el hombre cayera de rodillas. Después le disparó nuevamente en la nuca. Luego guardó la Glock y se acercó hasta quedar frente a él. En pocos segundos, el hombre quedó tendido, muerto.

Entonces, el asesino se inclinó, dio la vuelta a su víctima, sacó el cuchillo y le clavó con maestría en el vientre la hoja afilada. Dibujó un semicírculo que llenó de inmediato de sangre la camisa del hombre.

Guardó el cuchillo en un bolsillo. Tomó el cadáver por los dos brazos y lo arrastró adentrándose en el parque, buscando el sendero llamado Landon Nature Trail, que se encontraba del otro lado y más cerca de la avenida. Cuando llegó al sendero Landon, continuó moviendo el cuerpo de su víctima hasta ubicarlo en medio del camino.

Luego le extendió una pierna, haciendo un ángulo con ella lo más abierto posible. Para ello le dio sucesivas patadas. Después hizo lo mismo con la otra pierna y con los dos brazos. El cuerpo y las extremidades del hombre quedaron en una posición que asemejaba a una equis.

Se inclinó y con el cuchillo terminó de cerrar el círculo de la herida que había hecho a la altura del ombligo de la víctima. Sacó una moneda del bolsillo del chándal que tenía puesto y la metió dentro del orificio. Se trataba de una moneda con un grabado especial.

—La monedita de juego ilegal que apuntará en dirección al ahijado del jefe de la familia Tomasso y sus clubes sórdidos, y así la verdad continuará invisible, como debe ser —dijo.

Después hizo otro corte circular con el cuchillo a la altura de la laringe del muerto y hurgó hasta tocar lo que buscaba. Las cuerdas vocales. Cortó.

—Nadie comprenderá la posición ni el círculo ante tanta sangre. La gente suele confundirse y atender a lo grotesco antes que a lo

esencial... —susurró el asesino mientras se levantaba.

Miró el cadáver del hombre del impermeable por última vez. Guardó el cuchillo, se quitó los guantes y los metió en el bolsillo. En ese momento le pareció escuchar algo. Detuvo la respiración y afinó el oído. Aguardó y pensó que no era nada segundos después. Desanduvo sus propios pasos, se puso la capucha y comenzó a trotar. Pasó por el lado del cachorro que había dejado herido para llamar la atención de la víctima. Lo tenía todo calculado; la bombilla rota, la rutina y el paseo que siempre daba el hombre del impermeable por esa zona desierta antes de volver a casa. Y por supuesto, el amor que a donde iba demostraba por los perros.

Además, había tenido la precaución de que la víctima bebiera un par de copas de más para ralentizar sus reflejos defensivos en caso de que no pudiera tomarlo por sorpresa.

—Después de todo, era un sujeto bien entrenado, pero todos necesitamos bajar la guardia unos minutos al día —se dijo.

Se acercó al animalito, sacó el cuchillo de nuevo y terminó con su vida cortándole el cuello.

—¿Qué clase de persona sería si lo dejara sufrir de más? —se preguntó en voz alta.

En ese momento, escuchó un auto desplazarse a lo lejos y supuso que lo hacía por la avenida Kansas, al otro lado del parque Lakewood. Eso no significaba riesgo alguno, pero igual creyó conveniente apresurarse. Muchas veces había pensado que el albergue instalado en el lado este del parque Lakewood era un elemento en contra, pero terminó por considerar que, si actuaba rápido, todo iría bien. Además, era la hora de la cena y los huéspedes estarían en el comedor.

Guardó el arma, se ocultó detrás de un árbol cerca del cuerpo del perro en el área oscura, donde había dejado una bolsa con un cambio de ropa. Se quitó la que llevaba puesta y se puso la que tenía preparada. En la bolsa también había un espejo. Miró el reflejo de su cara y comprobó que no hubiera ni una gota de sangre en su rostro, cuello o manos. Metió la ropa de la que se había despojado en la bolsa. Ya había planificado en cuál contenedor de basura tirarla. Era uno que sería vaciado en pocos minutos.

Se fue caminando a buen ritmo hasta la calle 25 del sureste de la ciudad de Topeka. Llegó allí sin ningún contratiempo. Unos instantes después se detuvo frente a un contenedor de desechos no orgánicos y lanzó la bolsa.

Salió del barrio Jefferson Square y llegó al barrio Central Highland Park, donde había rentado un apartamento. Entonces, una idea sembrada desde la oscuridad se posó en su cerebro. Inclínó la cabeza y cerró los ojos antes de sacar la llave. Vio pasar toda su vida en un segundo y sintió el agradable olor a eucalipto que desprendían los árboles cercanos. Ese era el mejor momento, el que sintetizaba todo. Así, tuvo la visión de una época anterior a su nacimiento; vio a un grupo de hombres reunidos en torno a la imagen del *Hombre de Vitruvio*, y después a un barco atravesando una tormenta y meciéndose entre las olas del océano en medio de la niebla. Lo comprendía todo.

Estaba complacido porque había logrado convertirse en el instrumento perfecto. Su misión de asesinar al detective Devin Walsh había sido cumplida.

AMANECÍA EL 4 DE JULIO.

Un sujeto me seguía. En pleno verano llevaba una gabardina negra y algo le cubría la cabeza, pero no recuerdo qué. A nadie parecía sorprenderle su indumentaria, solo a mí. Tenía consciencia de que ese hombre significaba una amenaza y era muy poderoso, por eso no quería enfrentarlo. Tenía miedo e intentaba esconderme y ocultarme entre la gente. Desperté inquieta.

Sabía que ese sueño contenía una historia más compleja; había partes que no recordaba y eso me hizo sentir ansiosa al despertar. Lo que sucedía era que, de alguna manera, intuía que lo que no recordaba tenía que ver con el asesinato de Devin hace dos años. Con eso que me hizo convertirme en otra Alexis Carter y me impulsó a formarme como detective, mudarme a Wichita y estudiar Perfilación Criminal.

Ahora me encontraba finalizando los dieciocho meses de estudios para llegar a ser detective de grado tres, y había comenzado a trabajar en el Departamento de Homicidios de Wichita hacía apenas una semana.

Era la primera vez que actuaba como investigadora oficial porque lo de antes había sido una asesoría puntual en el caso del asesinato de los niños en Topeka. Además, la ayuda que brindé a la Policía en esa ciudad fue antes de conocer la existencia de la oscuridad y de que mis planes dieran un giro de ciento ochenta grados.

Una parte importante de mi vida ahora consiste en analizar los sueños y las visiones que tengo, sobre todo cuando mantengo contacto con otras personas y con algunos objetos, aunque casi nunca los comprendo de primeras. Esa es mi manera de enfrentar la oscuridad.

Por eso pasé todo el día intentando interpretar y saber más sobre el sueño y el hombre que vi en este, pero no lo logré.

Así que en la tarde decidí salir de casa para replicar las condiciones de lo único que recordaba: buscaría un lugar en la ciudad en donde sabía que se concentraría un buen número de personas y estaría atenta a lo que sucediera. No se trataba de que pensara que el sueño era una premonición. Lo que quería era comprender un poco más el lado oculto de mi propio pensamiento, porque casi siempre es allí donde tengo que buscar para llegar a la verdad. Eso también me ocurría antes con mis pacientes en Topeka y, gracias a ese esfuerzo de interpretación de mí misma, solía dar con un tratamiento acertado para ellos.

Ya fuera de casa pasé por el parque Aley, en Wichita, y mi plan era llegar al bulevar McLean, donde sabía que se concentrarían varias atracciones populares.

En el trayecto pude ver las aceras repletas de gente. Olía a sandía, a helado y a palomitas de maíz. Las personas caminaban detrás y delante de mí, por todas partes, y cada vez eran más. Venían como en manadas. Vi desfiles en las vías, aviones y paracaidistas en el cielo, además escuché música, sobre todo *jazz* y *rock*. También me topé con una exhibición de proezas de motociclistas, con varios bailes callejeros y hasta con un torneo de carreras en sacos de maíz. Parecía que todo el mundo había sacado las sillas de *camping* y las mantas, dispuestos a pasar el mejor día de sus vidas a pesar del calor bochornoso que hacía: treinta y ocho grados a las seis de la tarde. Sin embargo, las altas temperaturas no desviaron los planes de celebración de los habitantes de Wichita. Hasta ese momento no había notado que nadie me siguiera.

Después de permanecer un rato en el bulevar McLean, tomé la avenida Central y crucé el puente sobre el río Arkansas. Me detuve

en el camino, cerca de la escultura del indio, la que han llamado *El guardián de las llanuras*.

Cerré los ojos e intenté poner la mente en blanco.

—Alexis..., ¿qué estás haciendo? Nadie te sigue. Ese sueño no significa nada, y todo esto es porque llevas días inquieta... —me reproché.

Desde que comencé en el Departamento de Homicidios me había sentido ansiosa, como si algo estuviera a punto de pasar. Pero esa sensación podía estar relacionada con que no encajo en el mundo policial. Apenas transcurrieron quince minutos en la oficina, supe que debía intentar adaptarme, pero no podía evitar sentirme como alguien que constantemente tiene que traducir lo que piensa a los demás. Soy diferente y mi forma de investigar también lo es, y por eso me siento como si hablara otro idioma y tuviese todo el tiempo que hacer un esfuerzo descomunal para intentar hablar como los demás. Ese estado de extrañeza de los últimos días podía ser la causa de mi ansiedad y también del sueño.

Con esa explicación en la cabeza, abrí los ojos y continué caminando y observando a las personas a mi alrededor. Entonces comencé a notar la frustración y el cansancio en las caras de los caminantes que pasaban a mi lado. Capté varias discusiones acaloradas de algunas parejas que vociferaban y también la molestia de padres que obligaban a sus niños pequeños y cansados a seguir andando. Noté a varios adolescentes tristes, tal vez porque el chico o la chica especial con quien habían fantaseado pasar la celebración les terminó dando plantón.

El problema es que comprendo demasiado a las personas y por eso capturo todo tipo de emociones y las padezco casi como si fueran mías. Lo bueno era que ya me había deslastrado de la obsesión que me produjo el sueño durante todo el día porque me estaba contagiando de las emociones de los demás.

Pero cuando ya había decidido volver a casa, lo vi. Era una persona que vestía como el hombre de mi sueño, pero no era alguien intimidante. Se trataba de un niño.

Por alguna razón, el chico había querido salir disfrazado. El atuendo consistía en una gabardina negra y un sombrero del mismo

color. Pensé que quería verse como Sherlock Holmes o alguien por el estilo. También llevaba una lupa en la mano y observaba a los caminantes a través de ella.

Podía ser casualidad lo de mi sueño y el disfraz del niño. Era lo más seguro. La única coincidencia era la prenda negra, la gabardina. El hombre que me seguía llevaba cubierta la cabeza, pero no recordaba si también era con un sombrero.

Vi que el chico, de la mano de su madre, pasaba por mi lado y me observaba con la lupa. Tenía el pelo mojado de sudor y la frente perlada, pero no parecía importarle. Luego hizo un gesto con su otra mano, como si cargase una pistola y me hubiese disparado. Después continuó caminando y se perdió entre la multitud que avanzaba.

—Alexis, nada de esto tiene sentido —me reproché mentalmente.

Me alarmé porque estaba viendo mi sueño como una especie de premonición, y no solía pensar ni creer en ellas. Además, no tenía sentido igualar a un hombre amenazante con un chico que tendría once o diez años a lo sumo. Me sentí estúpida. Sabía que nadie salía a la calle a perseguir una pesadilla, como lo había hecho yo.

—No debes creer en todo lo que aparece en tu cabeza —me dije.

Decidí esperar un poco el inicio del espectáculo de los fuegos artificiales y luego emprender el camino de vuelta a casa. Supuse que faltaba poco para que comenzara porque todos los presentes se agolpaban en el paseo junto al río, ya que ese era el mejor lugar para admirar las luces en el cielo. Varias personas se tropezaron conmigo al pasar y fue entonces cuando mi mente se nubló y otra vez la visión vino a mi cabeza, la del día que toqué el cadáver de Devin.

Era la segunda vez que la veía en casi tres años. Ser atacada por la misma imagen que tuve cuando toqué la frente de Devin en la morgue resultó algo inesperado, incomprensible.

Lo que ve mi cerebro cuando llegan esas visiones es borroso, sumamente confuso. Pero esta era la más desesperante de todas porque no tenía idea de lo que significaba y me dejaba con una horrible sensación de muerte. Solo las palabras finales que acompañan la imagen me resultaban más o menos comprensibles.

Me detuve y sentí como si varias personas volvieran a tropezarse conmigo. Quedé con la impresión de que estaba rodeada de una amenaza cada vez más cercana y el sueño que segundos antes había considerado una tontería ahora aparecía como un aviso. Tenía la sensación de que no solo era yo, sino la ciudad entera la que estaba en peligro, acechada. Sentí un pánico inexplicable como consecuencia de la visión. La celebración callejera me parecía un ingenuo telón de fondo, más como una trampa que había agrupado a muchas criaturas en una jaula para ser luego destruidas. Lo angustiante era la trama que estaba a punto de comenzar y que nadie más intuía.

Nunca me había sentido tan sola.

ECHÉ A ANDAR LLEVADA por la marea humana que se desplazaba en la misma dirección de la corriente del río Arkansas.

De repente, escuché que alguien me llamaba.

—¿Doctora Alexis? ¿Cómo está?

Volteé y lo vi. Tenía el pelo más largo, pero lo reconocí de inmediato. Se trataba de Logan Callen, un expaciente de Topeka. Él asistió a mi consulta cuando apenas la iniciaba.

Era controlador aéreo y un hombre muy inteligente, pero con una ínfima capacidad de relación social. Una persona capaz de inventarse fantasías muy elaboradas para llenar el vacío emocional que había en su vida. Estaba obsesionado con su vecina a tal punto que creía que entre ellos dos existía una relación amorosa. Recuerdo que «mantenía» largas conversaciones telefónicas ficticias con la chica, por las noches. Me lo confesó, me dijo que tomaba el teléfono de casa y pasaba horas sentado hablando consigo mismo a dos voces: la de él y la de ella.

Fue extraño porque, al verlo, recordé de inmediato a Ender, el investigador del departamento que había conocido tres días atrás.

Al llegar al Departamento de Homicidios y de Casos Criminales Complejos (ese era su nombre completo), me encontré con un lugar reestructurado. Una de las nuevas dependencias era la de Investigación Virtual. Supe que la reestructuración había sido la obra de la anterior jefa, una mujer llamada Anne Ashton a quien todo el mundo apreciaba, pero más que nadie, este hombre de treinta años,

desgarbado y tímido a quien todos llamaban Ender aunque ese no fuese su verdadero nombre.

Era un *hacker* reclutado. Cuando lo conocí, llevaba puesta una gorra de los Kansas City Royals y una camiseta sobre otra, al estilo del personaje Sheldon de la famosa serie de televisión. Le caí bien a Ender y por eso se había dirigido a mí en varias ocasiones buscando conversación. Hasta chismeaba conmigo sobre otros agentes que entraban y salían de la sala del café del departamento, en donde me abordaba. Tal vez notó algo en mí que lo llevó a creer que nos parecíamos, que yo nunca llegaría a encajar por completo, como le pasaba a él.

Al reconocer a mi antiguo paciente, recordé de súbito a Ender porque eran como dos gotas de agua en cuanto a personalidad.

—¡Logan! Hacía tiempo que no nos veíamos —le dije.

—Mucho —respondió él mientras se acercaba a mí.

Ya yo me había detenido para esperarlo.

Me pareció una extraña coincidencia encontrarlo porque fue un 4 de Julio la última vez que lo vi, cuando paseaba en la ciudad de Topeka junto con Devin. También lo encontramos por casualidad en las calles de esa ciudad antes de los fuegos artificiales. Veintiocho días después asesinaron a Devin mientras volvía a casa.

Logan movió el brazo para ponerse algo que llevaba en la mano sobre la cabeza. Era la gorra de los Kansas City Royals.

Entonces me di cuenta de algo que hasta ese momento no había recordado: el hombre de mi sueño usaba la misma gorra que Ender y Logan.

INTERCAMBIÉ ALGUNAS PALABRAS CON LOGAN, intentando dejar la explicación de la coincidencia de la gorra para después. Me dijo que ahora vivía en Wichita y que había ascendido en su trabajo. No tenía ganas de permanecer mucho tiempo hablando con él, así que le dije que me alegraba de verlo tan bien y me despedí.

Continué caminando junto al río y me detuve frente a uno de los bancos del paseo al lado del río. Miré hacia el cielo y vi un dispositivo suspendido que tenía forma de gusano y daba vueltas sobre su propio eje. Era un dron, supuse que de vigilancia. O un aparato que tomaba fotos desde arriba. Me sentí vigilada.

En ese momento, escuché una voz de alguien que hablaba en un tono más alto y destacaba entre el grave murmullo de la multitud.

—Yo no le tengo miedo a nada porque soy como el tío Bill.

Quien habló era un niño que estaba junto al banco, frente a mí. Después de lanzar esa declaración, comenzó a devorarse la última parte del perrito caliente que tenía entre las manos. La mujer que lo acompañaba y estaba sentada en el banco sonrió y luego miró al otro chico más pequeño, quien se apoyaba en su regazo. El parecido entre los tres era sorprendente.

—A mí sí que me asustan los bisontes —reconoció ante su hermano y su madre el niño pequeño. Después me miró.

Yo estaba de pie detrás de ellos, como a cuatro metros de distancia. El dron seguía revoloteando en el cielo sobre el río. El chico que «no le tenía miedo a nada» se mantenía intentando

convencer a su hermano —y sobre todo a su madre— de que él era una especie de superhéroe.

—Te digo que me lancé desde las rocas cuando fuimos al rancho de la tía Sue y no sentí nada de miedo. Y desde allí, desde la cabeza de esa estatua, podría lanzarme también o de un paracaídas —dijo señalando la figura del indio kiowa, erigida junto a la confluencia del río Grande y el río Arkansas, y que desde allí se veía enorme.

El otro chico miró la escultura un segundo y volvió a observar a su hermano con una media sonrisa en la cara. Sus ojos mostraban incredulidad. Pensaría que su hermano bromeaba y quería comprobar que fuera así y no que hubiese perdido la razón. Después me miró de nuevo. Entonces se movió un poco hacia un lado para esquivar el cuerpo de su madre y contemplarme mejor. Lo saludé con la mano.

Una mujer pequeña que lucía fuerte, de unos cuarenta y tantos años que venía acompañando a dos chicos, se detuvo junto a ellos. Saludó con cariño a la madre de los niños, que continuaba sentada. Se inclinó hacia ella, la abrazó y la acarició con la palma de la mano abierta sobre la espalda. Cerró los ojos un momento y luego los abrió. Noté en su rostro rasgos asiáticos.

—Cariño, ¡qué bueno encontrarte! Esto es una locura. La cantidad de gente que ha venido esta vez es apabullante y ni el calor los ha detenido. ¡Pero estás estupenda! Y tú Evans... no me lo puedo creer, pronto tendrás mi tamaño... —dijo la recién llegada al tiempo en que enderezaba su cuerpo y miraba al niño mayor.

Evans, el chico que declaraba su valentía, soltó una carcajada al escuchar el comentario.

—Luca, querido... ¿Cómo van los reptiles? ¿Ya has completado tu libro? Te he traído del viaje algo que va a encantarte... —le anunció la mujer y el chico más pequeño dio unos pasos para abrazarla.

En ese momento, un hombre gritó a unos metros de distancia. La gente se agolpó, alguien me empujó y no pude ver más. Había comenzado el caos y no pude evitar pensar que aquello era lo que estuve temiendo que pasara.

—¡AYÚDENME, por favor...! ¡Se está ahogando! ¡Mi hija se está ahogando! —gritaba el hombre.

Yo había caído al suelo y la gente pasaba a mi lado. Algunos me pisotearon.

Me levanté al tercer intento y comencé a apartar a las personas que tenía alrededor. Logré hacerlo a medias y entonces vi que un hombre intentaba practicarle una maniobra de primeros auxilios a una niña, pero no parecía dar resultado. La gente se agolpaba cada vez más. Comencé a apartarlos y a dar saltos para poder ver sobre las cabezas lo que estaba sucediendo. Mido un metro sesenta y tres centímetros, no soy alta, y en ese momento me sentí más baja que nunca. Continué apartando a la gente y dije con fuerza, varias veces, que era policía.

Escuchaba gritos, sobre todo uno que emitió una mujer con tal nivel de intensidad que quedó retumbando en mi cabeza. Como pude, continué apartando a la gente y logré ver a la mujer que hacía pocos minutos había llegado al banco a saludar a la otra. Vi, como en cámara lenta, que se detuvo junto a la niña de cara cianótica. Ella pareció hacer un rápido análisis de la situación y sacó algo de un bolso de mano que llevaba consigo, y que luego lanzó al suelo. Era un objeto afilado que parecía unas tijeras de manicura. Escuché varias exclamaciones de horror.

La mujer dio una orden:

—Alguien llame a Emergencias... ya. Estamos a quince o veinte metros de la salida del puente frente a la escultura —dijo.

El padre de la chica estaba paralizado, en shock.

—¿Pero está loca? ¿Qué va a hacer con eso? —escuché que alguien que estaba a mi lado preguntó. Yo continuaba intentando llegar hasta allí.

Ella levantó las tijeras para abrirlas y enfiló directo a la tráquea de la niña. Por fin llegué a dos metros de distancia de ellos. Todo sucedía muy rápido.

En ese momento, aparecieron unos hombres que vestían el uniforme del personal de Emergencias. La mujer ya había hecho una abertura en medio del cuello de la chica. Ahora ella respiraba y los hombres se hicieron cargo.

Uno de ellos habló.

—Le salvó la vida. Se pondrá bien.

Se llevaron a la niña. La mujer que salvó a la chica se quedó de pie con las tijeras en la mano y el bolso a sus pies, como paralizada. Luego inclinó la cabeza y observó la mancha de sangre que había quedado en su blusa blanca. Nadie se acercaba a ella y otra mujer, del doble de contextura y cabello negro, le tomaba una fotografía con su celular.

—Despejen, por favor, avancen —escuché decir a una policía que acudió en ese momento. Eran las mismas palabras que yo había empleado antes.

La gente se dispersó y la mujer continuó en el mismo sitio hasta que los dos chicos que habían llegado con ella momentos antes acudieron a su lado. También el otro niño llamado Luca. Miré hacia el banco y vi que Evans se había refugiado en los brazos de su madre.

Me di cuenta de que el trecho que tuve que caminar, sorteando obstáculos en medio del tumulto, era más pequeño de lo que pensaba, pero la multitud agolpada me hizo imposible ofrecer una respuesta rápida.

En ese momento, comenzó a resplandecer el cielo. Eran los primeros fuegos artificiales de la noche y el dron en forma de gusano cayó de manera inesperada al río. Entonces, volví a ver al

chico de la gabardina. Llamó «tío» a alguien. Le dijo que había sido genial lo que pasó, «con las tijeras y todo eso». Me di cuenta de que su tío era Logan, mi expaciente.

—Te vi hablando con la niña antes. Aquella que casi se ahoga — escuché decir a Logan al pequeño.

—Solo le propuse una competencia, a ver quién comía más rápido —respondió el niño con la voz más aguda.

—La vanidad es el pecado favorito del diablo —sentenció Logan.

Esas palabras me dieron miedo. No recordaba que Logan empleara frases religiosas ni que fuera creyente. O puede que haya sido todo lo sucedido lo que me había alterado. Casi veo morir a una niña y fui tan lenta e incapaz como lo fui para mantener a salvo a mi Devin...

No sabía qué me pasaba. Volví a sentir que todos en Wichita estábamos en peligro y que este aparecía cuando menos lo esperábamos. Quise con muchas ganas devolver el tiempo y permanecer en mi consulta de Topeka, ser la otra Alexis.

Pero ya era imposible hacerlo.

AL DÍA SIGUIENTE, a las ocho de la mañana, llegué al departamento tal como lo había estado haciendo desde el lunes pasado. Continuaba con la sensación de inquietud, pero no la demostraba.

—Agente Carter, el jefe Jay la espera en su despacho —me informó Juliet Rice apenas entré.

Juliet era la mano derecha del jefe Jaydan Cooper (a quien todos llamaban Jay) y además estaba loca por él. Lo comprendí desde que la vi por primera vez. También supe que de seguro debía informarle de todo lo que acontecía en el departamento a sus espaldas. Me parecía una mujer organizada, racional, metódica y confiable. Un recurso humano que cualquiera querría tener a disposición.

En cuanto Juliet me dijo eso, caminé a paso rápido hasta el final del corredor para tomar la escalera. El despacho de la dirección se encontraba en la primera planta del edificio. Me extrañó que el jefe quisiera verme y comencé a plantearme cuáles serían sus razones. ¿Volver a preguntarme si estaba a gusto? No lo creía. Entonces hice un repaso en mi cabeza de lo que sabía sobre el sargento Jaydan Cooper, el nuevo jefe del departamento desde que la teniente Anne Ashton se fue.

Solo había hablado con él en dos ocasiones y me había causado una buena impresión. La primera, cuando me dio la bienvenida a principios de la semana pasada, y unos días después, cuando se acercó a mi escritorio y me preguntó si estaba conforme con el espacio de trabajo.

También percibí desde el principio su atractivo, porque no había manera de no hacerlo. Tendría unos cinco o seis años más que yo y estaba en muy buena forma. Pero estaba segura de que Jaydan Cooper era bastante capaz de conducir de forma adecuada el departamento porque no era solo un hombre atractivo, sino un sujeto inteligente que además poseía un buen nivel de inteligencia relacional. La conformidad que se respiraba en el ambiente sobre él lo confirmaba. Además, daba la impresión cuando te miraba que sabía lo que estabas pensando.

—¿Por qué querrá verme? —volví a preguntarme mientras subía el último peldaño de la escalera que me conducía a la primera planta, y entonces tuve una pésima idea.

Sospeché que alguien de Topeka le había hablado de mí. Tal vez el forense de esa comisaría, el del caso de los niños, le había revelado alguna de las cosas que me vio hacer. Sacudí la cabeza y me obligué a calmarme.

Cuando llegué al despacho del jefe, me di cuenta de que no estaba solo. Había alguien sentado del otro lado. Esa persona volteó y me miró. Era la mujer menuda y fuerte, la que hizo la traqueotomía de emergencia a la pequeña que se ahogaba.

—DETECTIVE, le presento a la teniente Anne Ashton. La mejor jefa que ha tenido este departamento, y también la detective con más alta ética laboral que hemos conocido. Es ella quien ocupará el escritorio junto al suyo y será su compañera —dijo Jay.

Anne Ashton se levantó y caminó hasta donde yo estaba. Me apresuré en cerrar la puerta y di unos pasos para ir a su encuentro.

—Hola. Mucho gusto —me dijo y le estreché la mano.

Un muro agrietado surgió ante mí. Una grieta aparecía desde arriba de la pared y corría, se dibujaba hasta abajo. Hacía una forma irregular, como las raíces de un árbol. La grieta crecía y no paraba. Me pareció que el muro se iba a desplomar, pero no lo vi hacerlo. Todo estaba en silencio mientras veía esa imagen en mi cabeza. Solo duró un par de segundos. Luego escuché la sirena de una patrulla. Ese sonido debió colarse por la ventana del despacho y me hizo volver en mí.

—Hola, Anne. Encantada de conocerte —alcancé a decir todavía estrechando su mano.

Quedé con la sensación de que las imágenes que aparecían en mi cabeza habían comenzado a acelerarse. Ya sumaban dos en pocas horas; la que tuve la tarde anterior en el paseo junto al río y la de ahora. Además del sueño que me impulsó a salir a la calle. Eso no me gustaba porque apenas comenzaba en el departamento y no quería que se dieran cuenta de que poseía esa capacidad diferente de comprender o interpretar la realidad, y de que intuía cosas. Temía

que cuando esas visiones aparecían se me reflejara algo raro en el rostro y que una persona perceptiva como Jaydan Cooper lo notara. No podía permitir que conocieran mi secreto porque me estigmatizarían y no resultaría confiable para ellos.

Anne me sonrió y me hizo ver que mis temores eran infundados, que nadie podía leer mis pensamientos. Al menos ella no lo había hecho en ese momento. Puede que no fuera tan perceptiva como el jefe, y a él yo no tendría que verlo tanto. Así que pensé que estaba bien que fuera mi compañera.

—Siéntate, Alexis —me pidió el jefe Jay sacándome de mis pensamientos sobre Anne.

—Gracias —respondí volcando la mirada hacia él.

Anne volvió a su silla y yo me senté junto a ella y frente al escritorio que Jay presidía. Él se quedó unos segundos en silencio y giró la cara hacia uno y otro lado. Parecía estar decidiendo la mejor forma de expresarse.

—Tienen que empezar inmediatamente a trabajar en un caso, y lo harán juntas. Han encontrado a una mujer asesinada en el norte de la ciudad, en un descampado cercano a las industrias Bach, en el barrio de Northeast Heights. La forense Lilian Peterson ya está en el lugar —informó.

Hizo una pausa, estaba escrutando nuestros rostros, primero el de Anne y luego el mío.

«¿La habrían asesinado anoche? ¿Estará esto relacionado con mi inquietud y las visiones?», me pregunté.

Jay continuó hablando.

—Anne, por ser la detective más experimentada, dirigirás la investigación. Tengo mucha confianza puesta sobre ustedes dos. Saben que la prensa nos hará trizas si no hay avances pronto. La zona ocupa los primeros lugares en las cifras de crímenes violentos, y si tiene algo que ver con la mafia local, quiero ser el primero en enterarme —nos dijo.

Después miró con fijeza a Anne. Luego me observó y creo haber percibido cierta sombra de duda en sus ojos. Volví a pensar que habría escuchado algo raro sobre mí y que alguien en Topeka había hablado de más.

—Estoy seguro de que estarás a la altura de este reto, Alexis. Mucha gente del departamento mataría por estar en tu lugar y tener de compañera a Anne. Gracias a ella le hemos dado un duro golpe al crimen organizado de este estado. Es ella quien debería estar ocupando esta silla, pero no lo ha querido así... —reconoció y dejó la frase inconclusa.

—Estoy dispuesta a hacer mi mejor esfuerzo —respondí y recordé la pericia con que Anne Ashton había usado las tijeras horas antes. Ese cierto aire de crudeza en ella comenzó a parecerme la clave de su capacidad policial. Era práctica, resolutiva.

«Una mujer implacable de alguna manera...», pensé y esa idea no me resultaba del todo agradable.

—Vamos, Jay, si todos te aman —respondió Anne al jefe Cooper. Después ella me miró y continuó hablando.

—Andando, Alexis Carter. Tenemos un malnacido que cazar —expresó en un tono que denotaba confianza, como si me conociera y yo hubiese sido su pareja de investigación desde hacía años.

Se levantó y yo también lo hice. Nos despedimos del jefe y salimos del despacho. Juliet Rice aguardaba tras la puerta y, al salir nosotras, entró en la oficina. Pero volví a escuchar la voz de Jay llamando a Anne. Ella se devolvió y yo me quedé afuera del despacho, esperándola.

Oí unas palabras sueltas:

—Fíjate en ella...

Juliet, de pie aún junto a la puerta, me miraba y comprendió que yo había escuchado parte de la conversación que tenía lugar entre Anne y Jay, así que decidió cerrar. Era como el perro guardián de Jaydan Cooper.

Me dije, mientras esperaba a Anne, que las palabras del jefe podrían referirse a fijarse en la víctima, que era una mujer, pero no lo creía. Pensé que esa «ella» era yo. En menos de diez segundos, mi nueva compañera abrió la puerta y volvía a aparecer. No me dijo nada y avanzó por el corredor buscando la escalera. La seguí y comenzamos a descender. Ella iba delante de mí.

Miré su cabeza y noté que de su cuello pendía una medalla que en un descuido había ido a parar hacia atrás, a su espalda. Mostraba

la imagen de una virgen. Luego vi su mano derecha tocar el cuello y tantear, encontrar el pequeño óvalo dorado con la imagen religiosa y llevarlo al frente.

—¿Por qué habré visto ese muro resquebrajándose cuando estreché su mano? —me pregunté intrigada.

Pero lo que más me preocupaba era la sensación de peligro inminente que mantenía y no podía apagar, y las palabras del jefe Jay Cooper.

—¿Por qué Anne debía fijarse en mí? ¿Debía yo cuidarme de ella?

—VAMOS EN MI AUTO —propuso Anne.

Asentí y nos encaminamos al estacionamiento.

—Te vi ayer en el paseo del río. Vi lo que hiciste con la niña —le confesé sin detenerme.

Ella continuó caminando y movió la cabeza de un lado a otro como en señal de reflexión.

—Fue duro. Primera vez que hago algo así. Pero sabía que la maniobra Heimlich no iba a funcionar, y estoy calificada para aplicar primeros auxilios. El padre de la niña estaba haciendo la maniobra de forma correcta y no lograba la expulsión. Siempre he dicho que debe haber más vigilancia en esas fiestas. Las aglomeraciones de gente en ese sendero evitan que el personal de emergencia pueda desplazarse con prontitud, y ese lugar posee una extensión considerable. Nadie se imagina el caos hasta que lo vive. Yo, gracias a Dios, me hallaba muy cerca. Pero ya sabes cómo son los políticos que organizan estas celebraciones, además del tema del presupuesto, que ellos siempre consideran deficiente para mejorar la seguridad. ¿Sabes qué fue lo que hizo que la chica se atragantara? ¡Un trozo de salchicha! Lo supe de inmediato. A mi hijo Mathew le pasó una vez y casi me muero del susto. Detesto los perros calientes casi tanto como los aviones.

—Creo que actuaste de una forma extraordinaria —completé.

Ya habíamos llegado a su auto. Desactivó la alarma y subimos. Lo encendió y comenzó a conducir.

—Es cierto lo que dice Jay sobre la zona donde está el cadáver. Toda esa área, desde las industrias Bach hasta el barrio Matlock Heights, está punteando en estadísticas criminales, pero algo me dice que esto no se trata de eso. Las bandas están pasando por un momento de tranquilidad, se han estabilizado sus mercados y cada uno conserva su espacio. Además, algunos líderes están presos. No sé... ya veremos. En trece minutos estaremos allí —agregó.

Después me miró y me preguntó:

—¿Y qué tal lo llevas? En la oficina.

—Bien. Solo estoy desde hace una semana. Creo que la organización del departamento está muy bien —le respondí.

—Cambiar los nombres a las cosas y a los rótulos de las puertas es fácil. Lo complicado son las cabezas. Mira que me costó que los chicos dejaran de decir «prostitutas» al hablar de las víctimas y a algunos todavía les salta la palabra en la boca algunas veces, pero al menos ahora se cuidan un poco más de decirlo. La Dirección de Investigación Virtual y el Subdepartamento de Violencia de Género son de las dependencias que creé de las que me siento más orgullosa —reconoció.

En ese momento, sonó su celular y rebuscó en el bolso que estaba en medio de los dos asientos. Era el mismo de la noche anterior, de donde había sacado las tijeras. Me dije que Anne era de las mujeres que llevan de todo dentro de sus bolsos de mano. Pude también imaginar su casa ordenada y con un equipamiento perfecto para todo.

Miró la pantalla del aparato y puso mala cara. No atendió. Sin embargo, me pareció que al principio estaba alarmada y que al leer el nombre de quien hacía la llamada cambió de actitud y pasó de la alarma al hastío.

—¿Tienes pareja, Alexis? —me preguntó de forma repentina.

Era curiosa, y eso no me gustaba.

—Tuve —respondí algo seca.

—Tienes razón. No es mi problema.

—A mi pareja la asesinaron hace unos años —completé.

—Lo lamento —dijo Anne con los ojos muy abiertos, segundos después, continuó hablando—. El mío se fue de casa, nos

divorciamos y ahora volverá a casarse. Era quien llamaba porque quiere llevarse a los chicos de paseo de verano —reconoció.

Con la mano derecha se tocó la cabeza, como acomodándose el pelo en la parte de atrás de la oreja. Noté que era un movimiento sin objeto, como un tic nervioso que aparecía cuando tenía que hacer frente a una idea conflictiva para ella.

—Harry no es mala persona, solo un poco «manejable». Y esa bruja de su novia, Kerry, le ha metido en la cabeza que deben jugar a la familia feliz en estos días. Después me pedirán lo mismo en Navidad y no voy a tolerarlo.

Pensé que era grave para Anne, que lo del divorcio lo había tomado mal. Podía estar más quebrada de lo que aparentaba. Ese podría ser el muro de mi visión. También me dije que tal vez la familia sea lo primero para ella y que la tal Kerry es, a sus ojos, la causa de la ruptura que ha tenido que padecer. Supuse que había vuelto al trabajo porque quería encontrar un nuevo centro en su vida, para no sentir que lo había perdido todo.

—¿Por qué dejaste el cargo de jefa y preferiste seguir siendo detective? Algo así entendí de lo que dijo Jay —me expliqué.

—En este momento, un puesto administrativo no me satisface. Quiero estar en la calle —respondió.

—Entiendo —le dije, y era cierto. Fui testigo de su velocidad, de su sangre fría en un momento decisivo. La verdad es que alguien así se sentiría enjaulado en un despacho.

—Qué bueno que lo entiendes. Muchos me criticaron. Por ejemplo, sé que a Jay no le parecieron válidas mis razones. Verás, Alexis, ahora mismo lo único importante para mí es mi familia, mis hijos y mi trabajo. No hay espacio para nada más. Y mi trabajo, el que en realidad me gusta, no pasa por perderme en un escritorio lleno de papeles, no importa el estatus que eso conlleve. Soy así... muy simple.

Anne no me parecía una persona simple para nada. Cada vez me reafirmaba más en la idea de que era una mujer de principios complejos, difíciles de cambiar. Eso no me hacía sentir segura porque, siendo mi compañera, en algún momento tendría que abrir

un poco su perspectiva de las cosas si yo me decidía a contarle mi forma de investigar.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu historia? —preguntó.

—Hace cinco años era psicoterapeuta en Topeka. Una buena amiga sembró una idea en mi cabeza: asesorar al Departamento de Homicidios en un caso. La verdad es que yo también buscaba más acción, así que lo hice. Después me gustó y me formé como perfiladora criminal. Y aquí estoy, a punto de ser detective grado tres.

—Es una historia interesante. El hecho de que hayas ingresado en nuestras filas después de haber tenido otra experiencia laboral te da puntos a favor. Y más si desde antes tenías formación en psicología. En mi caso, fue al contrario. Mi interés por ser policía vino primero y la psicología después.

Lo vi claro en ese momento. Anne necesitaba hacer cosas y lo necesitó desde siempre. Casi podía imaginarla, de doce o trece años, organizando cruzadas escolares con un claro objetivo en mente. En ella notaba una autoexigencia límite. Era arriesgada, con racionalidad de cirujano. Y eso, hasta que el mundo no cambiara todo lo que debía, podía ser descrito como un temperamento «masculino». Supuse que provenía de una familia grande, católica, y que no tenía hermanas, solo hermanos. Estuve a punto de preguntarle, pero ella habló primero.

—¿Algunas veces no te sientes como que estás sentada sobre algo que parece a punto de explotar? —me preguntó.

Era una interrogante extraña.

—¿Como junto a una pared a punto de derrumbarse...? —tanteé.

—Sí. Esa imagen es la que describe mejor a lo que me refiero —reconoció y con la mano derecha movió un poco el espejo retrovisor.

LLEGAMOS AL BARRIO NORTHEAST HEIGHTS. Anne recibió en su teléfono móvil la ubicación del lugar donde estaba el cadáver y condujo hasta allí.

Cuando llegamos, se trataba de un descampado cercano a dos escuelas y a un centro de adopción de mascotas. A lo lejos podía verse el edificio principal de las industrias Bach. Caminamos hacia donde estaban reunidas varias personas, como a cincuenta metros. Algunas de ellas portaban overoles blancos. Los forenses estaban haciendo su trabajo.

Una mujer nos abordó y nos ofreció los protectores para los zapatos y también los guantes. Nos los pusimos y continuamos andando hasta que pudimos ver un cuerpo tendido sobre la maleza. Era el cadáver de una mujer y una forense lo estaba analizando, arrodillada e inclinada sobre él.

Miré por primera vez el cuerpo. Se veía frágil. Era una mujer blanca de cabello rubio, del mismo tono que el mío, y de cara alargada. Llevaba el pelo recogido en una cola y usaba flequillo. Sus ojos eran grises y estaban maquillados solo en la parte superior. También usaba máscara negra en las pestañas. Tenía puesto un vestido sencillo de tela blanca estampada con pequeñas flores color turquesa y rosa. Sus zapatos estaban llenos de tierra y también algunas zonas de las pantorrillas.

—¡Dios! No me voy a acostumbrar a esto jamás —exclamó Anne. La comprendí. Yo tampoco lo haría.

—¡Lilian! —dijo mi compañera después de unos instantes.

La forense se levantó y volteó. Usaba lentes. El brillo del sol se reflejó por un segundo en ellos. Calculé que tenía cerca de cincuenta y cinco años o tal vez un poco menos. Llevaba el pelo corto y rojizo, lo que dejaba ver su cuello alargado. Usaba unos zarcillos diminutos que también brillaron como estrellas en sus orejas. Sus ademanes y su voz eran muy femeninos, pero su apariencia era sobria. Me dio la impresión de que era una mujer de carácter, con una personalidad dominante. Su nariz era pequeña y, al volver la cabeza, creo que sintió que los lentes se le resbalarían. Los empujó hacia arriba con el dedo medio. Me pareció que estaba acostumbrada a hacer ese movimiento.

Lucía culta y puede que también rica, del tipo que encajaría más dirigiendo un teatro o una galería, o viviendo en una mansión rodeada de caballerizas. Algo me chocaba concibiéndola como forense. Lilian Peterson distaba mucho de la imagen que guardaba de los otros forenses que había conocido en Topeka y de otros con los que tuve contacto durante mi formación.

—Hola, Anne. Es bueno volver a verte aunque sea en estas circunstancias.

—Lo mismo digo, Lilian. Ella es la detective Alexis Carter —aclaró Anne, presentándose.

—Hola —intervine.

La forense asintió con un movimiento de cabeza en señal de saludo.

—¿Sabemos quién es? —preguntó Anne.

—No, todavía.

—¿Qué tenemos? —insistió mi compañera.

—Mujer de unos cuarenta y dos a cuarenta y cinco años, calculo. Murió hace unas ocho horas, aunque después se los diré con mayor precisión. Todo me lleva a pensar que fue violada y estrangulada. El asesino dejó la ropa interior dentro de su boca. Las estaba esperando para sacarla, ya hemos tomado las fotos de rigor —dijo Lilian.

Eso me extrañó mucho, que el homicida dejara las bragas en la boca de su víctima. Podía ser su firma. ¿Qué significaba?

Acto seguido, la forense tomó unas pinzas de un maletín que había junto al cadáver y sacó las bragas de la boca de la chica. Eran de color negro. Lilian las sostuvo en el aire con la pinza y la extendió con su otra mano enguantada. Tenían encajes y se veían costosas. Luego dejó las pinzas a un lado y las extendió aún más con ambas manos. Fue cuando me di cuenta de que presentaban unos cortes. Lilian también lo notó.

—Es extraño. Están rotas. Son cortes precisos a los lados y en el medio, en la parte alta. Parecen ser recientes y haber sido hechos adrede. Analizaré mejor esto en el laboratorio. Si las hizo el asesino, pudo haber sido después de quitárselas. En la piel, la chica no presenta heridas —dijo la forense.

Después tomó una bolsa de evidencias del maletín y guardó la prenda.

—La arrastró —exclamé.

Lilian Peterson me miró.

—Sí. Esta no es la escena del crimen. Hay rastros que se corresponden con el roce del calzado de la víctima en la tierra en un área pequeña, aquí... ¿Lo ven? Pero solo en esta parte del terreno, así que la trajo a cuestras. El asesino debió borrar sus huellas. Es fuerte... —sentenció Lilian y después hizo silencio.

—¿Cuánto pesa la chica? —preguntó Anne.

—Yo diría que 50 kilos, no más —respondió la forense.

—Son muchos metros. Suponiendo que haya venido en auto y lo estacionara donde lo hemos hecho nosotras —reflexionó Anne.

—No hay huellas de neumáticos ni nada parecido, me han dicho los chicos. Pero si como dices vino en auto y lo dejó estacionado en algún lugar, el resto del camino lo hizo a pie, y desde cualquiera de las vías cercanas, estamos hablando de por lo menos cuarenta metros. Es alguien fuerte, entrenado —insistió Lilian.

Después hizo una pausa y continuó.

—Es un asesino que ha cubierto de forma meticulosa su acción. Nada fuera de lugar, ni un solo vestigio. Simplemente la chica violada y muerta, las bragas en su boca y nada más. No creo que el análisis arroje ADN. Esto no será fácil, me temo. Espero tener algo

más después del análisis —confesó Lilian sin dejar de mirar hacia el cuerpo.

La forense parecía estarse preguntando por qué diablos sucedían cosas como esas. De repente, arrugó la frente. Se acercó más al cadáver y se puso en cuclillas. Lo hizo con agilidad. Apartó un poco el flequillo de la frente de la víctima. Creo que le pareció ver algo y quiso comprobarlo. Luego apretó un poco los labios y volvió a levantarse. No nos dijo nada.

No sé por qué miré a Anne en ese instante, y estoy segura de que algo en el rostro de la mujer la alarmó.

—¿LA conoces? —pregunté sin pensarlo.

—No. ¿Por qué lo dices? —preguntó Anne con un mínimo tono de alarma que pude identificar.

—Por nada —respondí.

Estaba segura de que mentía. Era como si Anne hubiese sufrido de repente una metamorfosis al ver el rostro de la mujer muerta y ahora fuera alguien a quien yo debía descifrar como parte del caso. Recordé las palabras del jefe, lo de «fíjate en ella...».

—Yo aquí he terminado. Avísenme cuando pueda retirar el cuerpo —anunció Lilian mientras se quitaba los guantes. Después caminó hacia atrás y se detuvo a varios metros del cuerpo y un poco más alejada de nosotras.

Volví a centrar mi atención en la chica muerta. La sensación irracional de peligro que no me abandonaba se hizo más fuerte. La mujer había muerto en la noche, un poco después de que yo llegara a casa, según había estimado la forense. ¿Habría estado en el paseo del río Arkansas el 4 de Julio? ¿Sería una de las personas con quienes me tropecé cuando tuve la visión? La probabilidad de que eso fuera así era mínima y la verdad era que estaba perdida, y no sabía qué pensar ni cómo razonar. Solo sabía que sentía una conexión inexplicable con la muerta. Y nunca la había visto en mi vida.

Pensé que debía tocar su cuerpo para avanzar, salir de dudas. Además, lo que había dicho Lilian era cierto: el asesino era

inteligente y meticuloso y no había dejado rastro. Sin embargo, no encontraba la manera de tocar el cadáver sin despertar suspicacias en Lilian y en Anne. Sobre todo en esta última.

—Anne, ven un momento —escuché decir a Lilian.

Anne se apartó de mi lado y se dirigió a donde estaba la forense. Volteé para mirarla. Anne se detuvo frente a Lilian y comenzó a conversar con ella. Estaba de espaldas y no podría verme, pero Lilian sí podía con solo alzar la mirada.

Dudé sobre si tocar el cuerpo o no hacerlo. Para mí no resultan agradables las cosas que percibo y algunas veces las consecuencias de intuir las y atenderlas han sido devastadoras. Sin embargo, me arriesgué. Me acerqué más al cadáver y me incliné. Toqué la mano de la mujer muerta, con la que sentía un imposible vínculo. Una imagen apareció ante mis ojos.

—¿POR qué está haciendo eso? —escuché preguntar a Anne.

Se refería a mí.

—Estará buscando algo —respondió Lilian, dudosa.

Después completó.

—Lleva guantes, Anne, así que no hay problema.

Escuché los pasos de las dos detrás de mí.

—Alexis, qué diablos... —dijo Anne, pero luego calló.

Me levanté.

—Ha sido lavada. Huele a jabón. ¿No lo perciben? —pregunté.

Lilian volvió a acercarse y se hincó. Se quitó los lentes y acercó su nariz lo más que pudo al cuello de la mujer. Inspiró con intensidad. Anne observaba. Yo me encontraba justo al lado de Lilian, pero de pie, pensando que a los niños de Topeka también los habían aseado.

—Es cierto. La ha bañado —sentenció la forense.

Después se justificó.

—He padecido de alergia en estos días al volver de pescar. Hay una planta en el rancho que me ha hecho mal. Se lo he dicho a Joseph, mi esposo, que hay que descubrir cuál es. Pero tiene razón, Alexis, ha usado un detergente. Lo hubiese notado al realizar el análisis, pero aquí no lo hice.

Lilian se levantó y se quedó de pie junto a mí.

—¿Entonces la tocaste para olerla? —me preguntó Anne.

Su entonación me hizo ver que parecía apenada por mi comportamiento, como si nunca hubiese esperado que tocara el cadáver. Pero a la vez sus palabras me brindaban una explicación plausible, me ofrecían una tabla de salvación. Algo como «lo que hiciste obedece a una razón comprensible».

Eso me hacía concluir una cosa: Anne no había escuchado nada sobre mí y mi asesoría en Topeka. Y el jefe Jay tampoco, porque de ser así, ella ya se lo habría contado. Mis secretos estaban bien guardados y era necesario mantenerlos así. Sobre todo si este asesinato tenía algo que ver con lo sucedido en Topeka. A esta mujer también la habían lavado.

Además, estaba la visión que tuve al tocarla. Era aterrador pensar que había una conexión entre los hechos del pasado y lo que estaba sucediendo. Aterrador pero necesario si quería dar con la verdad.

ERAN las nueve de la mañana del día 6 de julio. Ya habían transcurrido veinticuatro horas desde el hallazgo del cadáver.

Me hallaba con Anne en su auto e íbamos camino a la casa de la víctima de Northeast Heights porque ya conocíamos su identidad. Se trataba de Abril Smith, dueña de una floristería llamada Spring Evening, ubicada en la avenida Douglas a pocas cuadras del Departamento de Homicidios. Tenía cuarenta y tres años, estaba casada y vivía en el barrio de Sunnyside.

Íbamos a hablar con Wilson James, su esposo. Él reportó la desaparición de Abril la noche del 4 de Julio, se encaminó al departamento después de que la División de Personas Desaparecidas le informara que había sido hallada una mujer con las mismas características de su esposa. Él reconoció el cadáver hacía pocas horas.

Mis visiones se habían detenido después de la imagen que tuve al tocar el cuerpo de Abril. Sin embargo, había vuelto al lugar donde la hallamos para intentar experimentar algo más, pero fue en vano. Me daba vueltas en la cabeza que la víctima hubiese sido lavada como los niños de Topeka, pero no podía asegurar que ambas cosas tuviesen relación.

—¿Por qué me preguntaste si la conocía? —me interrogó Anne, rompiendo el silencio que nos acompañaba en el auto.

Me pareció por algo en su entonación que había estado meditando mucho si hacerme esa pregunta.

—Lo pensé, no sé explicarte por qué. Fue cuando Lilian apartó el mechón de pelo de su cara —le respondí.

—La verdad es que sí la conocía —me confesó Anne.

—¿De qué? —pregunté, extrañada. No podía creer que hasta ese momento no hubiese dicho nada, al menos a mí.

—Encontré en casa una tarjeta de la floristería donde Abril Smith trabajaba. Yo había visitado ese lugar antes, pero hacía tiempo que no iba, entonces supuse que había sido Harry. Todavía vivíamos juntos. Eso fue hace dos años. Nunca llegaron flores para mí. Ni era el cumpleaños de su madre ni de la mía. Era una costumbre anticuada de Harry enviar flores a las mujeres de la familia. En mi caso, solo éramos mi madre y yo, ya que soy la única entre un millón de hermanos. Eso no fue todo, hubo más indicios. Para no hacerte esta historia larga, solo te diré que descubrí que Harry me era infiel. Y en ese proceso de descubrimiento conocí a Abril Smith. Uno no sabe de lo que es capaz cuando se enfrenta a la infidelidad, a la traición de alguien que amas desde siempre.

—¿Y qué fue lo que hiciste? —pregunté.

—Actué como policía. Fui a la floristería, hablé con Abril y obtuve información sobre Harry. Lo demás es historia y no es importante. Al principio no reconocí a Abril porque en ese tiempo había teñido su pelo de un tono rojizo. Pero recordé el pequeño lunar rosa que tenía cerca de la ceja izquierda.

—¿No entiendo por qué no dijiste quién era?

—¿No lo ves? La aventura que tenía Harry era con ella.

—FUE SOLO cuestión de una noche o dos. Además, fue la primera de una serie de aventuras que culminó en la relación con Kerry, que ya es algo serio. Harry siempre buscó algo diferente. Como si fuese dos hombres en uno. No sé si me explico. Uno de ellos era el compañero perfecto para mí, y yo para él, pero el otro buscaba una forma de «relajación» que yo no puedo dar. No le guardo rencor, ni a esa mujer tampoco. A ninguna. A Abril solo la vi una vez. Claro que para ese momento no me lo tomaba tan deportivamente. Es verdad que al principio estaba obsesionada con mantener unida a mi familia a cualquier costo. Te digo que uno no sabe lo que es capaz de hacer para mantener lo que valora. Ahora lo tomo diferente. He cambiado.

—¿Tuviste algún problema en particular con Abril Smith en esa oportunidad que la viste?

—Ninguno. Pero me sentí avergonzada al reconocerla. No estoy orgullosa de haber investigado a Harry en aquel momento y de haber actuado como actué. Es una parte de mi vida que quiero borrar. Sé que fue una tontería no haber dicho nada frente al cuerpo de Abril, pero tampoco podemos decir que la conociera en realidad. No tengo idea de su vida, de quién era ni de quién pudo hacerle esto. Interactué con ella alrededor de quince minutos y una sola vez. Dejé que las cosas siguieran su curso. Más temprano que tarde se sabría el nombre de la víctima por su trabajo o su familia. Es increíble que te hayas dado cuenta con tan solo mirarme a la cara, porque creo que soy buena escondiendo cosas.

—Me fijo en los detalles. Tengo la costumbre de mirar bien a las personas —le expliqué sin más.

—Si te fijas tanto en los detalles, puede que a veces dejes de ver el conjunto —argumentó Anne.

Miré hacia afuera, hacia la ciudad. Quería pensar en lo que acababa de decirme. En ese momento salíamos de la avenida Central y tomábamos la calle Grove Norte.

Me parecía que la omisión de Anne sobre conocer a Abril era algo extraordinario, inusual en su historia. Era una persona con una ética laboral elevada, por lo que sabía. No tenía claro qué hacer con la información que acababa de confesarme.

Anne debió notar que estaba pensativa, mirando por la ventanilla, y de seguro pensó que tenía que cambiar de tema para disminuir el efecto de lo que acababa de contarme.

—En esta zona han abierto varias cafeterías, bares y restaurantes. Son un par de calles de moda que, perteneciendo al casco antiguo de la ciudad, han formado parte de un programa de reurbanización. Ha sido un tanto problemático llevar adelante el programa por la contaminación de los suelos. El área está cruzada por dos corredores industriales de principios del siglo pasado, y hoy algunos terrenos continúan contaminados por la presencia de químicos —explicó.

»Es por ello —continuó— que algunas zonas del casco central se han convertido en sitios llenos de vida durante las noches, pero muy cerca de ellos hay recodos oscuros y locales semidestruidos, abandonados y peligrosos.

—Pues a esta hora de la mañana el encanto nocturno del que hablas es inexistente. En la noche la fantasía puede poblar los locales y hacerlos ver diferentes a cómo son en realidad —le respondí.

Pensé que lo mismo pasaba con Anne. Yo no creía que lo de Harry estuviese tan superado como decía, y me pareció que bajo la superficie que mostraba mi compañera podía existir algún sentimiento que no deseaba confesar a nadie.

—¿Por qué ahora es diferente lo de Harry? —le pregunté girando la cara hacia ella.

—Porque hoy sé que lo que quería conservar conmigo era al padre de los chicos y no a mi pareja. Harry siempre fue sobre todo un amigo para mí. Me importan mis hijos sobre cualquier cosa, y la verdad es que por ahora no necesito una relación amorosa. Hasta sería una molestia. Un trago de *gin* en las noches es más útil en estos días. Aunque suene duro decirlo así.

—No es duro. Te entiendo —le confesé.

Después continué.

—¿Cómo describirías a Abril?

El hecho de que conociera a Abril, y que al menos la hubiese visto con vida, nos ponía en mejor posición para dar con algo relacionado con el asesino y la razón que tuvo para escogerla a ella.

—Solo la vi una vez unos minutos, pero para mí era una mentirosa. Su apariencia de fragilidad, de modelito de Botticelli, no era cierta. Creo que era una mujer decidida y arriesgada con un buen disfraz de «dama en apuros». A algunas personas las seduce la debilidad.

—Espero que su esposo nos brinde alguna luz —dije en voz baja, pero Anne me escuchó. No respondió nada.

Noté que en sus palabras anteriores, cuando describió a Abril, había resentimiento. Estaba pensando en eso cuando me di cuenta de que ella había mirado varias veces el espejo retrovisor. Otra vez tocó su cabeza y apartó el pelo detrás de sus orejas. Comprendí que estaba nerviosa.

—¿Pasa algo? —dije.

—Creo que un auto nos está siguiendo.

LA SENSACIÓN de persecución volvió a mí en un segundo. Volteé, pero no vi nada.

—Acaba de tomar la calle Lewis, pero desde que salimos ha venido tras nosotras —dijo y luego calló.

Mi celular sonó y Anne dio un brinco. Lo saqué de mi bolsillo y atendí la llamada. Era Lilian Peterson. Me dijo que nos esperaba en el laboratorio forense porque quería hablarnos sobre algo. Le informé que luego de visitar la casa de Abril Smith iríamos con ella, y corté.

Sin duda, Anne se dio cuenta de que yo sabía que algo le pasaba.

—Tal vez fue solo casualidad lo del auto —completó.

Ahora quería restar importancia a las señales de nerviosismo que había dado. Después de eso estuvimos calladas los últimos minutos de viaje. Llegamos a la calle Gilbert y luego a la intersección con la calle Green Sur. Allí se encontraba la casa de Abril Smith.

Se trataba de una edificación bonita con caminos de grava gris que se dibujaban hasta la entrada y se abrían paso en medio de cuadrados de césped muy bien cuidado. Las paredes de la casa eran blancas. Era de una sola planta, pero de tamaño considerable y llena de ventanas.

La casa vecina más próxima se encontraba a varios metros de distancia y entre las dos construcciones había un nogal de grandes dimensiones. Ninguna de las edificaciones de esa urbanización

contaba con cerca ni demarcación más allá de los caminos laterales que parecían indicar las fronteras entre las propiedades. Todo llevaba a pensar que era una zona residencial de gente próspera que se había procurado un lugar tranquilo para vivir.

Caminamos hasta la puerta y tocamos. No transcurrieron ni cinco segundos cuando alguien abrió. Era un hombre bajo, despeinado. Lucía unas ojeras muy marcadas y llevaba una camisa a cuadros arrugada.

—Somos las agentes del Departamento de Homicidios Anne Ashton y Alexis Carter. ¿Es usted Wilson James? —preguntó Anne.

—Sí —respondió.

—Lamentamos su pérdida. Tenemos que hacerle unas preguntas. ¿Podemos pasar? —solicitó ella.

—Adelante —dijo James.

Nos condujo hasta la mesa del comedor. Me extrañó que no nos llevara a la sala. Después comprendí por qué no lo hizo. El sofá y todas las sillas del salón estaban repletos de cajas, ropas y papeles. Me di cuenta porque para llegar al comedor tomamos un pequeño pasillo que discurría junto al salón y volteé cuando pasé por la entrada de este. Me pregunté a qué se debía la premura por guardar las cosas de la víctima.

Después me llamó la atención una figurita de Lladró, una pastorcita junto con un perro de pelaje ondulado y hocico alargado, que estaba cerca de otros objetos sobre un mueble de caoba antiguo. Pasamos por su lado antes de entrar en el comedor. Me pareció algo de un gusto conservador y que no iba en armonía con el conjunto de las cosas de la casa, más funcionales y minimalistas.

Apoyé la mano en la figura al pasar y escuché la voz de Wilson, aunque él no estaba hablando en ese momento.

«Eres una mujer venenosa. ¡Todo en ti siempre ha sido mentira!», eso gritaba, pero solo en mi cabeza.

En ese momento tuve la certeza de que mi capacidad parecía haberse despertado con más fuerza desde que empecé el trabajo en el Departamento de Homicidios. Siempre me había acompañado, pero la frecuencia de aparición de las visiones y las voces se estaba acelerando y hacía todo más confuso. Sentí miedo porque era como

si hubiese cruzado una puerta hacia algo desconocido y angustiante que ni siquiera podía contar a mi compañera. No estaba segura de poder confiar en ella.

NOS SENTAMOS en torno a la mesa circular en el comedor. En ese lugar reinaba un silencio sepulcral. No tuve que preguntarle para saber que no vivía nadie más en casa.

Anne rompió el hielo y agradeció al viudo que nos permitiera conversar en un momento como aquel. Yo no quería estar allí, sino observando la casa. Había leído al despertarme aquella mañana la declaración que él hizo cuando dio por desaparecida a Abril y ya era muy poco lo que podía aportar a la investigación. Solo iba a repetirse.

No había visto a Abril en todo el día. No acostumbran a salir el 4 de Julio. Era como cualquier otro día para ellos. Él era propietario de una pequeña empresa de productos del hogar, de desinfectantes y fertilizantes, y tenía que poner en orden algunas cosas en la oficina. Abril no abrió la floristería y le dijo que descansaría y la pasaría en cama. A las seis de la tarde, Wilson la llamó y ella no respondió. A las ocho, él llegó a casa y su esposa no estaba. Esperó hasta las diez y entonces comenzó a preocuparse. Llamó a varias personas cercanas y nadie sabía del paradero de Abril. A las doce de la noche puso la denuncia de la desaparición.

Eso era todo lo que Wilson había declarado. No tenía coartada desde las ocho de la noche. Alguien del personal de guardia del edificio donde se ubica su oficina lo vio allí hasta que salió a las siete y cuarenta minutos de la noche del 4 de Julio. La muerte de Abril se había producido entre las doce y la una de la mañana, así que nada

exculpaba a Wilson, pero hasta ahora tampoco había algo que lo inculpara.

—Señor James, ya ha hecho una declaración preliminar cuando firmó el reconocimiento del cadáver, y no queremos importunarlo con más preguntas, pero cualquier cosa que pueda decirnos sobre Abril puede ser de ayuda —aclaró Anne.

—No sé nada sobre mi esposa. No la conocía realmente. Nos casamos muy jóvenes y desde hace varios años tomamos la decisión de vivir un matrimonio abierto. Ni siquiera era eso, porque dudo que a lo nuestro pudiera llamársele matrimonio. Éramos los mejores amigos y ninguno quería dejar de vivir aquí. Nos apoyábamos; cuando yo necesité dinero para mi negocio, ella me ayudó; y cuando ella tuvo un problema para atender la floristería, yo también lo hice. Éramos socios confiables y nada más. Puede que sea difícil de comprender si se piensa desde una mentalidad tradicional.

—¿Cómo era Abril? —lo interrumpí.

Anne me miró y noté cierto brillo de reclamo en sus ojos. Creo que era de la tendencia a no interrumpir a los entrevistados para que no se sintieran atacados.

—Era independiente, testaruda, trabajadora. Iba por lo que quería sin reparos y nunca pensó que le debía nada a nadie. Decía «no» cuando quería decir «no».

—¿Notó algún cambio en ella en los últimos días? —insistí.

—Ya sé por dónde va —dijo él, dibujó una sonrisa cínica y comenzó a hablar en otro tono—. Ustedes siempre piensan que las personas tenemos secretos, o que conocemos gente perversa y caemos ante ellos sin personalidad ni criterio. Andan a diestra y siniestra buscando la caída, la sospecha...

—Solo queremos conocer el estado anímico de Abril. Un cambio, aunque fuera pequeño, podría significar que conoció a alguien y, eventualmente, ese alguien podría haberle quitado la vida. Entiendo que habían acordado no limitar las relaciones de cada uno, pero puede ser que usted notara algo. Espero que entienda, señor James, que hacemos esto para encontrar al culpable del asesinato de Abril —explicó Anne.

Él inspiró y descansó los codos sobre la mesa. Después puso las manos extendidas en la madera desnuda como para desembarazarse un poco del estrés que sentía. También movió la cabeza de un lado a otro, haciendo ese movimiento para destensar los músculos del cuello. Se tomó varios segundos para responder y me pareció que fue demasiado tiempo. Lo vi entonces como un sujeto inconmovible. Alguien que va a sus anchas y a su ritmo y no permite que nadie lo presione. No comprendía lo que había escuchado al tocar la figurita de Lladró del perro lanudo. La voz que había oído (y que pensaba era la suya) denotaba desesperación, ira, pero ahora Wilson se nos mostraba como un sujeto frío e imperturbable.

Miré alrededor. Vi varios envases plásticos con restos de comida sobre la encimera de la cocina. Desde donde estaba sentada podía observarla porque no había divisiones entre el comedor y la cocina.

«Ella cocinaba para los dos. Ahora él ha acabado con la comida que había dejado preparada en el refrigerador», reflexioné.

—Me parece que había conocido a alguien. A alguien especial. Estaba más llena de vida, como más expuesta... —confesó. Era lo más sincero que había dicho hasta ese momento.

—¿Tiene alguna idea de quién era esa persona o dónde pudo conocerla? —preguntó Anne.

—No. Lo siento. Ni siquiera estoy seguro de que sea verdad lo que digo. Ya no sé qué es cierto y qué no. ¡Lo lamento tanto! —dijo y entonces se echó a llorar.

Anne me miró y agrandó los ojos. Él mantenía la cabeza hacia abajo y lloraba como un niño. Supuse que haber removido las cosas de Abril tan rápido era un mecanismo de defensa. Como si hacer desaparecer todo lo que le llevaba a recordarla haría menos posible ese tipo de explosiones que debía detestar. No hay nada peor para alguien de sangre fría que saberse desbordado. La verdad es que era un hombre destruido en medio del silencio mortal que había en esa casa. El Wilson de ahora era el verdadero y no el frío impostor que nos abrió la puerta. Abril era su alegría como Devin era la mía. Por eso puede que yo lo comprendiera mucho más que Anne.

—Disculpen un momento —alcanzó a decir y se levantó. Fue al lavaplatos y abrió el grifo. Echó agua en su cara.

—¿Me permite mirar un poco en las cosas de Abril? —pregunté.

Él levantó la mano derecha, dibujando con ella un movimiento hacia adelante. Era una señal de aprobación.

—Haga lo que quiera —completó sin voltear.

Era un hombre de mal carácter. Podría ser impulsivo. La voz que escuché en mi cabeza comenzó a adquirir sentido. No era verdad lo del matrimonio abierto. Pensé que Wilson podría haberse sentido celoso y quiso vengarse. Por eso, al matarla y dejarla en el descampado, intentaba hacer que la culpa recayera en un desconocido violador. Así se vengaría de Abril, que estaba saliendo con hombres desde hacía al menos dos años, cuando tuvo la aventura con el esposo de Anne. Wilson habría contado con mucho tiempo para planear el crimen.

Anne me miraba con indignación. Para ella no era posible mi falta de tacto. Para mí, en cambio, era vital tocar las cosas de la víctima, pero no podía decirle por qué. No comprendería que de esa manera tal vez sería capaz de percibir algo importante. Entonces, de repente, pensé en el esposo de Anne, en Harry.

—¿Y si la relación de Abril con él no era tan insignificante como Anne me lo hizo ver? ¿Y si la propia Anne temía que Harry tuviera que ver con el asesinato? —pensé.

El muro resquebrajándose de la visión adquirió otro sentido para mí. Tal vez Anne Ashton se había derrumbado porque sabía más de lo que decía, y por ello estaba nerviosa y mantenía esa sensación de persecución que mostró en el camino. Puede que no hubiera nadie siguiéndome a mí, sino a ella. Podía ser el propio Harry, que se había enterado de que su exesposa investigaría el caso del asesinato de su ex amante. Ella misma me lo había dicho en el auto.

—Uno no sabe lo que es capaz de hacer para defender a su familia...

ME DIRIGÍ A LA SALA. Las cosas que estaban dispuestas a punto de ser embaladas en cajas no pertenecían a Abril, sino a Wilson. Era ropa masculina, libros de pesticidas, zapatos para correr.

Sobre la mesa central del salón vi papeles que registraban la contabilidad de la floristería propiedad de Abril, pero todo lo demás pertenecía a Wilson. Ninguna otra cosa de lo que estaba allí era de ella. Toqué los papeles de la floristería, los moví de lugar. Vi que algunos contaban con anotaciones. Debajo de ellos había otros relacionados con el negocio de Wilson. Era el informe de un seguro contra imprevistos. Había sucedido algo en su negocio de químicos y el suceso tenía fecha de ayer.

Entonces decidí buscar la habitación de Abril. Caminé con rapidez y abrí la primera puerta de un corredor que se hallaba al lado izquierdo del salón. Resultó ser un cuarto de baño. Entré en él y abrí la puerta del espejo sobre el lavamanos. Tuve suerte. Parecía ser un cuarto de baño que utilizaba Abril. Había cremas faciales y maquillaje. Tomé la máscara de pestañas. Recordé que la había usado, la llevaba en sus pestañas cuando vi su cadáver. No experimenté nada, ni siquiera algo confuso.

Abrí la tapa de la máscara y saqué el cepillo, me miré en el espejo y me apliqué un poco como si fuera Abril. Pero nada vino a mi cabeza. Escuché pasos cerca.

—¿Cómo iba a explicar lo que estaba haciendo? —me pregunté y sentí un escalofrío. Los pasos se acompañaron de voces. Iban a

descubrirme.

Cerré la tapa de la máscara de pestañas, volví a ponerla en su sitio, salí del baño lo más rápido que pude y llegué hasta la entrada del salón, pero no pude continuar avanzando porque Wilson apareció y detrás venía Anne.

—Voy a pedirle que se vaya de aquí —gritó—. ¡No siga revolviendo entre las cosas de mi esposa!

—¿Qué ha pasado en su negocio? —pregunté.

—Ya sabe que he sido yo... ¡Ya lo sabe! —respondió.

—¿Qué cosa ha sido usted, señor James? —preguntó Anne en voz más alta. Noté que, por instinto, puso la mano en su arma, pero luego se detuvo. Se imaginaría que iba a confesar el crimen.

—He destruido las reservas de los químicos de mi negocio. Lo he inutilizado todo. De cualquier manera, el seguro ya lo sabe. Lo cerraré y me quedaré con la floristería y la gestionaré mejor que Abril. ¡Un millón de veces mejor porque siempre he valido más que ella! Ahora que he visto su cuerpo sin vida, que sé que no se ha ido de casa, puedo decir que la odiaba, la odiaba como nunca podré odiar a nadie más, pero no sé si pueda seguir viviendo si ella no está.

Wilson envidiaba a Abril, pero la necesitaba viva, y por eso, en ese momento, dudé de que la matara él. Tal vez, llevado al extremo, la hubiese llegado a mantener cautiva, disminuida para hacerle ver su superioridad, pero no la haría desaparecer. Ahora se había quedado sin la persona perfecta para competir y había muerto un poco él también. Por eso recogía parte de sus propias pertenencias, para equilibrar la ausencia de Abril y hacer como si siguiera viva. Él lamentaba su muerte, pero no porque la quisiera. Era un juego psicológico muy elaborado que solo había visto en las clases avanzadas de psicopatología de las relaciones de pareja.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó Anne cuando se dio cuenta de que Wilson James no estaba confesando el asesinato.

—Se van de aquí inmediatamente o llamo a mi abogado. No continuarán husmeando ni en mis cosas ni en las de Abril sin una orden —vociferó y se dio la vuelta. Se fue en dirección a la puerta principal.

Anne y yo obedecimos y salimos de la casa. Apenas escuchamos la puerta cerrarse tras nosotras, ella me miró, atónita.

—¿Puedes explicarme qué diablos ha sido eso? —preguntó.

—A VECES cuando alguien se enfrenta a la peor pesadilla de su vida se comporta como si nada hubiese pasado, hasta que la verdad lo alcanza. Eso imaginé al principio cuando el esposo de Abril abrió la puerta y lo vi tan indiferente, aunque su apariencia reflejaba otra cosa. Luego, el llanto era de esperarse. Pero lo que ha dicho de «superar a Abril y de valer más que ella y que la odia...» —cuestionó Anne.

Mientras caminábamos, intenté resumirle en pocas palabras lo que sabía del extraño síndrome de la competencia tóxica entre parejas, que había estudiado en la universidad y que uno de mis profesores investigaba. Hice un gran esfuerzo por decir las palabras justas y no divagar. Tiendo a hacerlo, a irme por las ramas.

Cuando terminé y llegamos al auto, Anne miró hacia arriba y dio dos toquitos a la puerta del copiloto, después sonrió, pero con ironía.

—Creo que va a ser «ilustrativo» trabajar contigo, Alexis. Te dije que tenemos el mismo trabajo, pero hemos llegado a él por caminos diferentes. Y mira que no soy una aficionada y he hablado con decenas de hombres y mujeres que han perdido a sus parejas, pero esta reacción de Wilson James no la había visto jamás.

—Tienes razón. Es un caso extraño. Yo tampoco lo había visto, solo había tenido referencias sobre él. Y además, no tenías por qué conocerlo, porque no es propiamente una conducta criminal, aunque puede terminar en ella. Digamos que es una conducta violenta que

pocas veces termina en asesinato porque el victimario depende de la víctima para competir. Suele mantenerla viva, aunque busca su dominio.

—Lilian no ha encontrado muestras de maltrato físico en el cuerpo de Abril —afirmó Anne.

—No creo que maltratara su cuerpo. Además, creo que ella también participaba con gusto de la competencia. Los dos lo hacían y me temo que ella era la fuerte. Esto se trata de tejer control, poder de uno sobre otro. Como un constante duelo. Por lo desequilibrado que está Wilson en este momento, creo que la mayoría de las veces Abril resultaba ganadora en las competencias que tejían. Puede que fuera más capaz y fuerte en todo lo que emprendía y él la envidiara por eso. Tal vez Wilson hubiese terminado en una acción criminal, pero del tipo de retención involuntaria de Abril si esta deseaba marcharse, mas no en asesinato premeditado. A menos que hablemos de un crimen por arrebató, porque no pudiera soportar en un momento de ira que ella fuese superior a él.

Anne terminó de escucharme e inició el camino para dar la vuelta al auto, pero de repente se detuvo cerca del capó.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Que aunque esta vez hayas dado en el blanco con Wilson, y tengo que reconocer que fuiste rápida en ello, no me gusta que seas tan poco considerada con los testigos o las personas de interés. Imagina que fuese un hombre sufriendo horrores por la muerte de alguien cercano en su vida sin todo ese asunto de la envidia y de la relación tóxica, y tú, sin más, quieres mirar y tocar todo en la casa. Hay que tener un poco de tacto con la gente —sentenció.

Me habló con la misma entonación que debía manejar cuando reprendía a sus hijos. Después continuó caminando y se detuvo junto a la puerta del piloto. Creo que allí fue cuando se dio cuenta del tono de regaño que había empleado en sus palabras e intentó razonar.

—¿No has pensado que la conversación con las personas puede ser más reveladora que los objetos que guardan en sus casas? —argumentó ahora con una entonación que invitaba a la reflexión.

—A menos que las personas mientan. Confío más en descubrir lo que la gente hace por otros medios y no fiarme tanto de lo que dicen. Los objetos en las casas, como has dicho, muchas veces nos pueden mostrar aspectos interesantes —expliqué.

Claro que no iba a decirle que en algunos momentos, cuando tocaba las cosas, saltaban a mi mente imágenes. Aunque no me refiriera a eso, estaba dispuesta a defender la idea de que en las casas y en los lugares de trabajo dejamos evidencias de cómo somos y de lo que nos sucede. Ella, como investigadora veterana, debía comprenderlo.

—En este caso, no sé qué decirte de Wilson James —reconoció y abrió la puerta del auto—. Creo que habrá que investigarlo un poco más. Si la mató, lo hizo en un arrebato y montó una escena para que creyéramos que había sido un violador en una zona de alta tasa criminal.

Después de decir eso, subimos al auto.

—Eso de que envidies a muerte a la persona que vive contigo debe ser un infierno —completó.

Le di la razón. Pensé en ese momento que no podía confesarle que había escuchado la voz de Wilson James llamar mentirosa a Abril, y que la sensación de odio que me produjo me ayudó a comprender lo que había en el fondo de ese matrimonio.

Lo cierto era que James coincidía con Anne. Ella también había dicho que Abril Smith era una mentirosa.

DECIDIMOS IR al encuentro con Lilian Peterson de una vez.

Durante los siguientes minutos de viaje, me dieron vueltas en la cabeza las personalidades de Abril y la de Harry, el exesposo de Anne. A Wilson ya lo tenía más o menos evaluado, y la verdad era que no pensaba que fuera el asesino. Pero de Harry no sabía nada. Decidí plantarle cara a Anne y preguntarle por la relación entre ellos dos. Ella sonrió antes de responderme.

—Puedo hablarte de ello, pero no será necesario. Vamos a lo que importa. Algunas personas están locas y deciden casarse el 4 de Julio. Esa noche, después de que llegué del paseo del río, dejé a los chicos con mi vecina Alice, me vestí para la ocasión y fui a la boda de mi primo. Fue en el Museo de la Aviación. ¿Sabes que allí rentan un espacio para festejos? Y Harry también fue porque es buen amigo de muchos de mis primos y hermanos. Así que de once y media a dos de la madrugada, tanto a él como a mí, nos vieron más de setenta personas. Supongo que ya no te interesa tanto saber sobre Harry y Abril, pero no te critico para nada. Estás haciendo bien tu trabajo, y si mi compañera me dijera de repente que conocía a la víctima de un asesinato porque su exmarido se enredó con ella, también hubiese reaccionado como tú.

Asentí. Pensé que lo bueno de Anne era que comprendía los puntos de vista de los otros. Puede que por eso la apreciaran tanto en el departamento.

—Esa noche, el museo estaba lleno de gente. Además del loco de Martín y su idea de casarse el Día de la Independencia, había otros eventos. Hasta Jay Cooper estaba allí en algo que tenía que ver con una fiesta de excursionistas. Fue allí donde me dijo que trabajaría contigo y que nos presentaría al día siguiente.

Me moría por preguntarle si el jefe le había dicho algo más; si había dado alguna referencia de mí, pero sabía que, de haber sido así, Anne no iba a revelármelo. Tendría antes que ganarme su confianza. Aquel «fíjate en ella» todavía me rondaba la cabeza. Era evidente que había una excelente relación entre Jay y Anne, y que si él quería que ella se fijara en mí por alguna razón, Anne no iba a confesármelo.

—¿Qué piensas del caso hasta ahora? Dime tu lectura —me preguntó.

—Creo que la clave es la personalidad de Abril Smith. No descarto del todo a Wilson. Aunque luce perdido y pienso que la necesitaba viva. Sin embargo, es un hombre que, a pesar de que intenta controlarse, tiene mal carácter. También creo que es cierto que Abril conoció a alguien, tal como él dijo.

—A alguien que no dejó ni una sola huella... —lamentó Anne.

—Además de ser meticuloso el asesino, sí nos ha querido decir algo que no comprendo; lo de los cortes de las bragas. Han sido a ambos lados a la altura de la cintura y otro en el área púbica, no en la vulva. No lo sé... espero que Lilian pueda darnos ahora una buena noticia —expresé.

Ya en ese momento entrabábamos en el estacionamiento del Departamento de Homicidios. No sé qué me estaba diciendo Anne porque me distraje. De pronto perdí la visión de un ojo, del mismo donde me había puesto la máscara de pestañas de Abril Smith. Por instinto, cerré los dos ojos y volví a abrirlos. Entonces vi borroso y escuché la voz de Anne en un volumen muy bajo, como si se hallara a metros de distancia de mí.

Me invadió una emoción repentina; era alegría. Abril estaba feliz cuando se maquilló, horas antes de morir.

LA ALEGRÍA inexplicable que sentí después de ver borroso desapareció tan de repente como vino, pero tuve la intuición de que Abril había mentido; no se quedaría en casa el 4 de Julio. Iba a encontrarse con alguien.

El edificio del laboratorio forense está ubicado al lado de nuestro departamento. Por ello, Anne estacionó el auto en el mismo lugar donde lo hacía siempre. Nos bajamos y nos dirigimos al encuentro con Lilian. Cuando íbamos a entrar en el laboratorio, alguien llamó a Anne. Era un hombre mayor que venía caminando. Ella mencionó su nombre y fue hacia él.

—¡Qué alegría verte! Estás genial... —dijo ella.

El hombre se veía francamente alegre por haberla encontrado. Anne lo abrazó y luego se tocó los dos ojos con la mano derecha. Creo que apartaba algunas lágrimas. Yo me separé un poco.

Pensé que por eso la querían, porque era transparente, espontánea y se interesaba por la vida de los demás. Me sentí bastante atraída por esos rasgos de su personalidad. Un poco envidiosa, tal vez, porque mi trato era más distante y no porque fuera nueva en ese lugar. Yo era, simplemente, diferente.

Pero había un problema con mi compañera, y era esa necesidad de comprender «el conjunto», tal como ella misma lo había llamado cuando me dijo que fijarse mucho en los detalles podía ser limitante.

—¿Y si no logra comprender qué hace? ¿Mira a otro lado? ¿Hace como si no existiera lo que no puede explicar? —me cuestioné al

verla conversar tan animada con el hombre.

»Eso pudo ser —continué pensando—lo que le pasó con Harry. Ella no llegó a entender algunas cosas de su marido, así como tampoco hubiésemos llegado a descubrir la relación entre Wilson y Abril si yo no la acompañaba a esa casa.

Las incongruencias se le escapan a Anne y es allí cuando yo soy eficiente. Y por ser buena en eso es que había intuido cosas que no estaban bien con ella; ese ademán nervioso de acomodarse el pelo tras la oreja; esa alarma que vi en sus ojos cuando miró la pantalla del celular apenas la conocí. Además, estaba lo del muro de mi visión cuando estreché su mano.

Sabía que algo le pasaba a Anne y que era hábil ocultándolo delante de todos, pero no delante de mí. Continué observándola. Hablaba y reía con el hombre que supuse era un miembro importante del cuerpo de Policía, años atrás. Ella le preguntaba por sus nietos y sus hijos.

Después una mujer uniformada se unió a ellos. La recién llegada le dijo a Anne que la felicitaba y que «ya era hora». No supe a qué se refería. Se mantuvieron hablando un par de minutos más.

Entonces, vi salir a Juliet Rice del edificio principal del departamento. Cuando pasó por el lado del grupo, no levantó la mirada. Luego hubo un momento en que sí lo hizo y observó directamente a Anne.

El encanto de mi compañera no parecía surtir ningún efecto en Juliet porque ni siquiera la saludó, o vendría preocupada por algo. Rice continuó su camino, pasó por mi lado, me dijo «hola» y entró en el laboratorio forense.

El sol abrasaba, las escasas nubes que lo habían ocultado hasta ese momento desaparecieron. Creo que eso fue lo que hizo que el pequeño grupo de Anne se disolviera. Hablaron del calor de este verano, se despidieron y al final el hombre le pidió a Anne que saludara a Harry. Ella no respondió.

—¿Sería cierto que la coartada de Harry era tan espléndida como me había hecho creer mi compañera? Hasta me había contado que el propio jefe Jay Cooper los había visto la noche del asesinato como para que no tuviese dudas.

Pensé que en algún momento, tal vez, fuera mi deber confirmar eso.

LLEGAMOS a la sala de análisis forense. Ya se habían llevado el cuerpo de Abril y no había ningún otro cadáver. Lilian recogía y limpiaba algunos instrumentos. Cuando entramos, estaba de espaldas a la puerta y no volteó al escucharnos.

Una música dramática inundaba el ambiente. Era ópera, justo la sección más conocida de *Carmen* de Bizet. La música provenía de un reproductor de DVD portátil que estaba en el rincón de la mesa de lavado. Era un aparato con un monitor pequeño de menos de veinte centímetros, pero el sonido de la música era alto. Le daba al ambiente frío de la sala una nota de mayor tragedia y drama. Noté que los altos decibeles se debían a que junto al reproductor había dos altavoces negros y curvos, marca Bose.

Imaginé que Lilian Peterson prefería trabajar cuando nadie más estaba allí porque así podría subir el volumen de la música cuanto quisiera. Creo que tenía el mando de los altavoces cerca de donde estaba porque segundos después de entrar la música comenzó a escucharse más baja.

—Siempre oye ópera cuando trabaja. Aunque a veces es Wagner, que para mí es peor. Su padre era un compositor reconocido —me explicó Anne.

Lo hizo en voz baja, en tono de complicidad.

—¿Qué es lo nuevo que tienes para nosotras, Lilian? —preguntó ahora dirigiéndose a la forense y en un tono más alto.

Lilian volteó.

—Hola, Anne. Hola, Alexis —saludó.

Después cerró el grifo y fue a nuestro encuentro. Nosotras nos habíamos quedado de pie cerca de la puerta.

—He estimado que el asesino metió las bragas de Abril en su boca alrededor de dos horas después de su muerte. Como les dije antes, no hallamos una sola huella en ninguna parte, ni una brizna ni una fibra. No hay semen, y en el cuello tampoco hay nada, solo el hematoma por la presión que ejerció al estrangularla. Es como si tuviese ese método, el de actuar como un fantasma, como si fuera invisible. Por lo menos, para nosotras, ahora lo es... —sentenció Lilian.

Hicimos silencio y por alguna razón Anne y yo miramos al mismo tiempo a la mesa de autopsias vacía que estaba más próxima. Debimos imaginar que allí estuvo el cuerpo de Abril.

La idea de un hombre invisible, de un fantasma depredador me heló la sangre. Imaginé la angustia de no poder ver al enemigo. Sé que la forense lo decía porque no había dejado rastros, pero yo lo pensaba desde los ojos de la víctima. Por lo que sabíamos, Abril era una mujer inteligente, competitiva, decidida, y que alguien así no previera el peligro cerca, si es que conocía a su asesino, significaba que este sujeto ocultaba muy bien su verdadera naturaleza. Wilson dijo que su esposa había conocido a alguien, que estaba cambiada y más «expuesta». Además, yo sabía que ella se había maquillado para él y que al hacerlo se sentía feliz. La felicidad la hizo vulnerable...

—¿Y entonces? —continuó interrogando Anne, sacándome de mis pensamientos.

La miré, y noté por su expresión que le supo a poco el reporte de Lilian. En ese momento, Anne estornudó. El frío que hacía allí era polar.

—Sabe lo que hace y no todos los asesinos lo saben, por fortuna. Por lo tanto, eso en sí mismo ya es algo. ¿No lo creen? —preguntó Lilian tocando sus lentes con el dedo corazón.

—Para mí, lo que nos dice es que es un maldito inteligente —concluyó Anne.

—Eres una creyente no convencional, Anne Ashton. Los católicos no maldicen.

Sonreí. Entendía que Lilian era del tipo de personas que sienten animadversión por la religión católica, puede que por todas las religiones, y también era de las que no perdían oportunidad para hacerlo saber al resto de los mortales.

—Todo tiene su límite —fue lo que respondió Anne.

—¿Esos cortes en las bragas a qué crees que responden? Los he mirado y no son funcionales... —le comenté a Lilian. Me interesaba saber si antes había visto algo así.

—No lo sé. Son tres pequeños; dos horizontales a los lados y uno vertical en el área púbica. Parecen haber sido hechos con una hoja afilada de cuchillo, puede que de caza dentada de un lado, no con tijeras. La verdad es que no tengo idea de por qué están allí, y no había visto antes nada igual. Si lo piensas en perspectiva, pudiera ser una carita sin boca, dos ojos a los lados y una línea hacia abajo que figuraría la nariz, pero no lo sé, la psicología no es mi fuerte... —me respondió levantando un poco la cabeza y dejando ver la tensión de los músculos de su fino cuello.

Después se acordó de algo más.

—Detergente típico de lavanderías de gran potencia que contiene cincuenta por ciento de tripolifosfato de sodio, mejor conocido como fosfato, y solo un dieciocho por ciento del compuesto conocido como «LAS». Este último es el que tiene las propiedades de detergente, las de limpiar suciedades. Eso era lo que había en la piel de Abril Smith, a excepción de las áreas donde están los ojos y los labios.

—¿La lavó y después la vistió? —pregunté.

—Eso creo —respondió Lilian.

—¿Como para quitarle impurezas después de abusar de ella y asesinarla? —preguntó Anne extrañada.

—No sé si la bañó antes o después de asesinarla, pero me inclino más a pensar que fue después, porque todas las áreas de su cuerpo muestran la sustancia. Le costaría mantenerla inmóvil para efectuar el baño completo a menos que la hubiese maniatado o drogado, y no hay muestras en el cuerpo de ninguna de las dos cosas. También he pensado que ella se sometiera al baño voluntariamente, como

parte de una práctica sexual acordada, si es que conocía al homicida, pero no lo creo, porque esta sustancia en la mayoría de las personas causa picor, es muy fuerte —reconoció Lilian.

—¿No es poca la proporción del detergente en comparación con el fosfato? ¿Eso puede significar algo? —pregunté.

—Tengo la impresión de que es una fórmula antigua. Puedo preguntar a mi marido, Joseph, él trabajó hace años en un proyecto para los Bach, aunque supongo que ustedes tendrán mejores maneras de averiguar eso en el departamento —me respondió Lilian y comenzó a quitarse los guantes azules que todavía llevaba puestos.

—Y Wilson James tiene una empresa de químicos que acaba de destruir convenientemente... —reflexionó Anne.

En ese momento, por alguna razón, me pareció que la música se escuchó más alta. Un recipiente de aluminio que había quedado en el borde de la encimera donde antes Lilian había estado lavando cayó al suelo, tal vez por la vibración que produjo el sonido.

—¡Jesús! —exclamó Anne—. Este lugar me desagrada cada vez más. Hace un frío de muerte y me pone muy nerviosa. Además, el contraste con el calor de afuera es monumental y creo que voy a enfermarme —explicó, y volvió a estornudar.

Lilian la miró y caminó en dirección al reproductor de DVD. A mí, la semejanza del lavado de los niños asesinados de Topeka y Abril Smith me seguía intranquilizando. Pero a todas luces, Anne estaba más nerviosa que yo.

¿Qué era lo que le sucedía?

ANNE y yo dedicamos el resto del día a investigar a Wilson James. Para ello pedimos apoyo a Ender, nuestro experto en informática. No teníamos nada en contra de James que nos ofreciera motivos para entrar en el local donde funcionaba su empresa de químicos, ni para revisar a conciencia su casa.

Hicimos averiguaciones sobre su pasado, sus amistades, su cuenta bancaria. También citamos a varias personas del entorno de Abril, pero no obtuvimos más que la constatación de lo que ya sabíamos: Wilson y ella mantenían una relación de constante competencia. Abril ejercía una relación abierta en términos afectivos y sexuales, y nadie estaba seguro de que Wilson también lo hiciera. Abril era arriesgada, decidida e independiente.

En la noche, cuando me despedí de Anne, ella se dirigía a ver al jefe. Él acababa de llamarla. El departamento estaba casi desierto porque, producto de la reestructuración, solo funcionaban allí las unidades especializadas y de análisis, no las de respuesta policial ni de atención de denuncias.

Recuerdo que, antes de tomar el silencioso corredor para salir, volteé a mirar a Anne y ella guardaba el celular en su bolso. Se dio cuenta de que la estaba observando y me habló.

—No sé por qué Jay trasladó su despacho a la primera planta. Yo lo habría dejado en este piso, hasta lo habría movido justo al lado de la puerta. Así es como uno conoce lo que pasa aquí, viendo quién entra y quién sale. Pero nada, son estilos... Subiré y luego iré a casa.

Quiero ver a los chicos antes de que se duerman. Hasta mañana, Alexis —completó.

—Hasta mañana. Yo seguiré pensando en qué hacía feliz a Abril Smith —le respondí.

—¿Cómo sabemos lo que hace en realidad felices a las personas?
—respondió y noté una nota de seriedad en su cara.

Salí y me fui a casa.

Esa noche tuve un sueño y esta vez fui capaz de recordarlo por completo, aunque no entendí su significado.

Desperté con el cuello y el pelo empapados. Había olvidado abrir la ventana o encender el aire acondicionado, y en el apartamento hacía un calor bochornoso. Los labios me ardían por la resequedad.

Me levanté de la cama y busqué un vaso de agua en la cocina. Lo tomé de un solo tirón. Me senté en la silla frente a la ventana que da al parque, donde me gusta acomodarme para pensar.

Eran las tres y cinco de la madrugada. Intenté sacar algo en claro de lo que vi al tocar a Abril y también del sueño. Cuando tomé la mano del cadáver vi a un hombre correr, un hombre atlético, pero solo veía su cuerpo sin rostro. Vestía una chaqueta de cuero. Después lo vi extender las manos y los pies en forma de equis, tal como dejaron el cuerpo de Devin.

En el sueño que acababa de tener vi a una mujer suspendida en el aire sobre el río, y se movía como el dron en forma de gusano que vi el 4 de Julio. Ella gravitaba sobre su mismo eje y el pelo le caía a los lados de su cabeza. Tenía los brazos extendidos y la tela de su vestido estampado también caía y dibujaba la figura de sus piernas y su cintura. De pronto, comenzó a dar vueltas más rápidas hasta que adquirió una velocidad vertiginosa y luego descendió al agua. Un hombre que vestía de negro la veía caer. No había nadie más. Ni siquiera yo, pero estaba segura de que lo que a ella le había pasado era obra de él, era su culpa, por ser portador de una malignidad poderosa, oculta.

Había luces reflejadas en el agua y de repente, de allí, del medio del río, emergió un animal con la piel llena de pelos, de patas muy delgadas. Parecía un perro, pero sus orejas eran redondas. Solo podía ver su silueta. El animal tomó el camino del río y se fue, pero en lugar de desprender agua de su cuerpo mojado, desprendía sangre.

El hombre miraba hacia el agua y estaba satisfecho; después comenzó a perseguir al animal. Quería atraparlo. Unas palabras aparecieron en mi cerebro justo antes de despertar: «Devin y los niños también».

Era una locura de sueño. No me sentía capaz de sacar nada en claro de él. De lo único que estaba segura era de que el hombre de mi visión y el del sueño era el mismo, también el que me seguía en la pesadilla de hacía dos noches. Por mucho que pensaba, no encontraba nada objetivo que relacionara la muerte de Abril con la de Devin y los niños de Topeka.

Estaba lo del baño, pero en el caso de los niños había sido con un jabón diferente, más común. No tenía a ciencia cierta ninguna evidencia de que estaba de nuevo enfrentándome a la oscuridad, más allá del estado de inquietud que mantenía hacía días, desde que fui por primera vez al Departamento de Homicidios de Wichita.

Me levanté de la silla. Pasé la lengua varias veces por mis labios. La sed me abrasaba. Encendí el aire acondicionado de la sala y puse la cara en donde las rejillas orientaban la ventilación. Ahora la piel de mi cara estaba helada.

Pensé lo mismo que había estado reflexionando varias veces desde el hallazgo del cuerpo de Abril, que podía ser que yo estuviese construyendo una relación con Devin porque deseaba descubrir quién lo había asesinado. Podía ser un mecanismo subconsciente de mi parte relacionarlo todo para sanar un poco mi culpa, porque siempre me sentí responsable de su asesinato. Nunca me creí eso de que fuera acción de la mafia local, y lo de la moneda en su vientre me parecía un ardid del verdadero asesino, que deseaba que vinculáramos su homicidio con las máquinas de juego ilegales para que todos pensaran que al agente Devin Walsh lo había liquidado el

crimen organizado. Pero a mí me parecía que, bajo lo que quisieron mostrar, había algo más.

Las lágrimas aparecieron en mis ojos junto con el recuerdo de Devin en la sala de autopsias. Reviví el momento en que descendieron la urna, ese instante en el que algo hizo crac dentro de mí.

Con la tristeza auestas de no poder contar con Devin para el resto de mi vida, me fui a mi habitación y me acosté. Eran las cuatro y cuarto de la madrugada la última vez que miré la pantalla del teléfono. Me quedé dormida deseando soñar con él.

A las seis y media me desperté sobresaltada por un iring! Era una llamada de Anne. Lo primero que pensé fue que habían descubierto otro cuerpo con las bragas en la boca. No sé por qué tuve esa idea. Pero desde que la escuché, apenas saludarla, supe que se había decidido a confesar. Al fin sabría la razón de su intermitente nerviosismo.

—Alexis, hay alguien siguiéndome y creo que tiene que ver con la muerte de Abril Smith. Te pido que me ayudes a investigarlo antes de informar al jefe. Una persona quiere vengarse de mí...

PARTE II

LA PERSONA se encontraba sentada frente a un escritorio en una habitación del apartahotel Sun, en el número 432 de la calle Pawnee.

A su espalda había una cama pequeña, con un colchón viejo y unas sábanas gastadas. La almohada, cubierta con una funda que imitaba la seda, estaba en el piso sobre la alfombra decolorada.

Las persianas se movían por la ventilación del aire acondicionado. A ratos dejaban entrar algo de claridad, la poca que se colaba a través de los cristales manchados de la única ventana que había en el lugar.

Sobre el escritorio se hallaban varios recortes de periódico. Todos tenían que ver con Anne Ashton. Las noticias hablaban de sus proezas para capturar a Buchanan's y Tomasso, y dar «un duro golpe a la mafia de juegos ilícitos, del lavado de dinero y del mercado sexual de Kansas». Algunas de las noticias la llamaban «superpolicía».

La persona tomó un vaso lleno de *whisky* que estaba junto a los papeles y bebió un trago. Luego agarró uno de los recortes, donde podía verse el rostro de Anne, y lo arrugó con rabia. Lo lanzó al cesto de la basura junto a sus pies.

La persiana continuaba golpeando el cristal y el aire acondicionado comenzó a hacer un sonido molesto. El ruido lo desesperaba, quería silencio, necesitaba paz. Se levantó y caminó

hasta la ventana, dio un golpe a la persiana y la vio moverse. Después dio una patada a la rejilla del aire.

Volvió al escritorio y vertió en el vaso el *whisky* que quedaba en la botella y lo tomó de un solo trago. El aparato de ventilación ahora emitía un sonido más agudo. En el escritorio también había un recorte que mostraba la noticia sobre el premio a la trayectoria de Anne Ashton. Allí se anunciaba la hora y el lugar de la ceremonia, que estaría presidida por el alcalde.

—The Police Commendation Awards. Podría ser ese el día... —dijo.

En ese momento, alguien tocó a la puerta. Sabía quién era. Había estado esperando esa visita con ansias.

La mujer salió de la Biblioteca Pública de Wichita. Había interrumpido su lectura porque sintió hambre. Además, ya no quedaba ningún usuario en el edificio y pronto lo cerrarían.

Se dijo que compraría una ensalada de aguacate y tomate en la tienda junto a su apartamento, en el barrio de Saint Francis. Después descorcharía una botella de vino y se daría una ducha.

Acababa de mudarse y estaba muy orgullosa de haberlo logrado. El conjunto residencial era exclusivo. A pesar de hallarse en el centro de la ciudad, se trataba de una edificación nueva y lujosa. Su objetivo era comprar en pocos meses ese mismo apartamento en donde ahora había alquilado. Sabía que lo lograría, porque nada la distraía de sus propósitos. La prueba era que hacía unas semanas se había visto gorda y en apenas quince días perdió 4 kilos.

Recordó cuando en la mañana se había puesto la falda negra que llevaba y que tanto le gustaba. Ahora miraba el movimiento de sus piernas, cubiertas hasta las rodillas por la tela de la falda, y se sintió muy satisfecha con su figura.

Ese día se pensó como una triunfadora desde que había amanecido, y por eso, al admirar su imagen en el espejo cuando se puso el sujetador de encajes color arena, decidió llevar la blusa de

lino blanca, como si se tratara de una ocasión especial. Eso completaría la estampa que quería mostrar: la de una mujer elegante e intelectual.

Había pasado todo el día investigando y leyendo, pero todavía se sentía fresca y poderosa.

—En tu vida anterior habrías ido por pollo frito, pero ahora es imposible pensar en eso. Debe ser ensalada, y nada más —se dijo con firmeza a sí misma.

Caminó en el estacionamiento para buscar su auto. Pensaba que el día había sido productivo y que, con suerte, a la mañana siguiente terminaría de hacer la revisión de los alegatos. Sabía que iba a brillar como nadie en cuanto le pidieran su opinión. Ya lo tenía todo calculado y había logrado establecer los puntos claves de la defensa.

En una mano llevaba varias carpetas, con la otra buscaba las llaves del auto dentro del bolso de mano. Tocó varios objetos, pero no logró encontrarlas. Entonces, algo le pinchó el dedo anular.

—¡Diablos! —exclamó, sacando de inmediato la mano del bolso.

Vio como una gota de sangre comenzaba a aparecer en la punta de su dedo y se hacía cada vez más grande. Llevó el dedo a su boca. No quería manchar la blusa ni tampoco los papeles.

Continuó caminando. Cuando llegó junto a su auto, un Mercedes-Benz Coupé, puso los objetos que cargaba sobre el capó, abrió todo lo que pudo el compartimiento principal del bolso y miró hacia adentro.

Pero en ese momento escuchó un claxon y las luces de un auto que se aproximaba la iluminaron. Al principio, quedó encandilada. Después miró y reconoció a la persona que conducía y que había detenido el vehículo a pocos metros de ella.

Levantó la mano y sonrió. Se dijo que le vendría bien acercarse y saludar con mayor interés. Caminó hacia el auto y la persona que conducía bajó la ventanilla.

—¡Hola! Una sorpresa verte aquí —dijo ella.

—¿Por qué? ¿No puedo, como tú, interesarme por los libros? —respondió, sonriendo, quien se hallaba al volante.

—Claro que sí... ¿Y cómo has estado? —preguntó la mujer.

—Vente conmigo. Una pareja de buenos amigos nos espera para cenar y bailar. Hoy debes olvidar los libros y la ambición por promocionar tu carrera. No voy a mentirte. He venido a buscarte y te he estado esperando algunos minutos. He reconocido tu auto y por eso sabía que aún estabas aquí.

—Vaya —respondió ella y miró hacia abajo, hacia la punta de su zapato negro.

Estaba decidiendo si aceptar la invitación o irse a casa como había planeado.

—Está bien. ¿Por qué no? Ya que te has tomado tantas molestias en «atraparme» —respondió sonriendo.

—Puedes dejar el Mercedes aquí. Luego te llevaré a casa, y como de seguro mañana volverás a este lugar...

Ella estuvo conforme. Volvió al auto, encontró las llaves en el bolso que había dejado sobre el capó y abrió la puerta del copiloto. Puso las carpetas en el asiento y cerró. Luego caminó hacia el otro auto y lo abordó.

Cuando cerró la puerta, pensó que había estado bien que se arreglara como lo hizo, había sido como una premonición. Ahora celebraría lo bien que le estaba yendo. Podía permitirse un exceso de vez en cuando. Eso también era parte de la vida.

ANNE ME CITÓ a las siete y media de la mañana del 7 de julio en la cafetería Morgana, a pocas cuerdas del departamento. Me dio la dirección porque yo no conocía ese lugar.

Contaba con hora y media para acudir a la cita. Me pareció conveniente no preguntarle nada más por teléfono y esperar al encuentro personal.

A la hora indicada, llegué a la cafetería Morgana. La imaginaba diferente, no parecía un lugar que pudiera agradarle a Anne. Era más bien del estilo de Ender.

Se trataba de una cafetería que contaba con tres espacios, y había que atravesar dos de ellos para llegar al área de servicio de comida y bebidas. Caminé por una cibersala, donde pude ver varios módulos con computadoras y sillas. Era un espacio amplio. Los equipos de computación se hallaban dibujando un semicírculo y, tanto en medio como fuera de él, habían dispuesto más de veinte butacas de colores vivos. Había tres sofás color verde uva que lucían bastante cómodos y que estaban intercalados entre las butacas coloridas. También había mesas bajas y cojines en una cesta. Colgando de las paredes, vi varios afiches de videojuegos. Identifiqué otros de la serie *The Big Bang Theory* y de una de las películas de *The Avengers*.

El lugar estaba abierto al público, pero aún no había llegado ningún cliente. Un hombre alto, de bíceps voluminosos que llevaba una camiseta gris ceñida estaba de espaldas, acomodando las sillas

que se encontraban frente a las computadoras. No volteó al escuchar mis pasos. Parecía ensimismado en su labor. Tenía el pelo rubio y corte militar.

Terminé de atravesar ese salón y llegué a una sala de juegos. Contaba con varias mesas y sillas para grupos de más de cuatro personas. Las paredes mostraban estanterías que exponían las cajas de cientos de juegos de mesa. También había una mesa de billar en una de las esquinas, junto a una ventana.

Continué caminando y al fin llegué a la sala de servicio del café, que suponía era donde me vería con Anne. Al contrario que en los otros dos espacios, allí había clientes. Tres mesas estaban ocupadas.

En una estaba una mujer, concentrada en la lectura de un libro que sostenía con las dos manos. En otra estaban dos hombres que discutían. Uno de ellos era muy joven y tenía la forma de la cabeza y las orejas idénticas al del otro, que era mayor. Adiviné que se trataba de padre e hijo, sosteniendo una crítica conversación.

En la tercera mesa estaba Anne, mirando un punto en el vacío. Me acerqué y me senté frente a ella. Esperaba ver algún rasgo diferente, notarla demacrada, pero estaba como siempre. Anne era capaz de disimular muy bien su estado anímico.

Pedimos dos cafés y aguardamos a que la chica que nos atendía se fuera.

—Detuve por doble asesinato a un sujeto llamado Gerard Haynes hace varios meses, antes de pedir la excedencia y de divorciarme. Ayer me ha llamado la fiscal y me ha dicho que ha salido bajo libertad condicional. Ya sabes, debe reportarse a un agente encargado cada semana e informarle de sus avances para su reinserción social, pero el asunto es que está afuera —lamentó e hizo una pausa.

No dije nada. Por mi experiencia en psicoterapia, sabía que en ese momento debía dejar que ella expusiera el caso como quisiera y que me diera toda la información posible. Me limité a mirarla.

—Aunque resultó declarado culpable de los dos asesinatos en el primer juicio, recurrió la sentencia y se registró a Innocence Project para que lo ayudaran en la apelación. Dado que no había pruebas de ADN, fue puesto en libertad por «falta de evidencias más allá de

toda duda razonable». Creo, además, que algún periodista de esos que andan tras los fallos del sistema hizo lo suyo y presionó junto con Innocence Project.

La chica que nos atendía apareció con la bandeja y las tazas de café humeante. Las puso sobre la mesa. Esperamos a que se fuera para continuar hablando.

—Sé que ahora quiere vengarse de mí —concluyó Anne y giró un poco la cabeza hacia un lado.

Era mi turno para hablar.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Porque me han estado siguiendo en estos últimos días y he estado recibiendo llamadas en casa. Atiendo y no dicen nada, pero oigo una respiración. Sé que hay alguien en la línea. Han sido llamadas constantes desde que Haynes salió en libertad, las fechas coinciden, por lo que me dijo la fiscal. Anoche estaba con mis hijos en la sala de casa leyéndoles un cuento y otra vez atendí una llamada de esas. Ya había hablado con la fiscal, entonces, no hice lo que las otras veces, no corté, me mantuve en línea varios minutos. Dije su nombre y él fue quien cortó. Acosté a los chicos, fui a la cocina y me serví un vaso hasta arriba de *gin*. Me quedé en espera, alerta. Volvió a sonar el teléfono y de nuevo escuché los sonidos de esa respiración agitada y profunda, pero esta vez duró menos. Al colgar, escuché el ruido de un motor que arrancaba cerca de la puerta de casa. Corrí hacia la ventana del salón, aunque lo único que vi fueron los faros traseros de un auto alejándose. Me quedé montando guardia durante la noche con la pistola cerca, pensando en si mis hijos correrían peligro por mi culpa. A las seis de la mañana te llamé —dijo Anne.

—¿Por qué has dicho que tiene que ver con Abril?

—¿No lo ves? La ha matado porque debió enterarse de lo que pasó entre Harry y ella. No sé cómo lo supo..., entonces asesina a la ex amante de mi exesposo para complicarme. Tal vez quiera que las sospechas caigan sobre mí o sobre Harry. No lo sé.

No me parecía claro el razonamiento de Anne. Se estaba dejando llevar por la impresión de las llamadas anónimas y tal vez por una sensación, infundada o no, de persecución.

—No debe ser la primera vez que te sucede algo así. Eres una detective veterana que además ha sido jefa del Departamento de Homicidios. Tienes muchos enemigos y has mandado a la cárcel a gente que no debe estar contenta contigo. Si es cierto que alguien te sigue y que es el mismo que te hace las llamadas, podría ser cualquiera. Creo que tendrías que contar con pruebas más sólidas para pensar que Gerard Haynes está tras de ti, y todavía más, que haya matado a Abril —argumenté.

Anne me miró como decidiéndose si le daba una oportunidad al razonamiento que le había expuesto o continuaba con su idea.

—¿Lo has visto? ¿A Gerard Haynes? —continué.

—Sí. Y tú también. Estaba acomodando las sillas de la sala contigua cuando llegaste.

—¿Has venido aquí con la intención de encontrarlo? —pregunté en voz más alta. No me lo creía.

—Se quiere vengar de mí —insistió.

Estaba obsesionada con el asunto. Pensé que tal vez Anne creía que había hecho algo incorrecto en el caso de Haynes. Era muy pronto para preguntárselo. Me diría que no, pero esa fijación me hacía pensar que su culpa no estaba tan clara para ella. O puede que tal vez Anne creyera que había hecho algo fuera de la ley para atraparlo porque estaba convencida de que era un asesino. Quizás había sido la única vez que faltó a su ética y por eso sentía que Gerard Haynes quería vengarse.

—¿Te ha visto él? —pregunté.

—Sí. Y me ha mirado con resentimiento, pero no me ha dicho nada —respondió.

—Bien, Anne. Ahora no tenemos motivos para interrogarlo. Podrías hablar con el supervisor de su condicional para que te enteres de qué hacía cuando asesinaron a Abril. Así bajará la presión que sientes y podrás pensar mejor —propuse. Tenía que darle un enfoque práctico al asunto.

—Puede que tengas razón —concedió.

En ese momento, el celular de Anne vibró dentro de su bolso. Lo sacó y me dijo que era una llamada del jefe Jay. Atendió y se mantuvo callada, escuchándolo durante un par de minutos. Luego dijo que iríamos enseguida y cortó.

—Otra mujer asesinada. Se llamaba Dakota Davis. Abogada, soltera. Encontraron su auto en el estacionamiento de la Biblioteca Pública, en la calle 21, cerca de aquí. Vivía sola en Saint Francis. Parece que es el mismo *modus operandi* que en el caso de Abril Smith. Ya Lilian va de camino —dijo Anne, levantando la mano para que la chica que nos atendía trajera la cuenta.

—¿Dónde la ha dejado? ¿En el descampado del barrio Northeast Heights? —pregunté.

—No. Cerca de la calle 37, pero también es un descampado —respondió Anne.

Llegó la cuenta y ambas pagamos. Creo que las dos pensamos lo mismo en el momento en el que sacamos el dinero de nuestros bolsos, en un acto reflejo. Una nueva víctima le daba otra perspectiva al caso.

De nuevo, esperé a que la empleada de la cafetería se fuera para hablar.

—Si confirmamos que es el mismo *modus operandi*, estaríamos hablando de un asesino en serie... —comenté.

—Sí. Es lo que alarma a Jay. Me ha dicho que descubramos algo y pronto, antes de que todo llegue a la prensa y digan que hay un psicópata descontrolado en la ciudad —respondió Anne.

—¿La conocías?

Estoy segura de que ya se había hecho la misma pregunta y la había respondido dentro de sí.

—No. En mi vida he tratado a nadie con ese nombre.

—El punto central tal vez no sea Abril Smith, ni Wilson James. Tampoco que conocieras a Abril ni lo que tuvo ella con Harry. Esto también desenaja tu reciente teoría sobre Gerard Haynes... —afirmé.

Me vino de repente a la cabeza el recuerdo del hombre de mi sueño y mis visiones. El que miraba a la mujer flotando en el aire. El que estaba satisfecho y vestido de negro, perteneciente a la oscuridad. El fantasma de la muerte que no deja pistas, tal como había dicho Lilian.

Fue en ese momento en que tuve el convencimiento de que la oscuridad sí estaba involucrada en lo que sucedía y que habría más

muertes.

—Buscaríamos a un depredador de mujeres... —completé, preocupada.

—Vamos a ver con qué nos encontramos —expresó Anne.

Nos levantamos con rapidez y comenzamos a caminar buscando la salida, pero algo nos detuvo cuando llegamos a la sala de juegos. Vimos a Gerard Haynes.

Estaba de pie. Lo reconocí por la camiseta y los brazos musculosos. También por la forma de su cabeza y el pelo cortado al rape. Era el mismo hombre que había visto antes de espaldas. Comenzó a caminar hacia nosotras. Parecía movido por la intención de querer hacer daño y tenía la mirada clavada en Anne.

GERARD HAYNES LLEGÓ A NUESTRO LADO, pero no se detuvo. Sentí que Anne contuvo la respiración cuando pasó cerca de ella. Luego espiró, aliviada, cuando él siguió de largo. Tenía miedo y no podía disimularlo. No lo detuvo ni le habló. Simplemente lo dejó pasar.

Salimos de la cafetería Morgana y nos dirigimos al auto. Ella hizo silencio mientras caminábamos porque todo lo que deseaba que yo supiera sobre Haynes ya lo había dicho o estaba pensando qué hacer con él; si encararlo o no. Me quedaba claro que estaba aterrada y convencida de que él tenía algo que ver con el asesinato de Abril.

Las palabras que acababa de decirme de repente volvieron a mi cabeza: «Él quiere que las sospechas recaigan sobre mí o sobre Harry».

Entonces, se me ocurrió por primera vez que fuera la misma Anne quien (en el inconsciente) sospechara de su exesposo, Harry. Podía ser que estuviese proyectando las dudas sobre él y, como un mecanismo de defensa, culpara a un enemigo obvio, al hombre que detuvo por asesinato, tal vez de una forma no del todo apegada a la norma, y que ahora estaba libre. Un sujeto perfecto para culpar.

También dijo: «Detuve por doble asesinato a un sujeto llamado Gerard Haynes hace varios meses, antes de pedir la excedencia y de divorciarme».

Allí estaba la prueba. Lo mezclaba todo; la detención de Haynes y la verdadera razón de su crisis, que era la separación de Harry.

Como si en ese momento de su vida hubiese sucedido la tormenta perfecta porque se juntó su divorcio y un caso complejo. De seguro se estresó de tal manera que de inmediato pidió la excedencia, y ya sabía que no volvería como jefa a pesar de que la reestructuración del departamento que condujo había sido tan elogiada.

La raíz de su nerviosismo actual podía ser Harry. ¿Sería que Anne sabía que era un asesino? Lo mejor era que me apartara de los problemas de Anne en ese momento y me centrara en la nueva víctima. No me parecía que mi compañera estuviese dispuesta a olvidar su asunto con Haynes, así que debía ser yo quien «despejara la cabeza» por las dos.

—En diez o quince minutos estaremos en el lugar donde dejó el cuerpo —dijo ella en cuanto abrió la puerta del auto.

—¿Ya Lilian está allí? —pregunté.

—Eso creo. ¿Por qué? Debió haber notado que hacía la pregunta por algo.

—Me gustaría ver el auto de la víctima antes. Llámalo intuición. De todas formas, si se trata del mismo asesino de Abril, la experiencia nos dice que no encontraremos nada que nos conduzca a él en el lugar en donde la dejó.

—Está bien. Estamos muy cerca de la Biblioteca Pública —dijo.

En pocos minutos, estuvimos frente al Mercedes-Benz de Dakota Davis. Un equipo auxiliar de dos forenses también acababa de llegar. Uno de ellos abrió la puerta del vehículo y yo me quedé justo detrás de él, mirando hacia adentro. Anne se hallaba un poco más apartada, detrás de mí. Observé hacia dentro y lo primero que vi fue varias carpetas sobre el asiento del copiloto.

Pedí un par de guantes al técnico que abrió la puerta y luego toqué la carpeta que se encontraba sobre las otras. De repente, cuando lo hice, todo se puso rojo en mi cabeza.

—¿QUÉ tipo de abogada sería esta chica? —preguntó Anne y en ese momento, cuando ella terminó de pronunciar esas palabras, mi visión volvió a la normalidad.

Leí al vuelo parte del contenido de los papeles de la carpeta. Eran fotocopias de documentos legales y anotaciones en los márgenes. Estaban hechas con una caligrafía perfecta: letras pequeñas que conservaban una rectitud tal como si hubiese una línea dibujada debajo de ellas. Pensé que era la letra de Dakota, quien estaba acostumbrada a escribir y era una mujer inteligente.

Después terminé de mirar el contenido de todas las carpetas. Parecía un caso de estudio para definir la mejor línea de defensa de un acusado de asesinato.

—Por lo que veo, defensora —respondí a Anne y volteé para mirarla.

Ella se quedó meditando. Después llevó su mirada hacia abajo. Volví a poner las carpetas en el asiento y di una revisión rápida al resto del auto. No encontré nada más que llamara mi atención. Abrí la guantera, pero allí tampoco había nada revelador.

—Luminol. ¿Cuentan con él en el equipo que han traído? —pregunté al forense.

El chico me miró sorprendido.

—Sí, pero...

—Allí en esa primera carpeta, creo que hay rastros de sangre —afirmé, señalándola.

El joven forense buscó un kit con el compuesto químico que le había mencionado y lo aplicó sobre la superficie de la carpeta. Una minúscula zona se iluminó en el extremo inferior derecho.

—Podía ser un residuo pequeño de sangre. Lo comprobaremos —se limitó a decir el forense.

Anne habló.

—¿Cómo has sabido que había sangre allí? No se me hubiese ocurrido jamás. Esta no es la escena del crimen ni mucho menos. Tal vez la chica fue abordada por alguien antes de entrar en el auto. Eso estaba pensando porque no debía ser normal que lo dejara aquí, ya lo comprobaremos... ¿Qué crees? ¿Que la atacó en este lugar? Eso sería mucho riesgo. Alguien pudo verlo.

—Quizás el riesgo lo excite —respondí en forma mecánica. Solo pensaba en que esta vez la visión me condujo a sacar una conclusión acertada. Al ver el color rojo, pensé en la palabra «sangre», pero casi nunca podía construir ese tipo de relaciones tan directas.

—Me dio la impresión de ver una mancha de sangre. Eso fue todo —mentí.

Anne pareció creerme porque no siguió hablando.

—No sabemos si se trata del mismo asesino, aunque lo del descampado me dice que sí —completé.

—Si ya has terminado, deberíamos ir a ver el cuerpo de la víctima. Mientras mirabas los papeles, he recibido un mensaje de Lilian. Es el mismo hombre. Iguales cortes en las bragas metidas en la boca. Eso no ha salido en la prensa. Jay va de camino y te aseguro que nos va a meter presión si se trata de un asesino serial.

«Un asesino serial...», me repetí.

—No le he dicho nada a Jay sobre Gerard Haynes, pero creo que ha llegado la hora de hacerlo —completó Anne en tono grave.

No entendía por qué había llegado a esa conclusión. La miré callada. Debí demostrar mi confusión.

—¿O es que te parece solo una coincidencia que Dakota Davis fuera abogada defensora?

En ese momento, supe que la obsesión de Anne por Haynes era más grande de lo que pensaba y que relacionaría cualquier cosa con

él. Gerard parecía ser la grieta en el muro de mi visión. ¿O tendría razón Anne y Gerard Haynes era el depredador que estábamos buscando?

El mismo hombre que, de alguna forma, tenía que ver con los niños de Topeka y con la muerte de Devin. ¿Acabaría viendo la cara del asesino que cambió mi vida?

Es cierto lo que decía Anne. Uno no se acostumbra a ver los cadáveres. Me sentí terrible e impotente cuando estuve frente al cuerpo sin vida de Dakota Davis. Estaba tendida sobre el musgo y junto a unas piedras en un descampado cercano al Willows Golf Club.

Para llegar hasta allí fuimos hacia donde inicia la calle 37, que recorre casi la ciudad entera de este a oeste, y dejamos el auto frente a una pequeña fábrica abandonada. Luego caminamos en dirección al norte, donde vimos al equipo forense.

Pensé que el asesino era listo para escoger las zonas donde abandonaba los cadáveres. No salía de la ciudad, pero seleccionaba con precisión quirúrgica los lugares que por una u otra razón eran solitarios. En este caso, se trataba de una zona cercana al club de golf, aunque no pertenecía a este. No era un paso de peatones ni corredores porque por allí no se llegaba a ningún lugar y tampoco formaba parte de la ruta de paso de los miembros del club. Era además un área que limitaba con el pequeño aeropuerto Colonel James Jabara en su parte trasera. Imaginé que en la noche había la suficiente luz proveniente de las instalaciones del aeródromo para iluminar el lugar donde dejó a Dakota y estaba lo bastante solo para que nadie lo viera. Era un lugar perfecto.

Dakota vestía una falda negra y una blusa blanca. Era una mujer menuda y lucía frágil, pero no creo que lo fuera. Yo leí sus

anotaciones en los expedientes. Razonaba de manera clara, poseía una letra que mostraba ser instruida, decidida.

La voz de Lilian Peterson me sacó de mis cavilaciones.

—Aquí estamos otra vez por la misma infame razón. «Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible» — exclamó la forense.

Giré la cabeza hacia ella. Lilian era una mujer interesante. Tocaba muertos todos los días y hacía una lectura trágica de ellos, pero con objetividad y cierta distancia, como si los cuerpos sobre la mesa de la autopsia fueran personajes de sus óperas. Tal vez esa sea la mejor manera de encarar su profesión: convertir los cadáveres en personajes de ficción para no sentir tanta pena.

—Es una cita de Shakespeare. Ella parece un pajarillo, un pequeño gorrión o un estornino. Uno no puede evitar sentirla débil ahora que está muerta, como si una ráfaga de viento fuerte la hubiese lanzado al suelo. Pero creo que cualquiera de nosotras muerta podría verse igual. Es como si la parca nos pusiera a todas un velo de fragilidad encima —concluyó.

—Lo que quiero es ponerle un velo de rejas al maldito que hizo esto —le respondió Anne.

Ella y yo nos habíamos quedado de pie a menos de un metro de distancia del cuerpo y de Lilian. Hicimos silencio las tres. Observábamos el cuerpo como si estuviésemos en un acto funerario. Una especie de solemnidad espontánea se había tejido entre nosotras y el cadáver de Dakota Davis.

YO QUERÍA TOCAR A DAKOTA. La rabia de verla muerta se iba apoderando de mí. Su vida perdida tan temprano. No podía sacarme de la cabeza la escritura en los márgenes de aquel documento legal. Me resultaría difícil tocar el cuerpo sin dar una explicación. De repente, pensé que Lilian tal vez entendería mi capacidad. No sé por qué tuve esa idea. Tal vez porque ella buscaba un escape en la ópera y la ficción, y la gente que hace eso suele ser abierta a ideas nuevas. Mucho más que Anne, que era tan práctica. Si lograba que Lilian fuera mi aliada, entonces podría colarme en la sala de autopsias y tocar a Dakota. Lo cierto era que allí no podía hacerlo.

Dejamos a Lilian hacer su trabajo y aguardamos. Después de unos minutos, Anne habló.

—¿Otra vez las bragas igual?

—Sí. Los mismos cortes —respondió Lilian, hizo una pausa y después continuó—. No vivo tan lejos de aquí. Joseph es miembro de este club, pero hace mucho no viene. Tenemos la casa en el barrio de Stagecoach. Desde que se fueron los chicos a la universidad yo no había vuelto por aquí. Sí puedo decirles algo: este hombre sabe lo que hace. Aquí nadie la vería. Pudo haber estacionado en la pista vieja del aeropuerto, que llega hasta ese lugar —dijo señalando un área entre unos árboles como a diez metros de donde estábamos—, y de allí traerla cargada.

—¿No hay forma de que el asesino sea una mujer? —preguntó Anne.

—Tendría que ser una muy fuerte. Si sucede lo mismo que con Abril, encontraremos signos de penetración forzada. Sin embargo, no hallamos nada que sugiera la penetración de algún objeto, aunque tampoco ADN distinto al del cadáver. Tendría que ser una mujer que odiara con mucha fuerza a las otras mujeres... —reflexionó Lilian y dejó la frase inconclusa.

—Envidia —dije sin pensarlo y luego intenté explicarme—. Abril y Dakota pudieron inspirar envidia en mujeres, pero también en hombres. Eran inteligentes y brillaban. Las anotaciones de Dakota confirman que era muy capaz, y la constante competencia que Wilson James mantenía con Abril también. Eran mucho más de lo que se veía a simple vista, no solo caras bonitas.

—La envidia es el centro de la mejor obra jamás creada. Me refiero a *Otelo*. No es ni Desdémona, ni siquiera Otelo el centro de esa tragedia. Es Yago, el envidioso. Puede que eso sea lo que mueve al criminal. Espero que ustedes lo encuentren, porque hasta ahora se está burlando de nosotras —dijo Lilian con una entonación diferente.

Entonces, noté que Anne volteó, y Lilian y yo también lo hicimos casi de inmediato. Vimos al jefe Jaydan Cooper caminar en dirección a nosotras.

—No tenemos nada —exclamó Anne en un susurro.

Lilian se me acercó y, sin que Anne lo notara, me dijo algo sorprendente al oído.

—Quieres tocarla, ¿verdad? —me preguntó.

Su voz y esas palabras envueltas en una pronunciación educada crearon una alarma en mi cerebro. No supe qué responder.

—No eres nueva en esto. Para oler algo no hay que tocarlo. Lo he meditado mucho desde el hallazgo de Abril, y creo que sé quién eres.

Contuve la respiración. Ella continuó hablándome muy cerca mientras Anne caminaba al encuentro con el jefe.

—Mi hija estudia lo mismo que yo, en Topeka. Y tiene un profesor, Felipe Lamont, un tanto «extraño» y dado a reunirse con los alumnos en actividades extracurriculares. No es acosador ni nada por el estilo. Solo le gusta rodearse de mentes jóvenes, y tengo que decir que mi Marcella es una chica brillante. Cuando este profesor toma algunos tragos de más se pone hablador, y le ha contado a Marcella y a sus amigos que hace unos años una psicoterapeuta, asesora de la Policía de Topeka, tocaba de forma extraña a cierto cadáver de un niño. Decía que era de las cosas más raras que le había pasado en su vida laboral y siempre se preguntó por qué alguien haría eso. Creo que esa asesora eres tú. He hecho algunas averiguaciones y ha sido poco lo que he conseguido, pero suficiente: eras psicoterapeuta y vivías en Topeka.

Estaba claro. Lilian me había descubierto. Todo mi esfuerzo para ocultar lo que soy y para encajar en el Departamento de Homicidios de Wichita había volado por los aires gracias a Marcella y su profesor. Yo también recordaba al forense y siempre tuve la

impresión de que hablaría de más. Me quedé callada. Noté que Anne me hacía señas con la mano para que me uniera al jefe y a ella. Estaban a escasos metros de nosotras.

—Anda con ellos. Quiero decirte que conmigo tu secreto está bien guardado. Soy una fiel creyente del sexto sentido, o como quieras llamarle tú. Me parece que hay personas sensibles para muchas cosas que ni siquiera imaginamos las personas de ciencia. Si lo que sea que experimentas al tocar los cadáveres nos ayuda a atrapar a los culpables tanto como lo hace la ciencia forense, me parece genial. Pero tienes que contármelo todo. Me interesa sobremanera. Claro, si quieres hacerlo...

Me sentí salvada.

—Está bien, Lilian. Sí quiero tocar el cuerpo de Dakota. Estamos ante un sujeto sumamente inteligente que no deja pistas, como tú misma has dicho. Dime a qué hora puedo ir a la sala de autopsias sin que nadie más esté allí. Y sí, soy esa persona que has descrito. Gracias por guardarme el secreto —le dije y comencé a caminar al encuentro de Anne y el jefe Jay.

—ENTONCES, ¿tenemos a un asesino serial? —estaba preguntando Jay en voz alta cuando me uní a ellos.

Llevaba puestos unos lentes Ray-Ban modelo aviador, pero pude adivinar detrás de los oscuros cristales su mirada inquisitiva. Necesitaba que Anne le dijera algo para poder presentarse a los medios, pues la noticia saldría tarde o temprano.

—Hola, Alexis —me dijo sin mirarme.

—Jefe —respondí.

—Eso parece, Jay. Lilian debe confirmarlo, pero ha visto los mismos cortes en las bragas, que también estaban dentro de su boca. Puede decirse que las dos víctimas conservan el mismo tipo, son parecidas físicamente. Vamos a concentrarnos en ellas. Haremos psicología forense. Ya estuvimos en casa de Abril Smith y ahora iremos a la de Dakota. También vimos su auto —dijo Anne.

—¿Su auto? —preguntó Jay sorprendido.

—Fue idea de Alexis de camino hacia acá.

Él pareció comprender.

—Muy bien —dijo girando la cara hacia mí y quitándose los lentes —, ese es el ritmo que espero, que nos adelantemos. Bien pensado comenzar a escarbar en la vida de la víctima porque, por lo que sé, este asesino no deja ninguna pista junto a los cadáveres. Es como si conociera todos nuestros procedimientos. No nos la va a poner fácil. Hoy mismo, dentro de cuatro horas, quiero volver a verlas en el despacho y deseo que tengan algo que decirme.

Al terminar de hablar, giró y se fue. Anne se llevó la mano a la cabeza y apartó un mechón de pelo hacia detrás de su oreja.

—Ya tenemos el permiso de ingreso a la casa de Dakota. Me lo ha dicho Jay. Vivía sola en un apartamento en el barrio de Saint Francis. Él conoce la zona muy bien porque está a punto de comprar allí una casa y piensa que Dakota debía contar con una buena posición económica. Miraremos su cuenta bancaria. Recién graduada, me extraña que tenga tanto dinero. Le diré a Ender que indague —concluyó Anne.

—¿Qué piensan? ¿Que estaba en manejos extraños con el crimen organizado y se enteró de algo en alguna defensa que la hizo enriquecerse, y que luego eso se volvió en su contra? No lo creo, porque no es un hecho aislado este asesinato —argumenté.

—Yo tampoco lo veo así. Está claro que no debemos buscar en el entorno de Abril ni en el de Dakota por separado. Más bien, debemos encontrar algo que las una, una cosa común —razonó.

Parecía que volvía a pensar con claridad y por ahora había dejado el tema de Gerard Haynes.

—Ambas eran mujeres que levantaban envidias, deseos —le dije.

—Deseos de destruirlas... —repitió Anne—. Eso es cierto. Yo misma lo sentí cuando hablé aquellos minutos con Abril Smith. Me pareció que llevaba una vida plena, que lo tenía todo, que era demasiado feliz gracias a una felicidad que en ese momento me había quitado a mí. Lo has expresado muy bien. Lo que mueve al asesino es el deseo de que dejen de respirar, por eso las asfixia y las estrangula con sus propias manos —completó Anne.

Un llamado interrumpió nuestra conversación. Era Lilian. Había pronunciado el nombre de mi compañera.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Lilian venía con algo en las manos.

—Al mover el cuerpo, hemos encontrado esto en el bolsillo de la falda. Es un carnet de membresía de un club de paracaidismo llamado Blue Greatness. Mi hijo Tiago asistía a él. Queda al este de la ciudad. Un tanto retirado, pero quienes practican deportes extremos lo adoran y se desplazan hasta allá, entusiasmados,

porque tienen los mejores aviones que alcanzan la mayor altura permitida para el lanzamiento.

El dron que daba vueltas sobre su propio eje, el que vi caer al río Arkansas la noche del 4 de Julio, y la mujer que apareció en mi sueño flotando comenzaron a tener otro significado. ¿Un club de paracaidismo?

NOS DIRIGIMOS A BLUE GREATNESS, al sureste de Wichita. Era cierto que quedaba lejos. De camino, hablamos sobre los rasgos de la personalidad de quien se atrevía a lanzarse en paracaídas.

—Yo no lo haría. Más por el avión que por el paracaídas. Los odio —confesó Anne.

—Veo que tienen varios aviones modelo Beechcraft King Air de dos turbinas, que se elevan a catorce mil pies, y es cierto lo que dijo Lilian. Es la empresa mejor equipada y la que logra la mayor altura de lanzamiento —dije mientras miraba la página web en el teléfono celular.

»El gerente del lugar se llama Clifford Welch —continué—. Le pediré a Ender que investigue si Abril tuvo algo que ver con ese centro de paracaidismo o con alguien ligado a él.

—Es una buena idea. Ojalá nos estemos acercando a algo —manifestó Anne.

—Parece que esta empresa, Blue Greatness, es propiedad del grupo Bach. En la página aparece una fotografía de Elías Bach —dije.

—No me extraña. Las salas de festejo del Museo de Aviación también tienen fotos de miembros de la familia Bach por todas partes. Son los dueños de la industria química más importante de este lado del país, y también han invertido en el zoo de Wichita. Hablan de abrir nuevas áreas enormes y de traer más animales

africanos. Son de las familias más ricas del estado y tienen varios tentáculos, como pulpos —afirmó Anne.

Cuando habló del zoo recordé el animal de mi sueño, al que parecía un perro con las orejas redondeadas. Entonces me di cuenta de que para mí ese animal era hembra. Tenía esa convicción en mi cabeza y no sabía por qué.

—¿Conoces un animal que parece un perro flaco con orejas de forma redondeada? —le pregunté a Anne.

Ella volteó un segundo a mirarme y luego volvió a poner la vista en la vía.

—Mira que haces interrogantes extrañas, Alex. ¿Puedo llamarte, Alex? —me preguntó.

—Puedes hacerlo —respondí. No me importaba. Devin me llamaba «Ale». No me gustaría que nadie más lo hiciera tal como él, pero «Alex» estaba bien.

—Pues sí sé a qué animal te refieres. Se trata de un licaón, o perro pintado africano. Mis hijos son fanáticos del zoo y por eso ningún animal de los que allí están tiene secretos para mí —afirmó Anne.

«¿Por qué habré soñado con un licaón?», me pregunté intrigada y giré la cabeza para mirar por la ventanilla del auto mientras pensaba en eso.

Vi un cartel publicitario del Zoológico de Wichita.

—Mira qué casualidad. Nosotras hablando del zoo... —señaló Anne.

Asentí, aunque ya no sabía qué era casualidad y qué no.

CUANDO LLEGAMOS al centro de paracaidismo, nos identificamos en la puerta de ingreso y pedimos hablar con el gerente. Un hombre calvo y joven de mirada esquiva, que usaba un arete en forma de calavera en su oreja derecha, nos permitió la entrada y nos dijo la ubicación de la oficina de la gerencia.

En ese momento, solo había un vehículo en el estacionamiento. Se trataba de un deportivo azul y negro. Parecía de colección. Cuando nos bajamos del auto, lo primero que escuchamos fue el sonido de los motores de un avión muy cerca. Anne miró hacia el cielo, buscándolo, y vi cómo su cuerpo se estremeció.

Nos dirigimos a la oficina de Clifford Welch y tocamos a su puerta. Una voz de tono agudo nos invitó a pasar. En ese momento, no supe si se trataba de un hombre o de una mujer. Cuando entramos, vimos a un sujeto alto, delgado y rubio. Estaba de espaldas. Se servía algo (café o agua) y se hallaba frente a una encimera. Volteó y nos miró.

Llevaba el cabello peinado hacia atrás y en la parte superior central se alzaba un copete un tanto elevado. Vestía de negro con una camiseta muy ceñida al cuerpo. Noté que los músculos de sus brazos estaban cultivados; pensé que debía ir al gimnasio diariamente y que era un hombre fuerte. Era imposible no fijarse en sus bíceps.

No era un sujeto atractivo aunque su cuerpo fuera perfecto. Las facciones de su cara eran desagradables, al menos para mí. Tenía la

nariz muy ancha y sus ojos azules eran muy pequeños y juntos. Además, tenía las cejas muy pobladas y rubias. Sin embargo, algo me dijo que él creía que era un tipo seductor.

—Me ha dicho Merrick, de seguridad, que son detectives de homicidios. Es la primera vez que alguien de la Policía viene aquí. Pasen y siéntense, por favor —invitó.

Luego, con una taza blanca sostenida en su mano izquierda, caminó hacia un escritorio que ocupaba el centro del despacho, la puso allí y se dirigió a nosotras para darnos la mano.

Primero lo hizo con Anne y luego conmigo. No experimenté nada al estrecharla. Solo noté que era muy pálida y estaba fría. Clifford, entonces, me pareció un lagarto blanco. Tenía la cara pequeña y la forma de su peinado hacía recordar una cresta como la que tienen algunos de esos animales.

—¿Conoce usted a una mujer llamada Dakota Davis? —preguntó Anne una vez que nos sentamos en las sillas frente al escritorio y él ocupó el lugar que lo presidía.

—Sí. Lo sé porque no es un nombre común entre los miembros del club. Además, tengo una memoria de elefante. Dakota Emily Davis Hoff. No le tiene miedo a nada. ¿Qué ha pasado? ¿Ha tenido algún problema?

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—No lo recuerdo. Creo que hará un par de semanas, pero no estoy seguro —dijo y con su mano izquierda se rascó la barbilla. Me pareció ver un fino corte en su dedo anular.

—¿Qué tanto la conoce?

—Hablé con ella un par de veces. Era del tipo de «miembro fácil». Así llamamos a quienes no se arrepienten y dan buenas contribuciones al club. No lo creerán, pero algunas veces alguien cuenta con la acreditación para el lanzamiento y cuando llega el momento de la verdad, cuando debes poner el pie en el vacío, se arrepiente. Eso es molesto. Nos sucedió hace poco con un chico, y por eso ahora estamos más atentos a cualquier «duda» que podamos detectar en nuestros clientes.

—¿Las veces que vio a Dakota estaba sola o acompañada?

—Sola —respondió él.

—¿Podría decirnos algo más sobre ella? Cualquier cosa — pregunté.

—Creo que era abogada. La escuché hablando por teléfono la primera vez que vino aquí. Atendió una llamada, allí mismo donde está usted sentada —dijo y señaló el lugar donde me encontraba, después siguió hablando—. Nos acababa de pasar lo del cliente «tipo B» y yo en persona me empeñé en hacer las entrevistas de aceptación de los nuevos miembros. Fue cuando conocí a Dakota. Ella se disculpó al atender la llamada y dijo que era algo importante. Después me explicó que estaba armando la defensa de alguien acusado injustamente.

—¿Recuerda su nombre? —pregunté.

—Sí. He dicho que tengo una excelente memoria auditiva, aunque no tanto visual. La persona con la que hablaba se llamaba Lindsay Taylor.

Anne cambió de expresión. La comisura de sus labios tembló por unos segundos.

PARTE III

—OBTENDRÁS todo el poder que siempre has deseado.

Eso le dijo la persona días antes de que asesinara a Abril Smith. Lo estaba recordando y sentía una honda satisfacción que nunca antes había experimentado.

—Será un poder que ni siquiera imaginas, a cambio del sacrificio de las víctimas, de esas mujeres que están mucho mejor calladas.

Eso le había dicho aquella tarde la persona que le había ofrecido el trato extraordinario. Ahora pensaba en que había valido la pena actuar como lo hizo y aceptar la proposición porque esos instantes de las muertes de Abril y Dakota fueron inigualables. Los segundos del último soplo de vida abandonándolas que quedó grabado en sus ojos. Nunca antes se había sentido como una deidad. Estaba cumpliendo con la oscuridad y obteniendo un gran favor a cambio.

No podía sacar de su mente aquellos momentos que había llamado para sí «dorados» porque eran brillantes y valiosos, únicos. Uno de ellos, el máspreciado, fue cuando sometió a Abril ante su total desconcierto, cuando la violó y luego bordeó su cuello con las manos y apretó fuerte. Sintió cómo su espíritu dejó de estar allí y su pensamiento se volvió blanco y ausente, convirtiéndose solo en una masa de músculos y huesos lo que antes había sido una mujer hermosa e inteligente.

Sin embargo, una cosa le preocupaba. Se seguía haciendo la pregunta sobre la metamorfosis que iba a padecer producto de su cercanía con lo que en su interior llamaba la «luz negra». No quería

ser como un insecto que se acercaba a algo deslumbrante que luego lo quemara. Intuía que la persona que le había hecho la oferta de los asesinatos era muy poderosa de una manera sobrehumana.

Intentó acallar sus temores porque hasta ahora se había sentido muy bien y no había consecuencias negativas de sus actos, sino al contrario. Terminó de tomarse el trago y dejó el vaso sobre la mesa del comedor. Su celular vibró y lo sacó del bolsillo del pantalón.

Escuchó la voz del otro lado de la línea. Era una voz aguda que conocía muy bien, que amaba y odiaba a la vez.

—Hola. ¿Recuerdas a Nathalie, aquella niña pecosa vecina tuya? Pues ha sido contratada en el Laboratorio Europeo de Física de Partículas en Suiza. ¿Puedes creerlo?

No había olvidado a Nathalie. Fue la primera chica que odió con obsesión, tan lista, siempre con la respuesta correcta a todo lo que se preguntaba. Por eso había contaminado la venda que se ofreció a ponerle en la herida del brazo aquella vez que rozó la reja oxidada. Le resultó fácil hacerlo porque era crédula.

Le hubiese gustado apretar el cuello de Nathalie como lo hizo con el de Abril y el de Dakota. Su metamorfosis se estaba acelerando producto del pacto que había hecho y no podría detenerla, nunca, aunque quisiera.

Patsy escuchaba a su madre mientras intentaba sin éxito encender el auto. Eran casi las diez de la noche y el sol ya se había ocultado. Habían pasado el día en la casa de su hermano Timothy. No había estado mal la barbacoa, aunque el calor fue bochornoso a todas horas.

—Mamá, no te preocupes. Algunas veces me ha pasado esto de vuelta a casa, y después de varios intentos, el motor se enciende.

—No estoy preocupada, bonita. Solo cansada. Creo que abusé con la sangría. Dijo Melanie que no le había puesto ron, pero creo que sí lo hizo —comentó la madre de Patsy y luego sonrió con picardía.

Su hija la miró y sintió ternura. La amaba y sabía que, para ella, haber perdido la visión fue terrible. Pero era tan increíble que aún conservaba el buen humor y las ganas de vivir intactas.

Miró su perfil, su nariz recta y algunos mechones rebeldes de su pelo gris que quedaron fuera del moño que se había hecho en casa de Timothy porque su cuello sudaba y el calor era abrasador.

Si su madre hubiese podido ver su rostro, hubiese percibido que Patsy estaba preocupada. La alarmaba haberse quedado accidentada a varios kilómetros de Wichita sin ni siquiera haber llegado al punto donde estaba el cartel del desvío para el Terradyne Country Club, en medio de la oscuridad y la más absoluta soledad. Desde la mañana había tenido un mal presentimiento, como un vacío en la boca del estómago que no la abandonó ni siquiera con lo bien que la había pasado en la casa de su hermano.

Patsy continuaba intentando encender el auto, pero ya comenzaba a convencerse de que sus esfuerzos eran inútiles.

—Mamá, creo que lo mejor es que vaya andando a la estación de gasolina que dejamos atrás. Está como a un kilómetro de aquí. Mi celular no tiene cobertura justo en este lugar. Ya lo he comprobado. ¿Estarás bien? —preguntó Patsy mirando a su madre.

—Claro, cariño. Anda. Puede que hasta me quede dormida. La sangría de Melanie ha sido como una bomba para mí —insistió.

En ese momento, Patsy se dio cuenta de que un auto se acercaba. Vio las luces a lo lejos.

—Espera, mamá, puede que no tenga que irme. Viene alguien... —dijo.

Aguardó en silencio. Su madre ni siquiera se movía. Estaba intentando escuchar algo. Desde que estaba ciega, había pretendido agudizar el oído y lo había conseguido. La madre de Patsy escuchó que un auto se detuvo cerca.

—Hola. ¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó quién conducía.

—No logro encenderlo. Si pudiera llamar al número de emergencia se lo agradecería —respondió Patsy.

—Claro. No hay problema —se apresuró a decir la persona que estaba al volante, pero un par de segundos después continuó hablando—. Lo siento, me he quedado sin batería en el celular.

Puedo acercarla a la estación de servicio que acabo de dejar atrás. Allí podrá comunicarse con algún servicio de grúa o con alguien...

—Está bien. Había pensado ir allí. Muchas gracias —respondió Patsy.

—Querida, ¿por qué no le dices que llame a Timothy...? —dijo Helen, la madre de Patsy, quien de repente le tomó el brazo en un impulso.

Había sentido miedo.

—Tranquila, mamá. No es peligroso. Y es muy guapo —le respondió en voz apenas audible.

Helen sonrió y soltó el brazo de su hija. Patsy salió del auto y se subió al otro vehículo. Helen escuchó el inicio de una conversación antes de que oyera la puerta cerrarse.

—Me llamo Patsy.

—Mucho gusto. Mi nombre es...

—¿QUÉ SIGNIFICA «UN CLIENTE B»? —pregunté, en parte porque me interesaba la respuesta, pero sobre todo para darle tiempo a Anne a que se recuperara del impacto que le produjo haber escuchado ese nombre. Luego tendría que explicarme su actitud.

—Son los que se arrepienten cuando llega la hora de saltar —respondió Clifford, moviendo su cuerpo hacia atrás y apoyando la espalda en la silla.

Me fijé, entonces, en una fotografía en blanco y negro que colgaba en la pared, detrás de Clifford. Mostraba a dos libélulas azules. Ellas se veían nítidas, pero detrás se mostraba un campo de flores borrosas. Uno de los insectos parecía estar muerto cuando lo fotografiaron y el otro movía sus alas al momento de la toma de la imagen.

«¿Y si fueran dos asesinos?», me pregunté mentalmente.

—¿Qué estuvo haciendo la noche de ayer? —preguntó Anne sacándome de mis pensamientos.

—¿Soy sospechoso? ¿Es que le pasó algo a Dakota Davis? —insinuó Clifford, y cuando hizo la última interrogante entrecerró, los ojos y movió la cabeza hacia adelante.

—Son preguntas de rutina. Por favor, contésteme —exigió Anne.

—Pues anoche estuve con mi esposa.

En ese momento, escuché la puerta del despacho abrirse de golpe. Una mujer con el cuello muy delgado, que vestía un modelo llamativo color verde oliva, apareció tras ella. Me dio la impresión de

que debía ser bailarina de *ballet*, por su figura. Tenía el pelo negrísimo y recogido en una cola de caballo.

—Cariño, justo hablaba de ti —dijo Clifford. Algo en su entonación había cambiado.

Se acomodó hacia delante como en estado de alerta. La mujer caminó con paso decidido hacia donde nos encontrábamos sentados. Se detuvo junto a Anne y nos miró por unos segundos a las dos. Luego volteó la mirada hacia Clifford.

—Son detectives del Departamento de Homicidios. No me lo han dicho, pero creo que a una de las miembros del club le ha sucedido algo malo. No sé si la recuerdas, la chica abogada, Dakota Davis... —completó.

—Soy Mary Jane Bach Tucker —dijo la mujer.

Ya yo lo sabía. La constitución del cabello y la barbilla partida eran dos características inconfundibles. Acababa de ver esos mismos rasgos minutos antes en el hombre de la página web del club Blue Greatness, en el poderoso Elías Bach.

—¿QUÉ le ha sucedido a Dakota Davis? Lo que sea que estén buscando, deben hacerlo en relación con su profesión. Si se dedicaba a defender personas peligrosas, allí puede estar la clave —aventuró Mary Jane Bach.

Ella continuaba de pie, pero se había aproximado más a la silla donde se hallaba Clifford y posó la mano sobre su hombro. Él se veía nervioso, como si no supiera a dónde mirar, si a ella, hacía arriba o a nosotras, al frente. Parecía estar aguardando instrucciones.

No sé por qué recordé una película de terror en la que había un ventrílocuo. Era como si una voz dentro de mí comparara a Clifford Welch con un muñeco.

—No podemos hablar del caso. Además, somos nosotras las que hacemos las preguntas —respondió Anne con una voz que denotaba firmeza.

Mary Jane exhibió una sonrisa que mostraba una dentadura perfecta.

—Claro. Es cierto. Además, ustedes saben cómo llevar adelante su trabajo. Tenemos la mejor disposición de brindar toda la información posible, aunque me temo que es poco lo que podemos decirles. Vi a Dakota antes de lanzarse al vacío. Era una chica decidida y muy valiente. Creo que era la primera vez que lo hacía, y no la percibí para nada nerviosa.

—¿Usted estaba en el avión? ¿Es instructora? —pregunté.

—No soy instructora, pero sí me encontraba en el avión cuando Dakota se lanzó la primera vez que lo hizo. Su instructor es Danny Malone. Podemos darles sus señas, porque hoy no se encuentra en el centro. Tal vez él sepa algo más sobre ella. Asumo que la asesinaron porque, si no, ustedes no estarían aquí —completó.

Noté que, después de decir eso, ejerció mayor presión con su mano en el hombro de Clifford antes de apartarla.

Entonces él dijo:

—Si me preguntan mi impresión de Dakota, diría que era una buena chica, pero un poco atrevida y alocada, como todas las mujeres que a cierta edad se creen jovencitas y sacan los pies fuera del tiesto.

Se había transformado. La presencia de Mary Jane había activado una parte de él llena de condescendencia y paternalismo en la superficie. En el fondo, presentí odio y resentimiento.

—¿No es necesario ser «atrevida» para practicar deportes como los que aquí se gestionan? ¿Acaso no vive esta empresa de la gente «atrevida»? —pregunté.

Mary Jane me miró con ira, pero si algo sabía hacer esa mujer era disimular. Sus ojos color gris oscuro se clavaron en mí como dos flechas, pero luego su rostro pareció esculpido en piedra.

—Algunas veces Clifford emite opiniones que pueden lucir condescendientes. No ha querido criticar a nadie. Y como usted dice, es verdad que si no fuera por esa dosis de aventura y riesgo que algunas personas tienen, un negocio como este no tendría futuro. Sobre todo porque somos nosotros quienes brindamos mayor emoción, dada la naturaleza de nuestros aviones —respondió Mary Jane.

Anne pidió las señas de Malone y nos despedimos de ellos. Supe que había preferido no continuar haciendo preguntas por el momento. Pensé que el hecho de que Mary Jane perteneciera a una de las familias más ricas de la ciudad podía tener que ver con esa decisión. Después de todo, Anne había sido jefa del Departamento de Homicidios y debía poseer un buen manejo político de las situaciones; sabría cuándo atacar y cuándo retirarse para luego, con más argumentos, volver al ataque. No teníamos nada contra ellos y

Dakota solo había sido miembro de ese club de paracaidismo como quizás lo fue de algún otro grupo o club. Teníamos que investigar más sobre su vida antes de volver con ellos, si es que lo hacíamos.

Cuando estuvimos dentro del auto, apenas Anne lo puso a andar, le pregunté por qué se había alarmado al escuchar el nombre de Lindsay Taylor. Su respuesta me dejó sorprendida.

—PORQUE ALGUIEN LLAMADO Lindsay Taylor visitó en la cárcel a Gerard Haynes —me dijo.

—¿Estás segura? —pregunté.

—En cuanto supe que Haynes había salido de la cárcel comencé a averiguar todo sobre él. Gracias a Dios, tengo amigos en todas partes que me dan información precisa. Estoy segura —afirmó.

—Sí que es extraño —reconocí.

—Dakota hablaba con Lindsay días antes de morir. Lindsay visitaba a Gerard. Gerard tiene una historia conmigo y Abril también, y con Harry. ¿Todavía no lo ves? Yo soy la conexión entre las dos víctimas.

—No lo sé, Anne. Pudo ser coincidencia. Tenemos que investigar más sobre la vida de Dakota Davis. Vamos a ver a Malone primero antes de seguir haciendo conjeturas. ¿Qué opinión te causó Clifford? —pregunté, cambiando el tema.

—Un pobre diablo. ¿No te fijaste cómo cambió cuando ella llegó? Es que estar casado con una Bach debe ser un estrés permanente. No sé si es hija, sobrina o nieta de quien toma las decisiones en las empresas Bach, pero ese apellido impone demasiadas reglas a quien esté ligado a él de cualquier manera.

—Es cierto, pero tuve la sensación de que ese hombre se creía desde el principio algo que no era. No te parece que cuando ella no estaba actuaba como si fuese un sujeto muy atractivo. Lo percibí muy satisfecho de sí mismo.

—A mí me parece atractivo de cierta manera —reconoció Anne.

—Cuando tenía dieciséis años, conocí a un chico, un vecino de la casa de mi abuela, que estoy segura veía su imagen distorsionada cuando se miraba al espejo. Mi abuela decía que era como un espíritu de galgo dentro de un perro sin clase... Perdona, tiendo a divagar —me disculpé.

—Te entiendo. La verdad es que me pareció un hombre «atrapado».

Me quedé pensando en la palabra que acababa de pronunciar Anne.

Clifford Welch no me gustaba, y me parecía que era lo bastante «doble» como para ser un asesino serial en las noches y un esposo sumiso de las órdenes de Mary Jane durante el día. Esa rabia que había detectado en él al dar su opinión sobre la personalidad de Dakota me llevaba a pensar eso porque estaba segura de que el asesino también odiaba a las mujeres.

—Vamos a hablar con Malone y después con Lindsay Taylor. Antes de encontrarnos con ella, quiero saber un poco más de su relación con Gerard. También tener una mejor idea de quién es —afirmó Anne.

Después de eso, llamó a Ender y le pidió que se ocupara de investigar lo que pudiera sobre esa mujer. También que confirmara si Dakota Davis no tenía algún familiar, aunque fuera lejano, que nos pudiera brindar información.

La imagen de las libélulas azules de la fotografía tras Clifford volvió a mi cabeza como un *flash*. Me pregunté si no se trataría de dos asesinos. Si uno no devolvía la vida al otro a través de un aleteo constante, como la libélula de la foto. Un aleteo que, en este caso, consistía en asesinar mujeres.

Recordé que Anne le había preguntado a Lilian que si no podría tratarse de una asesina. Tal vez a mi compañera ya se le había ocurrido que el criminal era una mujer que quería que pensáramos que era un hombre. Pero también podría tratarse de una pareja que obtenía placer actuando en conjunto y que se transformaban el uno al otro a través del sufrimiento de un tercero.

DANNY MALONE no nos dijo nada de valor. Además, tenía una buena coartada para las dos noches de los asesinatos. La del 4 de Julio estaba en Nueva York, visitando a los padres de su esposa, y la noche pasada se encontraba en cama con un resfriado. Su esposa, la hermana de ella y su novio estaban en casa y podían confirmar que él no salió a ninguna parte.

Malone nos dijo que Dakota Davis era una excelente aprendiz, que era una mujer decidida e interesante. Nunca la oyó hablar por teléfono con nadie y no la conocía más allá de las prácticas en Blue Greatness.

—Es como si no diéramos con nada. Tengo la sensación de que las víctimas eran mujeres perfectas, pero la perfección no existe. Llega un momento en el que nos topamos con un muro de piedra que no nos deja continuar. Todos dicen lo mismo de ellas, pero nadie sabe si salían con alguien peligroso. Jay va a enloquecer cuando le diga que no tenemos ni una pista... —se lamentó Anne cuando volvíamos a la oficina después de entrevistar a Malone.

Llegamos al Departamento de Homicidios a las cinco de la tarde. Lilian ya nos había enviado el informe preliminar de la autopsia de Davis. No había dudas de que era el mismo *modus operandi* del asesino de Abril. A Dakota la habían asesinado entre las diez y las doce de la noche. La habían violado y luego estrangulado.

—Trabajemos en el salón de reuniones. Concentrémonos en el perfil del asesino —sugirió Anne apenas cruzamos la puerta del

departamento.

Me pareció buena idea. En menos de cinco minutos nos encontrábamos a puerta cerrada en una sala donde había una gran pizarra blanca en una de las paredes, y una mesa larga dispuesta en el centro. Además, había una encimera con una cafetera, una tetera y varias botellitas de agua. También unos sobres de sopa instantánea y algunas tazas con el logo del Departamento de Policía de Wichita.

Era la primera vez que entraba en ese lugar y no sé por qué lo encontré sombrío, perturbador. Supuse que antes esa habitación había albergado fotografías de otras víctimas, documentos de expedientes de asesinatos que pudieron permanecer allí en la mesa o en la pizarra para que los investigadores analizaran los datos. Eso pudo impregnar el ambiente de esa perturbación que experimenté.

Anne se sentó junto a la mesa y me invitó a expresar mis ideas. Me detuve cerca de la pizarra y tomé un rotulador negro que había al pie de ella. Escribí por unos minutos algunas palabras que ordenaban mis pensamientos y luego comencé a explicarme.

—Eso que has dicho antes, lo del muro, es importante. Puede que lo que active el deseo de acabar con las víctimas sea justo eso que mencionaste, que el asesino también se tope con un muro en algún momento. Voy a intentar explicarme. Supón que el criminal se siente atraído por ellas. Le gusta la inteligencia y la belleza, pero luego esa atracción se transforma en ira, en una envidia ciega. Como diría Lilian, se vuelve «Yago», y por eso se venga, las viola y las estrangula. Algo hace «crac» dentro de él en un momento y son justo este tipo de mujeres, como Abril y Dakota, las que desatan sus impulsos criminales, no otras. Tal vez se parecen a alguna mujer significativa en su infancia que luego lo defraudó, o a una que le ha causado una y otra vez infelicidad. Este asesino siente un odio fulminante, lo que queda claro por la forma como mata a sus víctimas, pero podría ser alguien simpático que luciera inofensivo. Y después, lo de bañarlas, es algo que no sé descifrar —expliqué.

Lo que realmente me preocupaba del baño no podía decirlo; que a los niños de Topeka también los habían aseado.

En ese momento, Ender abrió la puerta de la sala.

—Perdonen, he olvidado tocar... a veces me pasa cuando estoy distraído, pensando en otra cosa. Quería decirles que he hallado algo en las redes y deberían verlo.

—¿Sobre Lindsay Taylor? —preguntó Anne.

—No. Es sobre ti, Anne —respondió.

—¿QUÉ puede haber sobre mí...? —comenzó a preguntar Anne cuando Jaydan Cooper apareció tras Ender—. Okey, Ender, luego lo hablamos.

El jefe entró en la sala y se detuvo junto a mí, miró a la pizarra y leyó lo que había estado escribiendo.

—¿Qué tenemos? —preguntó después.

—Hemos trazado un perfil inicial del asesino, basado sobre todo en las víctimas. En las escenas no hay nada. Creemos que algo en las personalidades de Abril y Dakota ha sido detonante para desear asesinarlas. Necesita dominarlas, y eso debe causarle placer —afirmé.

—¿Por qué las asea? He leído el informe forense. Lo hace con un detergente especial. ¿Han pensado en eso? —dijo el jefe.

—¿Porque lo tiene a su disposición? —aventuró Anne.

—Nos quiere decir algo con eso. Y con lo de las bragas en la boca —sugerí.

—¿Algo como qué? —continuó indagando Jay.

Ender me observaba. Me tomé un tiempo para explicarme.

—Es inteligente, no deja pistas, pero usa un detergente que es especial. Eso me parece que es a propósito. Quiere que nos informemos acerca de él. Tal vez nos desea decir que es un sujeto ordenado y limpio, no una bestia. No es un detergente con una fragancia que evoque misticismo ni nada religioso, como el incienso. Es más bien un detergente muy potente que, en todo caso, evoca a

una limpieza profunda, a asepsia médica. Y lo de las bragas puede ser una marca de dominio. Una prenda íntima metida en la boca y cortada es una muestra de violencia. Puede que odie la inteligencia de las víctimas, de las mujeres en general. La inteligencia de alguien se conoce por sus palabras, es a través de ellas que reconocemos la calidad del razonamiento. También por la forma de comer se revela la educación. No quiero divagar, no sé si me entienden. Su firma es dejar claro que las palabras y la educación de las mujeres quedan anuladas, obstruidas por la única cosa que vale en ellas: el sexo, la vagina. Esto es lo que representan las bragas en la boca. Volver a poner todo en su lugar. Una mujer es un ser dominado que solo sirve para brindar placer sexual, y por eso debe estar callada. También debe estar limpia y ser bañada por alguien más, porque ella es incompetente para hacerlo. Lo de los cortes me sigue molestando porque no entiendo qué significan —concluí.

—Creo que te has explicado muy bien, Alexis —dijo el jefe y se quedó mirándome como si eso le extrañara.

Puede que no confiara del todo en mi capacidad, pero en ese momento lo vi complacido. Un ruido repentino nos sacó de la conversación y Anne lanzó una corta exclamación de sorpresa.

Yo me había enfrascado tanto en la explicación que daba al jefe que olvidé la presencia de Ender y no noté que había caminado por la sala hasta detenerse junto a la encimera. El sonido provino del estallido de una de las tazas de café al chocar contra el suelo. A Ender se le había caído de las manos.

—¡JESÚS! —dijo Anne llevando su mano derecha al corazón.

Me quedé mirando un trozo de la taza que mostraba una superficie puntiaguda que podía hacer daño. Entonces imaginé una mano de mujer, su dedo índice pinchado con una gota de sangre.

«Ella se hirió con algo y luego tocó la carpeta», me dije. Me refería a los restos de sangre en la carpeta de Dakota que hallamos en el auto. No sabía por qué me había acordado de aquello en ese momento.

—Ender, no has perdido la costumbre de romper cosas —criticó Anne. Fue cuando comprendí que ella continuaba tan nerviosa como el día que la conocí, cuando ya se sentía acechada. Su reacción había sido exagerada.

Observé a Ender recoger la pieza puntiaguda.

—Perdón —se limitó a decir él.

—No importa. Déjalo. Anne, ven conmigo al despacho. Tenemos que definir algunos detalles de la ceremonia de tu reconocimiento —ordenó el jefe.

—Está bien, Jay —respondió Anne.

Ambos salieron. Ender seguía recogiendo los pedazos más pequeños de la taza y yo me quedé mirándolo. Lo noté más desgarrado que nunca y también más pálido. Tal vez porque las camisetas que llevaba, una sobre la otra, eran negras. O porque esta vez no usaba la gorra y pude ver que su pelo era casi blanco, y eso le daba una imagen de mayor palidez.

—Mi madre hoy ha tenido una crisis. No está bien. Ahora la cuida una enfermera que ayuda a papá. He tenido que imponerme un poco porque no les gusta gastar, así que a la enfermera la pago yo. Es incómodo el ambiente de casa. Mis padres dicen que soy un derrochador. Siempre lo han dicho en realidad... —confesó.

Tuve una idea clara de su crianza. Pertenecía a esas familias que consideran que la mayoría de los gastos que no son básicos para conservar la vida son superfluos. Carecen de imaginación para comprender que ir a una heladería o comprar unos patines nuevos también resulta indispensable, porque son las cosas como esas las que hacen felices a los niños. Si hubiese tenido que apostar, hubiese dicho que quien llevaba la voz cantante de la austeridad en casa de Ender era la madre, ahora enferma. El muchacho cada vez me recordaba más a Logan Callen, el expaciente que encontré la noche del 4 de Julio junto al río Arkansas. En su caso, la historia familiar estaba dominada por una madre controladora y también en exceso austera, que siempre se oponía a los gastos «innecesarios».

—Creo que está muy bien que reconozcan a Anne. Ha sido la mejor jefa que ha tenido este lugar. Ella me contrató... —dijo Ender.

—¿Cuándo es la ceremonia? —pregunté.

—Dentro de dos días. Vendrá el alcalde. Todos están muy complacidos con la reestructuración del departamento, y fue su obra, antes de que se fuera de permiso por lo del divorcio de Harry. Ella se lo merece. Es muy buena madre y no escatima esfuerzos para hacer feliz a sus chicos. Ellos solo tienen que decir un sábado en la mañana que quieren ir al zoo para que ella seque sus manos, busque las llaves del auto y sin esperar ni un segundo salga de casa para complacerlos. Es genial.

Yo pensé: «Otra vez el zoo». Ese animal, el de las orejas redondeadas, volvía a mi cabeza. El que huía del hombre que odiaba a las mujeres.

—¿SABES lo sucedido en el caso de Gerard Haynes? —le pregunté a Ender.

—Sí. Ya estaba trabajando aquí y a Anne ese asunto le dio muchos dolores de cabeza. Ahora, cuando me pidieron que investigara a Lindsay Taylor, me di cuenta de que la sombra de Haynes volvía a aparecer sobre Anne y lo lamenté.

—¿Podrías explicarme mejor lo que pasó con Gerard? —le pregunté.

Ender terminó de tirar los pedazos más pequeños de la taza desecha y tomó otra para servirse café. Era lo suficientemente tímido para no ofrecerme uno a mí. Él solo interactuaba en relación con el trabajo. La cortesía no entraba en su «radar» más por falta de roce social que por desinterés.

Lo invité a sentarse después de que puso café en su taza, y eso hizo. Yo me acomodé delante de él.

—Muchas personas creen que Haynes es inocente, pero Anne no es una de ellas. Gerard Haynes fue un niño abandonado que se crio en casas de acogida. Cuando era un adolescente, practicó por un breve periodo de tiempo la prostitución y también consumía drogas. Luego conoció a un miembro de una fundación religiosa llamada Good Hope, que lo ayudó a salir del foso y le ofreció consultas psicológicas.

Yo conocía esa fundación. Había sido objeto de un escándalo hacía unos años porque su líder, una mujer a quien llamaban «Sarah

Grace», empleaba métodos de recaudación de fondos cuestionables.

—La fundación fue disuelta y la líder nunca fue atrapada. Creo que hubo un asunto de fraude y enriquecimiento ilícito, pero para muchos esa institución significó la diferencia entre seguir viviendo de manera miserable o al menos tener algo parecido a una familia. El asunto es que Haynes aprendió a trabajar y se alejó de la vida que había llevado hasta entonces. Después se mudó a un pueblo llamado Atchison. ¿Conoces ese lugar? —me preguntó.

No esperó a que le respondiera.

—Es el pueblo natal de la célebre aviadora Amelia Earhart. Podemos decir que la vida de Haynes cambió por completo. Se convirtió en un hombre atractivo y fuerte, que, aunque tenía mal carácter, nunca fue acusado de violencia hasta que pasó. Una chica que había tenido una relación íntima con él lo acusó de violación. Se llama Lucille Sanders. Lo que alegó Haynes fue que ella se lo había inventado todo porque él la dejó y no supo aceptarlo. Lucille tenía un primo que andaba en malos pasos y, al final, le encargó que le diera una paliza a Haynes cuando todos sus intentos de que él no terminara la relación resultaron fallidos. Fue al primo de Sanders y su cómplice a quienes Haynes envió al hospital. Dijo que fue en defensa propia. Es un hombre fuerte y no pudieron someterlo en la pelea. Además, Haynes declaró haber estado preparado para un ataque encargado por Lucille Sanders porque la conocía y sabía «de lo que era capaz».

—¿Has leído el expediente de Haynes? —le pregunté a Ender. Me parecía que contaba con muchos detalles de su vida.

—Sí. Estuve con Anne en ese entonces. Después de la agresión, sucedió lo de los asesinatos. Una noche, volviendo de un bar, Haynes fue emboscado. Él declaró que no recordaba nada, solo un golpe en la cabeza cuando cruzó una esquina de una calle peligrosa de vuelta a casa. A la mañana siguiente, dos hombres fueron encontrados muertos cerca del lugar donde Haynes despertó. Eran el primo de Lucille y su amigo, los mismos protagonistas del suceso anterior. Todo indicaba que Haynes los había matado a golpes, pero en realidad no encontramos pruebas que lo inculparan. Anne estaba segura de que él había cometido el asesinato.

—¿Y tú? ¿Lo estás? —pregunté porque no me lo parecía.

Ender me miró a los ojos. Hasta ese momento, mientras hablaba, había mantenido la mirada en la taza que sostenía entre las manos.

—No —respondió. Noté que le costó hacerlo.

Después continuó hablando.

—Lindsay Taylor es la novia de Haynes. Ahora mismo creo que se han mudado juntos. Ella le escribía mientras él estaba preso. Creo que se conocieron a través de Innocence Project, la organización que promueve la defensa justa de los acusados de crímenes. Lindsay continúa perteneciendo a ella. Además es chef y trabaja en un restaurante llamado The Crane. Es de los locales nuevos que han abierto en el Centro, en la zona recuperada, bastante cerca de aquí. Su padre es profesor en la Universidad de Wichita. Creo que tiene ideas progresistas gracias a él. Ha estado ligada desde joven a movimientos políticos y adelanta una propuesta de «gastronomía biográfica» en su restaurante. También ofrece la comida que le sobra y está en buen estado a la gente sin hogar.

—¿Tú crees que Haynes odia a las mujeres? —le pregunté.

—¿Y quién no lo hace o lo ha hecho alguna vez?

Esa fue la extraña respuesta de Ender.

—QUIERO DECIR que quién en su situación no lo haría. Su madre lo abandonó y después una mujer obsesionada intentó matarlo. Es normal —explicó.

—¿Y odiará a Anne? —pregunté.

—Con toda seguridad. La jefa... perdón, ya no lo es... es testaruda y cuando se le mete algo en la cabeza no hay quién se lo saque. Ella desde el principio pensó que Gerard era culpable de los asesinatos.

—Cuando viniste aquí, antes de que el sargento Cooper llegara, dijiste que habías encontrado algo sobre Anne en las redes. ¿A qué te referías?

—He hallado una serie de insultos y descalificaciones sobre Anne en varias cuentas falsas y no he podido descubrir el IP de donde provienen. Quien sea el autor, sabe cubrir bien sus pasos. Primero llego a un servidor ruso y de allí pierdo la pista —confesó Ender en voz cada vez más baja.

—¿Qué tan graves son los insultos? —continué indagando.

—Si no fuera por una cosa, me parecerían sin importancia —respondió.

—¿Por qué? —pregunté.

—Alguien afirma que el exesposo de Anne conocía a Abril Smith. Y dice que Anne lo sabe.

La imagen del licaón hembra que salió del agua vino a mi cabeza de nuevo. La que era perseguida por el hombre. Pensé por un

segundo que Harry podía ser quien seguía a Anne, que la odiara calladamente y que quisiera hacerle daño vulnerando su imagen. Antes había pensado que se trataba del asesino de Abril, pero hasta ahora nada lo relacionaba con Dakota Davis.

—¿Qué opinas de Harry?

Cuando hice esa pregunta, recuerdo que una moneda cayó al suelo. Supuse que se había salido del bolsillo de los vaqueros gastados de Ender. El objeto rodó hasta que tropezó con la pared, donde pendía la pizarra que yo había estado utilizando minutos antes. Dio varias vueltas y se detuvo para caer mostrando una de sus caras.

—Otra vez «el hombre de Vitruvio» ha querido escapar de mi poder —dijo Ender y sonrió.

Debí poner cara de incompreensión porque él se vio en la necesidad de explicarse.

—El *Hombre de Vitruvio*, la imagen famosa de Leonardo da Vinci. Lo llevo en una moneda que me ha dado suerte. La encontré el día que me contrataron en este departamento. Creo que pertenece a un casino, en algún lugar de Kansas, donde dicen que jugó alguna vez el actor Bud Spencer. Desde ese día siempre me acompaña. El *Hombre de Vitruvio* representa la medición de las dimensiones del cuerpo humano.

Lo sabía. Una moneda con esa figura había sido dejada dentro del vientre de Devin cuando lo asesinaron. Sus piernas y sus manos habían sido llevadas a una posición que imitaba en algo a esa figura famosa.

Sentí que mi sangre se heló dentro de mi cuerpo. Esperé a que Ender la recogiera. Se levantó y caminó desgarrado y arrastrando los pies hasta llegar al lugar donde había quedado la moneda. Le pedí que me la enseñara en cuanto se volvió a acercar a mí. Era idéntica a la de Devin. Ender poseía el horrendo objeto que representaba lo más terrible en mi vida y que nunca había querido volver a ver.

El frío de muerte se apoderó de mis sienes y mi garganta, y las palabras de Lilian aparecieron de pronto en mi cabeza: «El asesino no deja ninguna pista...».

¿Cómo dejarlas si es que se trata de alguien que conoce a fondo los procedimientos policiales?, esa fue la pregunta que me hice y mis piernas comenzaron a temblar.

PARTE IV

LA VIO LEVANTARSE de la cama. Llevaba puesta una pijama color gris claro con pequeños círculos blancos y rosas.

«Debía ser nueva», se dijo. La observó caminar hacia el baño y luego desaparecer. La cámara no cubría esa área de la casa. La otra cámara que había instalado le daba la visión de la sala, el comedor y la cocina.

Esperó impaciente. Entonces escuchó un ruido cercano, justo detrás de la puerta de su cuarto. «Será ella, que ya se despertó», pensó. Contuvo la respiración para que la mujer que vivía con él no escuchara ningún sonido y pensara que aún dormía. En efecto, la mujer del otro lado de la puerta siguió de largo y apagó la luz del corredor.

Él continuó aguardando a que la mujer de la pijama, que se había convertido en su obsesión, volviera a entrar en su campo visual. Al cabo de varios minutos, pudo observarla de nuevo. Estaba de suerte: Anne no tenía sueño y había decidido tomar la computadora portátil y trabajar un poco sobre la cama.

Logró ver su rostro con claridad, y le encantaba cuando eso pasaba. Para poder observarla a todas horas, había instalado esas cámaras en la computadora portátil de Anne Ashton y en varias áreas de su casa.

Gerard tomó la última caja y caminó. Ahora, oficialmente, se había mudado al apartamento de Lindsay, en el barrio de Hilltop. Se trataba de un apartamento que le había costado a su novia treinta mil dólares, tenía ochenta metros cuadrados, las paredes eran de color verde claro y los suelos, de cuadros blancos y negros. El edificio en la planta baja contaba con un espacio de uso común para todos los residentes, en donde había varios juegos de sala con butacas de color marrón y tres estanterías repletas de libros, revistas y películas.

Todo aquello era un mundo nuevo para Gerard. Sobre todo porque le parecía que quienes vivían en ese lugar, los vecinos de Lindsay, estaban todos cortados por la misma tijera. Se trataba de chicos irreverentes y «habitantes» del mundo de la creatividad, del diseño y del mercadeo de las redes sociales que no sabían nada de las cosas prácticas de la vida.

Pero Lindsay lo valía todo para él, incluso el verse rodeado de gente con la que no tenía ningún interés en común, de los típicos niños consentidos. Él era otra persona desde que la conoció a través de Innocence Project. Primero fue por cartas y luego ella lo había ido a visitar a la cárcel, y desde entonces, supo que era especial. Muchas veces había querido fundirse con ella en una sola persona y que fuera Lindsay quien gobernara sus pensamientos, sus ideas y calmara su mal carácter. Recordó la primera noche que pasaron juntos, haciendo el amor con una inspiración que él nunca había sentido antes. Lindsay era su alma gemela, atrapada en un cuerpo perfecto, que lo hacía sentir querido. Ella le daba paz. Por eso no podía contradecirla, ni tampoco quería vivir lejos de ella ni un segundo.

Lindsay le había prometido darle una sorpresa en cuanto llegara a casa, pero ahora no se encontraba en el apartamento. Eso le extrañó un poco, sin embargo, pensó que en cualquier momento aparecería.

Dejó la caja sobre la mesa de madera clara, que su novia acababa de comprar para que los dos pudieran comer más cómodos, pues la que tenía antes era muy pequeña. Comenzó a vaciar la caja. Casi no contaba con pertenencias; su vida no había sido fácil. Solo

las pocas cosas que le había regalado Sarah Grace. Terminó de desempacar y fue a la cocina por un vaso de agua. En la puerta del refrigerador encontró un sobre cerrado sostenido con un imán. Se fijó en la caligrafía. Conocía esa letra. Abrió el sobre y leyó.

«Ahora debes asesinar a Anne Ashton si quieres una vida buena, sin gente que te conozca y en un lugar lejano. La asesinas y huyes, porque no podrás vivir en paz en esta ciudad, y lo sabes».

La carta venía acompañada de un papel más pequeño con una cifra escrita, un monto en dólares. Junto a los dígitos y entre paréntesis leyó otras palabras: «Esto solo sería un adelanto si la matas. Si no lo haces, algo malo te pasará».

Odiaba a Anne hasta el punto de querer matarla, pero deseaba una vida al lado de Lindsay con algo que él no había tenido en muchos años: amor.

Fue en ese momento cuando supo que lo que sentía por su novia era más poderoso que cualquier otra cosa. Ya no había vuelta atrás para él. Arrugó el sobre y el papel y lo lanzó al basurero que había en la cocina.

LA PUERTA se abrió de golpe y Anne y Jay entraron en la sala. En ese momento, creí que era cierto que había sido casualidad que Ender se hubiese encontrado la moneda en el Departamento de Homicidios. Supuse que estaba nerviosa por lo que ese objeto significaba para mí y por el ambiente de ese salón. No podía ser que Ender tuviese algo que ver con la oscuridad. Al estar más cerca de él, yo lo notaría de ser así.

—Le he contado al jefe sobre Gerard Haynes. También que Dakota Davis conocía a Lindsay Taylor, y que esta visitó a Haynes en la cárcel porque pertenece a Innocence Project. Piensa, como tú, que antes de sacar conclusiones hay que investigar más —reconoció Anne.

—Lindsay Taylor es la novia oficial de Gerard. Ya se han mudado juntos —acotó Ender.

Miré al jefe y él me miró a mí. Supe traducir en sus ojos que no estaba convencido de la participación de Gerard en los asesinatos. Era como si todos en el Departamento de Homicidios reconocieran que el tema Haynes era el punto débil de Anne y la dejaran continuar con esa obsesión, pero supieran que la verdad estaba en otra parte.

—Mañana será un nuevo día. Es mejor que se vayan a casa a descansar. Han sido unas horas duras para todos —propuso el jefe Jay.

Salimos de la sala de reuniones y nos dirigimos al estacionamiento. Yo tenía la sensación de que las cosas habían quedado inconclusas, pero era verdad que estaba exhausta. Haber visto la moneda con la imagen del *Hombre de Vitruvio* fue demasiado para mí.

Cuando llegamos al estacionamiento, Ender se fue caminando por un corredor externo del edificio, que se ubicaba en el lado izquierdo y conectaba con la calle Newman. Esta atravesaba la parte trasera de la construcción. Me extrañó que no dijera nada a Anne sobre lo que había conseguido en las redes. Después, el jefe Jay tomó su auto y también se fue.

Anne y yo nos habíamos quedado de pie y de espaldas a la entrada del edificio. Era una noche calurosa y algunos insectos volaban cerca de las luces que iluminaban el estacionamiento. Cuando Anne se despidió de mí, la vi tan cansada que pensé que sería mejor contarle sobre lo que Ender me había dicho en la mañana y no en ese momento. La observé marcharse y la imaginé llegando a casa y disfrutando, al menos unos minutos, con sus hijos antes de enviarlos a la cama. Luego supuse que temería alguna nueva llamada de quien la acosaba, y miraría varias veces por la ventana. Si de verdad le había contado al jefe sus sospechas sobre Haynes, este debió pensar en poner vigilancia en la casa de Anne.

Me puse en marcha y entonces miré el edificio de Investigación Forense, que se hallaba a la derecha, y vi la luz encendida. Era la de la sala de autopsias donde trabajaba Lilian. Le escribí un mensaje desde mi celular y esperé.

Los últimos rayos de sol caían. Pensé que ya era tarde y sospeché que allí no había nadie, pero escuché el tono de mi teléfono. Había recibido un mensaje. Era Lilian, confirmando que aún se encontraba allí y que estaba sola. Podría ir y tocar el cuerpo de Dakota Davis. ¡Era mi oportunidad! No valía de nada que me hubiese formado para trabajar en el Departamento de Homicidios si no empleaba mi capacidad por completo. Era cierto que no encajaba en aquel lugar, pero tenía que confiar en mí misma y seguir adelante aunque lo que viera al tocar a Dakota fuera perturbador. Tenía miedo, pero no podía actuar de otra manera.

Me encaminé a la puerta de entrada del edificio de Investigación Forense, intentando prepararme para lo que fuera que iba a percibir o ver cuando tocara a Dakota. Llegué a la sala de autopsias. Allí estaba Lilian, escuchando ópera. Era una canción triste. Ella levantó la mirada cuando oyó la puerta abrirse. Di varios pasos en dirección hacia la mesa donde yacía el cuerpo de Dakota.

—Hola, Alexis.

—Hola —respondí.

—Esa es la canción más bella de Puccini. Es la esperanza trágica, el tema central de *Madame Butterfly*. Creo que era lo más adecuado para Dakota. Aunque el personaje se quitó la vida por amor, y esta mujer no lo hizo, se la arrebataron. Todo lo que llega aquí se relaciona a la tragedia, no solo la que envuelve a las víctimas, sino también al asesino...

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Me interesaba escucharla.

—El odio es trágico siempre. Uno se pregunta por qué el asesino odia a sus víctimas, y la razón, estoy segura, debe referirse a algo que no debió ser, algo terrible que pudo haberle pasado a él. Todos llevamos un asesino adentro, solo hay que tocar las teclas adecuadas. Con esto no lo estoy justificando.

—Lo sé —le respondí.

—Tócala. A la pobre chica. Espero que sirva de algo. Permíteme observarte y déjame saber lo que ves. Me interesa, como científica y como mujer. Debemos protegernos entre nosotras. Eso creo firmemente —declaró Lilian.

Aquella noche la notaba diferente. Como si fuese mi aliada desde siempre. Incluso antes de conocerla. Como si hubiésemos vivido la vida conectadas, y ahora nos hubiésemos encontrado y pudiéramos ser útiles la una a la otra.

Me acerqué al cadáver. Una sábana blanca cubría a Dakota hasta los hombros. Toqué su frente. Vi una copa de vino caer y estrellarse contra un suelo de mármol blanco. Y sentí miedo, mucho miedo.

—¿QUÉ pasa, Alexis? Estás muy pálida —la escuché preguntarme. La voz de Lilian me llegaba en un tono muy bajo, como si estuviera lejos. No era la primera vez que las voces se distorsionaban cuando acababa de tener una visión.

—Nada. Ella estaba aterrada. Supo que iba a morir, pero se dio cuenta tarde. ¿Has hecho análisis del contenido estomacal? ¿De su sangre? —pregunté.

—Claro. ¿Qué quieres saber? —interrogó.

—Si había tomado vino —respondí.

—No lo hizo —me aseguró.

—He visto una copa de vino tinto caer al suelo y estallar. El suelo era de mármol.

—Podría ser el de su casa. He visto el interior de los apartamentos de la zona donde ella vivía. Son lujosos y estoy segura de que el suelo es de mármol blanco.

—Sí. Podría ser eso —convine.

—¿Crees que conocía a su asesino? ¿Que lo invitó a casa y se había tomado con él una botella de vino? —preguntó Lilian emocionada.

—No sé qué creer. Pero eso que dices es posible. Tal vez Dakota tuvo ese recuerdo cuando el asesino la estaba asfixiando. Pudo haber disfrutado algún momento con él y tomarse una botella de vino en casa. Y ese recuerdo estalló en su cabeza cuando él la atacaba, y por eso he visto la copa hecha añicos. Además, esa

acción de caer... también he visto en sueños a una mujer desplomarse del cielo hacia el agua. Y lo del paracaidismo significa una caída... —dije sin mucho convencimiento.

—Es cierto, lo del club. ¿Han obtenido algo de ese lugar? —me preguntó Lilian.

—El gerente está casado con una Bach. Admite conocer a Dakota, pero de manera superficial. El instructor también, y tiene coartada. Ender investiga otros aspectos de la vida de Dakota, pero la chica vivía sola y no sé si alguien la conocería en profundidad. Su padre y su madrastra residen en Nueva York y llevaban tiempo sin comunicarse con ella.

—Entonces, Dakota Davis es un misterio, un enigma.

—Su pasión era el trabajo y el éxito profesional. Me pongo a pensar; una chica así, que sale de investigar en la Biblioteca Pública y prepara un caso de defensa, es abordada por alguien en el estacionamiento de ese lugar. Esta persona la convence de que deje el auto allí y se vaya con ella. ¿Cómo la convenció? ¿Se trataría del caso que preparaba? Sabemos que salió de la biblioteca a las nueve, pero nadie vio si se fue con alguien. Nunca había dejado el auto pernoctar en ese lugar. En el estacionamiento no hay cámaras de seguridad —lamenté.

—Entiendo lo que dices. Pudo ser por trabajo, porque ayer fue miércoles y al otro día habría trabajo. Estaría agotada. Pero hay personas que cuanto más cansadas están, más evitan llegar a casa. No sé si me explico. Mi marido algunas veces es así. Es como una compulsión por vivir. Quizás Dakota solo decidió irse de fiesta o de noche de sexo. Él pudo ser un sujeto seductor.

—Es verdad —reconocí.

—Algunas veces complicamos las explicaciones que son simples en realidad. Como te he dicho, todo esto podría tratarse solo de una esperanza trágica; la de ser amada o deseada, como ocurre en *Madame Butterfly*, aunque realmente no necesitemos eso para ser felices —afirmó Lilian en tono solemne.

—¿Quieres decir que algo pudo «encandilar» a Dakota para hacerle tomar una decisión inesperada? —pregunté.

—¡Exacto! ¡Nunca mejor expresado! Esa es la mejor síntesis de lo que he querido transmitir. Como una mariposa atraída por la luz, como un accidente, algo que no pudo ignorar porque era atractivo y la hizo torcer sus planes. Pero ¿por qué? Porque en el fondo se sentía atraída por esa persona y debió pensar que valía la pena cambiar los planes. Diferente al personaje de *Madame Butterfly*, que siempre esperó la llegada de quien amaba. Aunque Dakota no parecía ser de las que se sentaba a esperar: cuando algo que quería se le presentaba, no dudaría en tomarlo. Son cosas que pienso por lo del club de paracaidismo, por su profesión y su apariencia. Puede que me equivoque, pero a mí también los cuerpos y lo que sé de la vida que han llevado me dicen cosas, como a ti.

—Entiendo —le aseguré.

—Dakota había bajado de peso recientemente. Quería verse bien. Su alimentación era bastante sana. Esta mujer amaba la vida...
—dijo Lilian con palabras sentidas.

ME FUI a casa pensando en lo que me había dicho la forense. Ahora se había convertido en una inesperada aliada para mí. Cuando llegué a mi apartamento, me di un baño y calenté una *pizza* pequeña en el horno. Me comí tres trozos y tomé una lata de Coca-Cola.

Intenté poner la mente en blanco para después repasar el caso. No estaba llegando a ninguna conclusión, y sentía que mi capacidad analítica estaba deteriorándose y la sombra del asesinato de Devin quería volver a atraparme, a culparme.

Me quedé dormida en la sala de casa. Me despertó una llamada a las tres y cuarto de la madrugada. Era Anne. Una mujer llamada Patsy White fue hallada muerta en un área boscosa cerca de la vía que conduce al Terradyne Country Club. Las bragas se encontraban dentro de su boca y un bolso de mano con su identificación dentro fue hallado cerca del cuerpo.

Me cambié y, en cuanto pude, llegué al lugar donde hallaron el cadáver. Anne ya estaba allí. Tenía los ojos enrojecidos y detecté un ligero olor dulzón que se desprendía de ella.

—Patsy White, cuarenta años. Su auto se averió en la vía a unos cuantos kilómetros de la ciudad. Viajaba con su madre, Helen White. Un auto se detuvo y un hombre les ofreció ayuda. La madre está ciega y se quedó en el interior del vehículo mientras Patsy iba a una estación de gasolina cercana. Al ver que el tiempo pasaba y su hija no volvía, Helen White comprendió que algo malo había sucedido. Una pareja de jóvenes que volvía a la ciudad la encontró dentro del

auto con una crisis de nervios. La ayudaron y dieron la alerta. Una patrulla encontró el cuerpo de Patsy. Eso es todo. Helen White está en casa. Cuando terminemos aquí, debemos ir hacia allá. Aún no sabe que hemos hallado a su hija asesinada.

—¿Lo escuchó hablar?

—Sí, pero el maldito tuvo suerte. No pudo verlo.

—Creo que por eso la mató. Si Helen White no hubiese sido invidente, su hija estaría viva. Pero este fue un crimen de oportunidad, por lo que parece, y eso puede haberle hecho cometer algún error, justo porque se sintió afortunado y poderoso al toparse con otra víctima imprevista. Al menos sabemos que es un hombre — completé.

—¿Alguna vez lo dudaste? —me preguntó Anne.

—No lo sé. Pienso que hay una mujer implicada, o podría haberla. Como cómplice, musa o aliada.

No podía decirle lo de la perra pintada de mi sueño, la licaón, y el hombre que la sigue. Caminamos hacia el lugar donde yacía el cadáver.

Noté de inmediato que Patsy era diferente a Abril y a Dakota. Era una mujer grande, de hombros anchos. Su pelo era corto y castaño oscuro. Vestía una blusa blanca con botones al frente. Los pantalones cortos que debió llevar puestos se encontraban cerca de sus pies calzados con zapatos deportivos.

Miré su cara. Lucía como si hubiese estado expuesta al sol hacía pocas horas. Había zonas enrojecidas, sobre todo en el área bajo los ojos y la nariz. Sus ojos estaban cerrados. Parecía que dormía.

En ese momento, escuché la voz de Lilian a mis espaldas.

—Anne, Alexis. La bestia no descansa ni un día, por lo que veo — sentenció.

Nos apartamos un poco para que Lilian y una chica del equipo forense, que llevaba una lámpara encendida que emitía una luz muy potente, hicieran su trabajo. Anne atendió una llamada, supuse que era del jefe Jay.

El resto de los forenses presentes preparaban los materiales para la recogida de posible evidencia, acordonaban la zona y disponían

lámparas en lugares adecuados para iluminar el área. Todavía no amanecía y estábamos rodeados de oscuridad.

Me sentí mal. Sabía que debía ir a hablar con la madre de Patsy White y que me iba a enfrentar a uno de los momentos más duros desde que comencé a trabajar en el Departamento de Homicidios. Tenía que decirle que su hija había muerto asesinada y que el culpable estaba libre porque no teníamos la menor idea de quién era. Yo sabía lo que iba a sentir. Lo mismo que yo cuando recibí la llamada que me informó sobre la muerte de Devin. Su asesino también estaba libre, y desde el 4 de Julio tenía la sensación de que ambos eventos, la muerte de Devin y de estas mujeres, se conectaban, pero no sabía cómo salir de la penumbra en la que me hallaba. Presentía un mal mayor y más poderoso cayendo a mi alrededor.

Una lágrima corrió por mi cara y mi cuello, y luego dejé de sentirla. Desapareció en la tela de mi blusa. En ese momento, Lilian dijo algo que me brindó una mínima esperanza.

—SE HA DEJADO algo esta vez...

Hice señas a Anne y luego hablé en voz alta.

—Corta la llamada. Se ha dejado algo.

Anne comprendió. Dijo unas cuantas palabras más y cortó. Vino corriendo hacia donde me hallaba, a pocos metros del cuerpo.

—Es un trozo de cinta americana negra. Lo tenía adherido en el cabello —dijo Lilian, triunfante.

Anne debió pensar lo mismo que yo. Que tal vez encontraríamos alguna huella en ella. Una cinta de esa naturaleza era un objeto en donde las huellas se imprimen con facilidad debido a su característica adhesiva.

—Entonces, las ata. Las obliga a caminar hasta donde desea, las ataca y luego las asfixia. Después las limpia y les quita las cintas —razonó Anne.

—Pero esta vez se le ha pasado este pequeño trozo adhesivo —acotó Lilian, satisfecha.

—Nos vamos a hablar con Helen White. Lilian, en cuanto tengas los resultados del análisis de la cinta y lo demás, llámanos. También de lo que encuentren en el auto de Patsy —pidió Anne y Lilian asintió.

Salimos de allí y tomamos la vía que nos conducía a Wichita. Llegamos al barrio de New Salem y luego cruzamos el río Arkansas hasta llegar al barrio de Indian Hills. Allí vivía Helen White con Patsy. Lo que estaba a punto de hacer me iba a destrozar, y creo que a

Anne también: decirle a una mujer que ya no volvería a ver a su hija.

—¿Cómo has dormido? —le pregunté a Anne, rompiendo el silencio que nos había acompañado todo el trayecto desde que vimos el cuerpo de Patsy. Aún faltaban unos minutos para llegar al número 13 de la calle Malta, en Indian Hills.

—Mejor. Esta vez no me ha llamado ni ha ido a casa. Creo que haberlo visto en la cafetería Morgana lo alertó, tal vez se asustó y dejará de seguirme por un tiempo.

—¿Sigues convencida de que es Gerard Haynes quien te acosa?

—Claro que sí.

—¿Le has contado a Jay?

—Sí. Lo de las llamadas también se lo dije. Quería poner vigilancia en casa, pero le respondí que todavía no era necesario. No quiero asustar a los chicos. Fue comprensivo, pero no cree que sea Gerard el asesino serial. Sin embargo, me dijo que se encargará de averiguar si tiene coartada para las horas en las que se cometieron los asesinatos.

—¿Ender ha hablado contigo sobre algo que encontró en las redes?

—No. ¿De qué se trata?

—Alguien sabe lo que ha hecho Harry —respondí.

Anne detuvo el auto. Después inspiró profundo y, con las dos manos sobre el volante, me preguntó:

—¿Qué es lo que ha hecho Harry?

Su pronunciación fue lenta y daba un énfasis extraño a cada palabra.

—Que tuvo una relación con Abril Smith —respondí y me quedé mirándola.

—¡Ahhh!, solo eso... —me dijo. Parecía aliviada.

—ENDER escarba demasiado en las redes. Mientras eso aparezca solo por esa vía, no me importa. Eso sucedió hace tiempo y nadie va a cuestionar mi capacidad para investigar y atrapar al maldito asesino de las bragas. Si aparece lo de Harry en la primera página de un periódico serio, es otra cosa, pero no creo que pase —razonó—. Lo que debe hacer Ender es investigarlo todo sobre Lindsay Taylor —continuó.

Después de decir eso, volvió a encender el auto y a retomar la vía camino a la casa de Helen White. Me pareció extraño que Anne se tomara lo que le dije de esa manera tan campante. Pensé que tal vez lo hacía porque no quería dar importancia al tema de Harry y era de las que pensaban que hacer caso de ese tipo de noticias era agrandar el problema.

—No creo que fuera el plan del asesino acabar con la vida de Patsy tal como sí lo fue hacerlo con Abril y Dakota. Solo vio la oportunidad: una chica accidentada con una madre ciega a su lado. Debió darse cuenta de que nadie lo reconocería y no pudo evitar caer en la tentación, obedecer al impulso de asesinar. Está embriagado de poder y cada vez más parece ser preso de sus necesidades —afirmó Anne.

Yo pensaba igual y eso daba al asesinato de Patsy una nota de desgracia mayor, de infortunio.

—Si el auto no se hubiese quedado en esa vía por la que él también pasó... —dije y entonces pensé en algo. Me quedé callada

un instante. Creo que Anne se dio cuenta de que había un asunto que no habíamos considerado.

—¡Es cierto! La vía del Terradyne Country Club. ¡Podría ser miembro de ese lugar! —exclamó Anne.

—Sí. Es una posibilidad. Pero no está solo eso. Pudo tomar la autopista antes y venir de otra ciudad, de cualquier parte. Al menos es algo y podríamos suponer que ese camino forma parte de su itinerario. Tendríamos que saber algo más sobre él, más allá de los rasgos de su personalidad que hemos establecido, para investigar a los miembros del club —afirmé.

Anne asintió. En unos pocos minutos más estuvimos frente a la casa de la madre de Patsy, en el barrio de Indian Hills. Se trataba de una urbanización compuesta de pequeños edificios color arena y malva con ventanales de vidrio azulado. Entre los edificios podían verse conjuntos de arbustos y flores. Parecía un lugar tranquilo. Sin lujo ni pretensiones.

Patsy vivía en un apartamento de la planta baja que se encontraba junto a unos rosales. Tocamos a la puerta y aguardamos. En ese instante, odié mi trabajo. Llevar esa noticia me resultaba terrible. Abrió la puerta un hombre bajo, de tez bronceada y ojos oscuros, que miró con horror nuestras identificaciones del Departamento de Homicidios. Se quedó en silencio.

—Somos las detectives Carter y Ashton. ¿Este es el domicilio de Patsy White? —preguntó Anne.

El hombre se tardó unos segundos en responder. Escuché unos pasos adentro del apartamento. El hombre volteó y ordenó:

—Mamá, espera allí.

Después se dirigió a nosotras.

—Sí. Esta es la casa de mi hermana Patsy. Yo soy Timothy White. ¿La han encontrado?

Ya me temía esa pregunta y lo que venía después.

—Lo sentimos. Creemos que su hermana Patsy ha sido asesinada. Hallamos el cuerpo de una mujer que guarda sus características físicas. Cerca de donde fue encontrado había un bolso de mano que contenía una documentación a su nombre. Esperamos que un miembro de su familia nos acompañe para identificar el

cadáver. Lo lamento mucho, pero en realidad creemos que se trata de su hermana —terminó de decir Anne con la voz más grave.

En ese momento, escuchamos un ruido dentro, como si algo se hubiese desplomado. Timothy White corrió y dejó la puerta abierta. Me asomé y pude ver a una mujer mayor arrodillada en el suelo, mirando al vacío, y un jarrón roto con varios tulipanes a su lado. La falda azul de la mujer se había mojado con el agua contenida en el jarrón.

—¡Mamá! —alcanzó a gritar el hermano de Patsy.

Anne y yo entramos. Esperamos a que él consolara a su madre. Ella comenzó a llorar y lo abrazó después de ponerse en pie.

—¿Por qué ha sucedido esto? Algo así no tenía que pasar... —exclamaba Helen White en medio de un llanto muy amargo.

Era cierto lo que ella decía. «Algo así no tenía que pasar». Fue solo una oportunidad para el asesino arrebatarse la vida a Patsy. Ni siquiera se parecía a las demás víctimas. ¿Lo habría hecho solo por la ocasión que se le presentaba? ¿O habría algún nuevo detonante que lo había impulsado a cambiar el perfil de las víctimas?

HELEN WHITE se calmó unos minutos después. Anne y yo continuábamos de pie junto a la puerta, esperando a que esa primera crisis pasara. Necesitábamos hablar con ella porque, aunque no hubiese visto al hombre, sí lo había escuchado.

—Sentimos tener que hacerle algunas preguntas en este momento, pero es necesario —dijo Anne.

La mujer cobró una cierta entereza, secó sus lágrimas y le pidió a su hijo que la condujera a la mesa del comedor.

—Sentémonos. Timothy, sirve un poco de café, por favor —pidió.

Nos acomodamos en torno a una mesa que estaba cubierta con un mantel bordado parecido a uno que había en casa de mi abuela. Experimentaba mucha pena por Helen, pero no podía ceder ante ese sentimiento. Comencé a sentir la piel de la cara caliente.

—Necesitamos que nos relate con el mayor lujo de detalles posible lo sucedido anoche cuando el auto de su hija se detuvo en la vía. Todo lo que recuerde aunque crea que no es importante, puede serlo —dijo Anne.

—Está bien —contestó ella, hizo una pausa y comenzó a hablar—. Veníamos de casa de mi hijo Timothy. Preparó una barbacoa. De camino, cerca de una estación de gasolina y del club Terradyne, el auto, de repente, se detuvo y se apagó. Patsy intentó encenderlo en varias oportunidades, hasta que desistió. Entonces, propuso que yo me quedara dentro y que ella fuese a la estación, andando, para buscar ayuda. En ese lugar no había cobertura telefónica. Entonces,

me dijo que un auto se aproximaba y yo también lo escuché. Después oí la voz de un hombre. Era grave, agradable. Parecía educado y joven. Yo diría de unos cuarenta y tantos años. Y mi hija se fue con él —dijo Helen White.

Su voz se quebró al pronunciar estas últimas palabras.

Timothy, que ya había llegado a la mesa con una bandeja de tazas de café que puso encima del mantel, posó su mano sobre la de su madre.

—¿Recuerda usted qué dijo él exactamente? —pregunté.

—Sí lo recuerdo. No he podido olvidarlo desde que presentí que a mi hija le había pasado algo malo. Él preguntó si podía ayudarnos en algo. Mi hija le explicó que el auto no encendía y le pidió que llamara al teléfono de Emergencias. Él dijo que lo haría, pero después anunció que se había quedado sin batería en el celular. Y entonces ofreció llevarla a la estación de servicio cercana.

Helen, en ese momento, cerró su mano izquierda, apretando el puño.

—¿Usted sintió miedo? —le pregunté.

Timothy me observó, extrañado, y Anne también lo hizo con una mirada inescrutable.

—Sí. Es verdad. Sentí miedo, pero fue pasajero. Hasta le dije a mi hija que le pidiera al hombre que llamara a Timothy, pero entonces ella me dijo que él no era peligroso y que era guapo. Era guapo... —repitió y varias lágrimas salieron de sus ojos.

—¿Qué más recuerda, Helen? —preguntó Anne.

—Su nombre. Sé su nombre. Fue lo último que oí cuando mi hija se fue en ese auto. Él dijo «mucho gusto, mi nombre es Gerard».

DESDE QUE LA madre de Patsy nos dijo eso hasta que llegamos junto a dos patrullas al barrio de Hilltop, transcurrió menos de una hora. Cuando Anne se activa, es la más efectiva y rápida de las policías del mundo. Eso lo supe desde que la vi hacer la traqueotomía de emergencia a la niña pequeña al borde del río, la noche del 4 de Julio.

Además, en este caso, la información dada por Helen White apuntaba en la dirección que ella había previsto. Quería cazar a Gerard Haynes, y era implacable en ese objetivo. Dirigió la operación en la casa de Lindsay Taylor. La idea era interrogar al sospechoso y contar con refuerzo policial para ello.

Cuando llegamos al apartamento de Lindsay, notamos que la puerta estaba abierta. Anne desenfundó su arma y yo la mía. Nos acompañaban dos agentes detrás de nosotras y dos más se habían quedado vigilando la entrada del edificio.

Anne empujó la puerta y entramos. Vimos a Gerard de espaldas. Sostenía por los brazos a una mujer que se hallaba frente a él. Los dos estaban de pie. La mujer tocaba con su espalda una de las paredes del lugar. Ella se veía alterada. Nos encontrábamos en un salón que estaba hecho un desastre. Había objetos en el piso, una butaca tumbada y varios vidrios rotos.

—Suéltala —ordenó Anne apuntando a Gerard.

Él se paralizó. La mujer lo miraba, reflejaba estar defraudada. Noté un brillo de reprobación en su mirada. Ella tampoco se movía.

Todo parecía estar sucediendo en cámara lenta.

—Levanta las manos y sepárate de ella —gritó Anne.

Gerard continuaba con las manos puestas sobre los brazos de Lindsay, sin moverse y sin voltear hacia nosotras; y Lindsay permanecía con la mirada puesta sobre él. Era como si nosotras no estuviésemos allí y el mundo se resumiera solo a lo que sucedía entre ellos dos.

—Gerard, queremos hablar contigo. Lo que haya sucedido aquí es entre ustedes dos. Vemos que Lindsay no está herida. Ya nos explicarán qué ha pasado, pero lo mejor es que la sueltes y hables con nosotras —le dije.

Yo también estuve apuntándolo hasta ese momento, pero entonces bajé el arma. Logré con eso que Lindsay hablara.

—Ella tiene razón, cariño. Vamos a hacer las cosas bien —dijo.

Sus palabras surtieron un efecto inmediato en él. La soltó y se dio la vuelta hacia nosotras. Clavó su mirada en Anne.

—No he matado a nadie —gritó.

Era un hombre muy atractivo, que parecía en ese momento un héroe caído. Fue absurdo que me fijara en su belleza, pero sin quererlo lo hice.

TRANSCURRIERON dos días desde que detuvimos a Gerard Haynes para interrogarlo. Las cosas no sucedieron como Anne hubiese querido. En primer lugar, Haynes contaba con una coartada sólida para el momento del asesinato de Patsy. Se encontraba trabajando en la cafetería Morgana y varios testigos confirmaron que no salió, que estuvo encerrado en un trastero trabajando hasta después de las doce. En segundo lugar, Lindsay explicó lo sucedido en su casa como «una pelea sin consecuencias», una crisis de su novio que tenía mal carácter, y afirmó que en ningún momento la golpeó y que nunca lo había hecho.

Dijo que, cuando Gerard padecía algún ataque de ira, la tomaba contra los objetos, pero que era inofensivo y que eso solo había sucedido dos veces. Nos hizo saber que ella estaba consciente de que Gerard había llevado una vida horrible en el pasado, pero estaba segura de que era una buena persona, incapaz de asesinar ni dañar a nadie a menos que fuera en defensa propia. Lindsay no levantó cargos, así que soltamos a Gerard después de unas horas.

Anne, cuando esa mañana vio que su principal sospechoso (no solo de asesinar a las mujeres, sino de acecharla a ella) se marchaba, mostraba un rostro descompuesto, demacrado. Estaba peor que nunca. Había puesto todas sus esperanzas en la culpabilidad de Gerard. Hasta había hecho que Helen White escuchase su voz, pero ella dijo que no se le parecía a la que oyó la noche del asesinato de su hija.

Yo tampoco estaba bien. Mis visiones habían cesado y la última se manifestó al tocar la frente de Dakota Davis. Lo único que me faltaba por hacer era tocar el cadáver de Patsy, pero estaba esperando que Lilian me llamara. Sabía que lo haría en cuanto le fuera posible y la sala de autopsias estuviese despejada.

Era como si al cruzar la puerta del departamento la energía se acabara dentro de mí. Tanto era así que pensé que tal vez estaba soñando cosas que luego no recordaba. Podía estar teniendo pesadillas relacionadas con el asesinato de Devin y la culpa que eso me producía, con las monedas del *Hombre de Vitruvio* o los cadáveres de los niños muertos por acción de la oscuridad. Podía estar soñando con cualquiera de esos horrores que presentía; de ese poder oscuro que relacionaba lo sucedido en Topeka con el asesinato de Devin y con lo que ahora estaba pasando. Lo cierto era que no podía recordar mis sueños, si es que se estaban produciendo. Lo extraño era que cuando despertaba, me encontraba mejor que cuando llegaba a mi escritorio, en el departamento. Era allí donde había caído sobre mí en las últimas horas una especie de «mente en blanco» que no me dejaba avanzar en el caso.

Le propuse a Anne que saliéramos de la oficina para tomar algo. Presentí que teníamos que salir de ese lugar y respirar un poco de aire, que allí nos sentíamos más vencidas por ese asesino que ya había acabado con la vida de tres mujeres porque no teníamos ningún rastro de él.

Había una cafetería cerca llamada Flavio que solía estar tranquila porque el café que ofrecían era italiano y costoso en comparación con las otras de la zona. Fue una de las cosas que Ender me había aclarado apenas llegué al Departamento de Homicidios.

Quería que Anne se sincerara conmigo. Sabía que haber dejado libre a Gerard debía ser un golpe duro para ella. Cuando le propuse que saliéramos unos minutos, me miró con cara de agradecimiento. Fuimos a la cafetería y nos sentamos en la mesa más apartada del mostrador y de las máquinas de café.

En cuanto Anne se acomodó y puso su bolso de mano en la silla vacía de junto, me miró y sonrió con algo que parecía más un gesto trágico, como una mueca de resignación.

—No sé cómo lo ha logrado. Estar en dos sitios al mismo tiempo. Asesinando a Patsy y en el lugar donde trabaja. Es como si no fuera humano, sino un demonio —me dijo.

—No pudo ser él —respondí.

—Eso parece —reconoció y levantó la mano para que alguien viniese a atendernos.

Una muchacha llegó y recibió la orden. Cuando la vi marcharse, tomé la palabra.

—Anne, me he preguntado la razón por la que el asesino que buscamos dijo llamarse Gerard. Eso significa que sabía que tú pensabas que era él. ¿A cuántas personas les has dicho lo que a mí? Me refiero a tus sospechas sobre Haynes.

—A Harry, a Jay, a Lilian, a Ender y a ti.

—¿No existe una posibilidad, aunque sea remota, de que alguien escuche tus conversaciones, que alguien esté cerca de ti sin que lo notes?

—Pues no lo sé. Es verdad que me he sentido vigilada desde hace días. Estoy nerviosa, pero lo he atribuido a las llamadas con la respiración horrenda que recibo en casa. Las que creo que hace Haynes.

En ese momento, tuve la sensación de que una cosa se me estaba pasando, que había escuchado algo recientemente que era una clave importante, pero no pude saber qué era.

—TODAVÍA PIENSO que es Gerard quien me llama —insistió.

—Es posible, pero no es el asesino, Anne —respondí.

—Entonces, estamos en el lugar de inicio y Jay está perdiendo la paciencia. A cada hora me llama para preguntar si tenemos avances. Parece que está posponiendo unas vacaciones que debe tomar y también una mudanza que había planificado. Todo por este caso. Ya hoy salió en las noticias. ¿Lo viste?

—No. Prefiero no distraerme con eso en lo posible.

—Aún no saben lo de las bragas, pero van a enterarse pronto. Son como pulpos con miles de tentáculos —se quejó.

Una chica diferente a la que tomó la orden nos trajo dos tazas humeantes y una botellita de agua gasificada que Anne pidió. Las dos hicimos un movimiento al mismo tiempo para tomar el sobre de azúcar que estaba dentro de un vasito sobre la mesa. Entonces, en ese momento en el que estábamos tocando el sobre a la vez, tuve una visión fugaz: vi a Anne tomar un vaso lleno de algo que parecía agua, pero no lo era. Era ginebra.

Eso explicaría lo desenchajada que la había visto. Concluí que Anne tenía un problema con la bebida y este se estaba haciendo más fuerte con el paso de los días.

Dejé que mi compañera se apropiara del sobre de azúcar y cogí otro. Entonces, como en un efecto retardado, comprendí algo que las dos chicas de la cafetería me hicieron ver. Se trataba de una

sustitución. Uno esperaría que la misma persona que te toma la orden sea quien la traiga, pero no había sido así.

—¿Y si fueran dos personas las que crean las condiciones para los asesinatos? —dije en voz alta, pensando en las dos libélulas azules que todavía tenía grabadas en mi cabeza.

Anne me miró con fijeza.

—¿Y si fuera una mujer y no un hombre la que atrae a chicas como Abril y Dakota, no en términos sexuales, sino por simpatía o identificación, porque se sienten seguras con ella y luego aparece el hombre depredador, que es su cómplice?

—Vaya. No lo había pensado así —reconoció Anne.

—Esa sería una sustitución inesperada y mortal para las víctimas —completé.

—Yo creo que el asesino es un hombre, y que está movilizado por el odio a las mujeres, o a una en particular —sugirió Anne y continuó—. Gerard odia a su madre, por ejemplo.

—Te pido que dejes por un momento de lado la culpabilidad de Gerard. ¿Qué piensas que mueve ese odio de este asesino desconocido? Dime, si tuvieses que explicar con una sola palabra la razón por la cual asesina a mujeres como Abril y Dakota, con cuál la harías. Excluyo a Patsy porque estás de acuerdo conmigo en que ese fue un asesinato de oportunidad que lo único que demuestra es que se siente cómodo en la ciudad, que no nos tiene miedo y que actúa a sus anchas —argumenté.

—Envidia —respondió Anne en un tono seguro, racional.

—¿Qué envidia? —continué indagando. Me parecía que, a pesar de estar perdidas y sin pistas, comenzamos a acoplarnos de manera perfecta; ella era objetiva y directa, y yo, intuitiva, moviéndome en medio de impresiones, y sobre todo por olfato.

—La inteligencia de las mujeres bellas. El arrojo de Dakota, la competencia de Abril, la pasión de ambas por vivir.

—¿Por qué un hombre envidiaría todo eso en una mujer siendo un sujeto atractivo, como dijo Patsy? ¿No le gustaría, más bien, rodearse de mujeres así para demostrar que es mejor que los otros hombres? ¿Por qué no aplica lo de la «novia o chica trofeo» para

alardear? —pregunté todavía imaginando que, tal vez, la envidia la sentía la mujer que formaba parte del dúo asesino.

—Porque alguna mujer lo hace sentir inferior. Tú misma me lo explicaste cuando me hablaste de la relación entre Abril y su marido. Podría ser un hombre que aparenta querer a una mujer que le hace daño, sin ella saberlo. Uno no conoce del todo a las personas con las que vive... —dijo como refiriéndose a algo cercano.

—Hay una mujer cerca de él que erosiona su psiquis y, a la vez, no puede salir del amparo de esa mujer que odia. Está o ha estado adherido a ella construyendo una simbiosis extraña, compleja, retorcida. Tengo la impresión, y es solo una intuición, de que este asesino siempre ha tenido una psicopatía oculta y que hubo un detonante que lo ha hecho dar un paso más ahora mismo, y que tiene que ver con una mujer. Cuando pienso en esto, siempre viene a mi mente una pareja de individuos, un hombre y mujer, como Mary Jane y Clifford... —sugerí sin terminar la idea.

Cuando Anne iba a preguntarme algo sobre lo que acababa de decir (ni yo misma sabía muy bien por qué), mi teléfono vibró en el bolsillo del pantalón. En ese momento, Juliet Rice entró en la cafetería. Pareció extrañarse de vernos sentadas allí.

Tomé el aparato y vi un mensaje de Lilian. Había encontrado algo en la cinta americana y nos pedía que fuéramos de inmediato a verla.

—NO HAY HUELLAS, pero sí unas fibras —dijo Lilian.

Nos recibió esta vez en su despacho. Se trataba de una pequeña oficina que se encontraba al lado de la sala de autopsias. Nos mostró un informe que acababa de redactar con el hallazgo.

—¿Fibras de qué? —preguntó Anne, impaciente.

—Residuos de fibras azules de alfombrillas de un automóvil. Ya lo he enviado a los expertos. Esperemos que pronto nos puedan decir algo —manifestó Lilian.

—Bien. Vayamos a casa de Dakota, Alex. Aún no lo hemos hecho con todo este asunto de Haynes, y puede ser que encontremos algo sobre ella que nos ayude a mejorar el perfil de las víctimas —dijo Anne.

Acto seguido, se dirigió a la puerta de la oficina. Noté que Lilian quería decirme algo más, pero no lo hizo. Salimos del edificio y vimos a una mujer caminar con paso apurado. Parecía salir del Departamento de Homicidios. Llegó a la esquina y dobló en dirección a una callecita lateral que culminaba en la calle Newman. Tuve la impresión de que huía, pero luego pensé que eran suposiciones mías.

Vimos a Juliet salir del departamento y mirar en dirección a donde la mujer había desaparecido. Luego nos vio, se dio la vuelta y entró.

—¿Qué habrá pasado? —pregunté en voz alta, aunque lo hacía para mí misma.

—Algunas personas vienen a presentar denuncias creyendo que la oficina correspondiente todavía se encuentra en esta instalación —respondió Anne.

—No sé. Me parece que es algo más. Voy a entrar un momento... —le dije.

—Está bien. Te espero en el auto —propuso.

Cuando toqué la manija de la puerta del departamento, vi algo. Otra vez la licaón, pero esta vez estaba muerta y las manos de un hombre rodeaban su cuello. El nombre «Nathalie» apareció en mi cabeza, escrito con sangre.

Eché a correr por donde había visto caminar a la mujer, pero no había ni rastros de ella.

—¿QUÉ sucede? —me preguntó Anne. Me había seguido al verme correr. Nos encontrábamos donde iniciaba la calle Newman, cerca del área posterior del edificio del Departamento de Homicidios.

—No lo sé. Creo que esa mujer sabía algo del asesino —alcancé a decir casi sin aire.

Escuchamos pasos que provenían de la callecita lateral del edificio del departamento, por donde nosotras habíamos cruzado para llegar hasta allí. Volteamos. Vimos venir al jefe Jay y esperamos a que nos dé el alcance.

—Parece que hemos perdido una testigo. Al menos, es lo que cree Juliet. A mí me parece que todo es un desastre. Una mujer llamada Nathalie acaba de estar aquí diciendo que tenía información sobre el asesino serial y luego se fue sin más. ¡Información, un cuerno! Lo que pasa es que ya se ha destapado la caja de Pandora. ¿Han visto las noticias? No paran de salir. Las redes están inundadas. Saben que es un asesino serial y también que no tenemos nada. Ya se ha generado una matriz de opinión adversa que, antes de ayudarnos a dar con el culpable, nos lo impide. Ahora, como esta mujer, van a llamar y venir un millón de personas que nos distraerán de las verdaderas pistas. Necesito que consigan algo concreto y lo quiero ya —dijo el jefe y giró en redondo.

Anne y yo nos quedamos calladas y lo vimos irse por el mismo lugar por donde vino. Yo quería ir adentro y preguntar qué era exactamente lo que había dicho esa mujer, pero no encontraba la

manera de justificar esa acción. Tendría que confesarle a Anne mis visiones, mi capacidad. Entonces, pensé que la imagen al tocar la puerta había sido producto de lo que acababa de decir Jay sobre las noticias. Esa mujer debía estar muy asustada, como lo estarían todas en la ciudad, creyéndose la próxima víctima del depredador. Por eso pude percibir su miedo y mi cerebro la había representado como ese animal del sueño, como esa licaón. Y el hombre que la perseguía, sin duda, era el asesino al acecho.

—Peor no podemos estar —manifestó Anne. Debía también estar pensando que el pánico iba a apoderarse de la ciudad muy pronto.

Después de decir eso, comenzó a caminar hacia el estacionamiento del Departamento de Homicidios.

Me quedé unos segundos de pie, pensando. Decidí acompañar a Anne a la casa de Dakota, tal como habíamos quedado, y luego proponerle que hiciéramos un análisis de las noticias y el control de daños que ellas suponían. Me parecía extraño que Ender no nos hubiese alertado sobre las informaciones que estaban apareciendo en las redes. Creía que Anne había acordado con él que lo hiciera. Entonces, de repente, una posibilidad brilló en mi cabeza. Era solo una idea, pero, de ser cierta, explicaría esa sensación de persecución y vigilancia que Anne mantenía y que la estaba haciendo consumir más ginebra que nunca.

Anne era una persona inteligente, formada en seguridad, y si se sentía vigilada, la explicación más lógica era que en verdad lo estuviera. Caminé con ritmo rápido y llegué al estacionamiento para hablarle.

—La última vez que fuiste al zoológico con tus hijos... ¿La recuerdas? —pregunté a Anne, alzando la voz para que me escuchara porque se hallaba a varios metros de mí, de camino a su auto.

—¿Qué puede importar...? —comenzó a decir, pero luego se detuvo.

—¿La recuerdas o no? —insistí alzando la voz un poco más y sin dejar de caminar.

—Sí.

Llegué hasta donde ella estaba esperándome.

—«Ellos solo tienen que decir un sábado en la mañana que quieren ir al zoo para que ella seque sus manos, busque las llaves del auto y sin esperar ni un segundo salga de casa para complacerlos. Es genial». ¿Eso fue lo que hiciste? Estabas en la cocina en esa oportunidad, en tu casa, y tenías las manos mojadas, tal vez estabas lavando los platos y tus hijos estaban sentados a la mesa, pero ya habían terminado de comer... ¿Fue así?

Anne me miró con los ojos muy abiertos.

—Sí —dijo lentamente en voz baja—. ¿Cómo diablos lo has sabido? ¿Quién te dijo eso? —preguntó en un tono más agudo.

—Sé quién te está vigilando. Has sido objeto de la obsesión de alguien que está muy cerca de ti. Hay varias obsesiones mezcladas aquí y por eso no podemos ver claro la más importante, la del depredador de mujeres.

—¿DE qué estás hablando? —me preguntó Anne.

—Es Ender. Te está vigilando. Está obsesionado contigo. No sé si llegará a imaginar cosas, como lo hacía mi antiguo paciente Logan Callen. He debido saberlo antes. Te observa en casa. Por eso supo exactamente lo que hiciste esa vez antes de ir al zoo. Que te secaste las manos solo pudo saberlo si te estaba viendo. ¿Ha ido a tu casa? ¿Pudo dejar cámaras ahí?

—Sí —respondió Anne.

—¿Alguna vez le dijiste específicamente que habías secado tus manos un sábado en la mañana y tomado las llaves del auto para ir al zoológico? Lo ves, son detalles que uno no da porque son innecesarios. Uno puede decir «fui al zoológico con los chicos la mañana del sábado», pero nada más. Tal como Ender me lo dijo, me queda claro que te estaba viendo. Te observa en tu propia casa. Tienes que hablar con él de inmediato —propuse a Anne.

No me costó convencerla. Puede que su cerebro ya hubiese registrado información sobre la obsesión de Ender hacia ella, pero que no la hubiese hecho consciente. Cuando se lo hice ver, entonces toda esa información emergió y también lo vio claro.

Entramos en el edificio. Esperé en mi escritorio. Anne y Ender hablaron en la sala de reuniones. Al cabo de media hora, ella salió y me llamó. Cuando llegué al salón, Ender caminaba por el corredor en dirección a la escalera y se topó con Juliet.

Entré en la sala y cerré la puerta. Anne me invitó a sentarme y ella lo hizo delante de mí. En medio de nosotras estaba la mesa.

—Lo ha reconocido todo. No está bien ese chico. Pero no le diré nada a Jay por ahora. Ender puede sernos muy útil. En lo suyo, es el mejor. Está tras la pista del IP que ha generado la mayoría de los comentarios en mi contra. Además, me ha confesado que cuando vio la cara de Dakota Davis le pareció conocida de la Dark Web, y ha encontrado otras cosas sobre las víctimas a través de una investigación personal que no ha comunicado a nadie. Y lo más importante, cuando supo que Haynes estaba libre, comenzó a investigar. Dice que es posible que haya salido de la cafetería Morgana sin ser visto. ¿Recuerdas que te dije que la ciudad estaba cruzada por tierras contaminadas por químicos y que había un proyecto en la municipalidad de rescate y reconstrucción de estos terrenos que se aproximan al centro de la ciudad? Pues la cafetería Morgana es una de ellas y Ender entró en la web del proyecto urbanístico. Hay túneles en ese lugar y no me extrañaría que algunos de ellos tuviesen botellas con detergentes en desuso. Gerard pudo salir de la cafetería y llegar una calle más allá sin que nadie lo supiera porque no lo verían cruzar la puerta. La comprobación de los testigos de la cafetería se basaba no en que estuvieran con él, sino en que no lo vieron salir del lugar. Se suponía que él se encontraba en una especie de trastero acomodando unas cajas. ¿Lo entiendes? Te dije que no sabía cómo había podido estar en dos lugares al mismo tiempo y gracias a Ender lo he descubierto. Que Helen White no reconociera su voz pudo ser un error de ella. Y Lindsay pudiera ser su cómplice. ¿Quién sospecharía de ella? ¿La has visto? Parece un ángel.

Intenté abrir mi mente a lo que decía Anne y encajar a Lindsay Taylor como cómplice de los asesinatos.

—Hay una cosa que se llama mimetismo batesiano. Lo sé por mi hijo mayor, que está muy interesado en los animales. Es cuando una especie inofensiva se transforma y se asemeja a otra muy peligrosa. Aquí podemos estar en presencia de algo así, pero a la inversa. Ella puede ser peligrosa y estar disfrazada de una especie inofensiva,

salvadora de Gerard, sanadora de su pasado. O pueden intercambiar los roles de malos y buenos entre ambos.

—¿Qué más ha averiguado Ender de las víctimas en la Dark Web? —le pregunté antes de continuar la discusión sobre Lindsay.

—Son conversaciones, comentarios entre usuarios de perfiles anónimos, pero son las que han dado pie a las noticias sensacionalistas que han comenzado a aparecer en muchas redes sociales en este momento. Se trata de dar una imagen «sospechosa» de las víctimas que ponga en duda tanto su moralidad como su integridad personal. Las críticas de los foros de la Dark Web culpan a las mujeres de sus propios asesinatos, alegando su baja moral, su forma de vida y la manera despreocupada o «amistosa» con la que se relacionan con hombres de su entorno. Todas las víctimas son mujeres con vidas independientes, lejos de los patrones patriarcales. Han analizado lo mismo que nosotras, pero con una clara orientación a culparlas de sus muertes. Lo peor es que Ender cree que los periodistas comenzarán a hablar con más fuerza de un asesino en serie y lo harán con base en lo que circuló primero en la Dark Web. Algo como «un asesino en serie que mata zorras disfrazadas de mujeres exitosas». No lo dicen así, pero es lo que está detrás de los comentarios. De hecho, Ender ha visto que las críticas en la Dark Web cada vez son más duras.

—Entonces, ha sido ese el punto de origen de lo que está publicando la prensa sensacionalista —puntalicé.

—Sí. No debe sorprendernos. Como no consiguen la información precisa del *modus operandi* que confirme que es un asesino serial, porque de aquí no se ha filtrado nada, entonces echan mano de lo que sea. Si la prensa se hace eco de lo que dice Ender circula en la web, vamos a presenciar un juicio popular en el que los patrones de independencia femenina de las víctimas servirán para explicar y hasta justificar por qué han sido escogidas.

—Ya. Como cuando la gente afirma que las víctimas de violación tienen la culpa por el largo de la falda o por salir solas a altas horas... —completé.

—Es deprimente y vomitivo, pero esa es la opinión que desea recrear este tipo de noticias. Un juicio paralelo de la opinión pública

no para juzgar al asesino, sino a sus víctimas.

—Asqueroso pero cierto —dije y me llevé una mano a la frente. Había que pensar rápido y me estaba quedando sin ideas. Además, esa bendita sala me quitaba toda la energía.

—Hasta de mí han hablado en los foros públicos de las redes —completó Anne.

—¿Qué han dicho? —le pregunté.

—Que la exjefa del Departamento de Homicidios se ha divorciado y trata de llevar una vida como mujer independiente, «abandonando» a sus hijos, y que bien podría pasarme lo mismo que a las víctimas que investigo.

Suspiré.

—Establecen nexos de personalidad entre las víctimas y comentan sobre otras potenciales víctimas... —lamenté—. Y si el asesino está al tanto, podría incluso orientarse por lo que lee. Incluir nuevos asesinatos de mujeres que tal vez no había contemplado asesinar antes —sugerí.

Anne tomó su celular, que estaba sobre la mesa, y lo miró por unos momentos.

—Aquí está. Lo acaban de actualizar en la página web del diario Wichita Report. «Asesino serial de mujeres atrevidas asedia la ciudad y el Departamento de Homicidios ni informa ni investiga». Estoy segura de que Jay va a enloquecer cuando vea esto —dijo.

Recién ahí comprendió la gravedad de lo que yo acababa de manifestarle.

—Has dicho que el asesino podría orientarse por lo que lee e incluir nuevos asesinatos de mujeres que no hubiese contemplado... —repitió con voz queda.

—Sí, Anne. Creo que podrías estar en peligro —afirmé.

—CLARO QUE ESTOY EN PELIGRO, el asesino es Gerard Haynes y puede que Lindsay sea su cómplice, como ya te he dicho. ¿No expresaste antes que podía ser una pareja? A una mujer que le guste un asesino la cabeza no le funciona bien —sentenció.

Otra vez me pareció una persona rígida, con ese pensamiento «de conjunto» que no la dejaba ver la complejidad de las cosas. No sabía cómo sacarle de la cabeza la idea de que Gerard era el asesino. A mí me parecía un hombre atormentado que la odiaba, pero que a la vez deseaba olvidarla. Percibí un fuerte nexo entre él y Lindsay Taylor cuando lo detuvimos. Nada más.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le pregunté a Anne. No podía contarle mis percepciones aún. Debía haber más confianza entre nosotras.

—No denunciaré a Ender. Le pedí que continuara investigando en la Dark Web y lo que pudiera de Haynes. Si es él, lo voy a probar —dijo con determinación, hizo una pausa y luego continuó—. Lo olvidaba. Ender descubrió que Abril y Dakota en una época también practicaban deportes extremos. Encontró fotografías de ellas escalando montañas.

Me quedé pensando, y luego me levanté de la silla y tomé el rotulador. Escribí en la pizarra: «Tienen profesiones liberales, independencia económica y afectiva, y aman los deportes de riesgo».

—Podríamos pedir apoyo con investigadores para profundizar en el pasado de las víctimas, de Dakota y de Abril, de sus años en la universidad y ese gusto por los deportes de riesgo, ¿no te parece? —le pregunté a Anne.

—Está bien. Se lo pediré a Jay —dijo.

Sonó condescendiente, como si no quisiera dar una respuesta negativa a mi petición aunque no la convenciera. Después de todo, estaba empeñada en que Haynes era el culpable. Entonces, pensé en quién sería la antítesis de Gerard Haynes para Anne, y llegué a una conclusión: Ender. ¿Y si fuera él el depredador de mujeres? ¿El asesino?

Volví a plantearme esa pregunta ahora con más fuerza que antes. Después de todo, a los ojos de Anne, él estaba libre de sospechas, y justo era ella la encargada de la investigación. Estaba obsesionado con mi compañera y podía estar asesinando mujeres para que Anne investigara ahora que había vuelto al trabajo, como en una especie de juego macabro que le complacía crear entre ellos dos. Sabría muy bien ocultar huellas en las escenas donde dejaba a las víctimas y él mismo estar poniendo información en la Dark Web sin dejar rastro alguno. Y era él quien guardaba consigo una moneda idéntica a la del vientre de Devin...

Tal vez por eso me sentía tan mal en el departamento los últimos días, porque estaba muy cerca de la oscuridad. Sin embargo, había sido incapaz de percibir la maldad dentro de él. Era cierto lo que sospechaba desde antes: el enemigo oscuro era mucho más poderoso que yo.

NO CONTÉ mis sospechas sobre Ender. A Anne menos que a nadie.

Salimos del Departamento de Homicidios y nos fuimos a la casa de Dakota Davis, ubicado entre las zonas de South Central y Sunnyside. Se trataba de los edificios llamados Saint Francis. Todo era lujo allí, y desde la recepción, el suelo era de mármol rosa y blanco.

El conserje, un hombre de unos sesenta años llamado Nigel Hill, nos indicó cuál era la puerta del apartamento de Dakota. Era un apartamento por piso. Ella vivía en la cuarta planta y contaba con un ático. Teníamos autorización para entrar en el domicilio, y cuando nos disponíamos a hacerlo, escuchamos ruidos adentro. Nos pusimos alerta y continuamos girando la llave que el mismo conserje nos había entregado.

—Es extraño. El conserje no nos alertó de que hubiese alguien aquí —dijo Anne.

Tenía razón. Las dos quitamos el seguro a nuestras armas. Entonces, el conserje salió del ascensor que nosotras acabábamos de abandonar.

—Perdonen. Acabo de leer el reporte del cambio de guardia de mi compañero. Allí hay un hombre que dice ser el hermano de Dakota Davis, pero, que yo supiera, ella no tenía hermanos.

—Apártese —le ordené a Hill.

Empuñamos las armas y entramos. Lo vimos. Era un hombre alto, atlético, vestido de negro.

—Soy el hermano de Dakota. Me llamo Paul Parkes. ¿Quiénes son ustedes? —preguntó temeroso.

—Detectives Ashton y Carter. ¿Puede demostrarnos que es quien dice ser?

—Claro que sí. Tengo la identificación conmigo.

—¿Por qué no había venido antes? En ninguna parte figura que Dakota tuviese hermanos —argumenté.

—Porque en realidad no somos hermanos de sangre. Su padre se casó con mi madre y yo soy hijo de un primer matrimonio. No estaba en Kansas. He venido porque soy el único «familiar» cercano de Dakota. Nos llevábamos bien y me dejó las llaves de su piso la última vez que nos vimos en Londres.

Intuí que el chico decía la verdad. Anne comprobó los documentos de identidad de Parkes y todo estaba en orden. También le mostró varias fotos que conservaba en su celular, en las que podía verse a Dakota junto con él, sonriente.

—Señor Parkes, ¿ha variado la disposición o sustraído algo de lo que encontró en este apartamento? —pregunté.

—No. Apenas llegué hace unos minutos —respondió.

—Vamos a pedirle que se siente aquí a esperar unos momentos. Queremos mirar las pertenencias de su hermana.

—¿Por qué? ¿Es que creen que el asesino estuvo aquí?

—No lo sabemos.

—¿Su hermana le dijo algo sobre que hubiese conocido a alguien recientemente?

—No. No hablamos desde diciembre del año pasado. Lo siento —dijo él.

Lo noté afectado.

—Está bien. Ahora mi compañera revisará las habitaciones de la casa mientras usted y yo conversamos sobre Dakota. Todo lo que sabe sobre ella, sus pasatiempos, sus ideas. Lo que usted quiera decirme, estará bien —indicó Anne.

Me pareció increíble lo que escuchaba. Al salir de la casa de Abril Smith, me reclamó la forma como me había conducido, y ahora ella promovía que fuera en busca de objetos y husmeara por toda la casa. Me resultó un cambio interesante en el comportamiento de

Anne. Tal vez la juzgué demasiado a la ligera cuando la consideré una persona de ideas rígidas. La miré y me pareció que me pedía que vaya a hacer lo que sabía hacer, fuera eso lo que fuera. Parece que había logrado que Anne me comprendiera un poco.

Caminé por todo el apartamento. Ni vi ni presentí nada sobre Dakota. Era como si allí hubiese vivido alguien sin emociones, o podría ser que yo estaba perdiendo mi capacidad empática.

Todo fue igual hasta que llegué a la habitación principal y me senté en la cama. Entonces, una de las peores visiones que había tenido en mi vida cayó sobre mí de manera fulminante.

PARTE V

Soñó con el hombre que le hizo la oferta. Su cara estaba desfigurada. Luego una sombra le cubrió el rostro, pero todavía podía ver sus dientes blanquísimos y el brillo de sus ojos rojos.

Sabía que si quería el poder ilimitado, tenía que pactar con él, y no había dudado ni un segundo en hacerlo. Ya, a estas alturas de su vida, tenía muy claro a quiénes odiaba y por qué.

Algunas veces, toda la rabia que guardaba dentro de sí se le subía a la cabeza y ejercía una presión enorme sobre su cuello. Era cuando quería buscar el cuchillo de caza y rebanarle el cuello a esa mujer detestable, pero en lugar de hacer eso, solo le sonreía y preguntaba cómo le había ido.

Ella significaba todo lo que odiaba. Era increíble la manera como había sido capaz de concentrar lo despreciable y odioso de esa manera tan perfecta; siempre simpática, agradable, capaz y sobre todo inteligente.

Cada vez que asesinaba a alguien, la estaba asesinando a ella, un poco. Esas muertes eran como varios actos de un preámbulo a ese gran momento que llegaría pronto. Después ya nadie podría detenerlo. De una vez por todas, esa insatisfacción bochornosa que lo había acompañado desde la escuela, desde que su madre decidía sin consultarle, iba a ser sustituida por la burla eterna a todas aquellas mujeres que pretendían tener «don de mando».

Los cuerpos de las mujeres que asesinaba le producían reafirmación, además de placer. Se transformaba en una especie de

fiera inmortal a quien todos debían temer con cada asesinato. Y ahora tenía de su lado a gente muy poderosa que había hecho difusa la línea entre lo humano y lo sobrehumano. No entendía bien ese poder, pero era cierto que, desde que había pactado con ellos, era más fuerte, invencible. Y él, el hombre que le hizo la oferta, pasaría por un sujeto normal, simpático y educado. Pero solo si se le miraba una sola vez. Después era evidente que era el operario de las bestias. Así le gustaba llamarlo. El operario de las bestias que viven entre nosotros, invisibles como monstruos presentes en otra dimensión superpuesta a la nuestra, y que cuando se cumplía el rito, se hacían más fuertes. Nunca había creído en algo así, las religiones le resultaban huecas, pero esta, a su medida, la que lo estaba haciendo un superser, era la mejor.

Ella escuchó el timbre y se levantó nerviosa para abrir la puerta. Hacía mucho tiempo que no se emocionaba de esa manera. La noche prometía cosas nuevas.

Tomó el mando del televisor en la sala de su casa y oprimió el botón para apagarlo. Hubo dos o tres segundos de duda porque vio en la pantalla la foto de una chica sonriente, y luego las de otras dos. Eran las víctimas del asesino serial que estaba atacando en Wichita.

En ese momento, algo se cayó en la cocina e hizo un ruido seco. Llovía a cantaros y una de las ventanas había cedido ante la fuerza del viento.

«No es normal una lluvia tan intensa», eso pensó Candace Young, que adoraba la lluvia desde niña. Pero esa noche le resultaba inquietante. Fue a la cocina y cerró la ventana. Recogió el envase que se había caído del borde de la alacena y lo puso sobre la mesa. Luego volvió a la sala y se miró en un espejo de marco dorado y arabescos que había sabido pedir a su madre con inteligencia. Era su objeto preferido en casa desde que tenía uso de razón.

Se consideraba una mujer afortunada, con una infancia feliz a cuestas. La más feliz de todas. Siempre fue una chica inquieta, con las rodillas heridas por las caídas de la bici y los patines, que contó con un enorme jardín que era su campo de juegos. Cuando creció, cambió esas diversiones por el parapente y después de un breve periodo de tiempo de rebeldía quiso estudiar Ciencias Políticas. Logró sustituir los deportes y la acción física por la mental, por la estrategia de convencimiento para que pasaran cosas en el mundo.

Amaba la política. Su sueño era mudarse a Washington y dirigir su propio grupo de presión política impulsando su tema preferido: el enfoque de género. Para ello había vivido los últimos tres años de su vida y por fin lo había logrado. Ya todo en casa estaba listo, el equipaje preparado y el dinero justo para comenzar su vida en otro lugar. Aquella noche sería de las últimas que pasaría en Wichita. Todavía tenía que despedirse de mucha gente conocida, por ejemplo, de los amigos del club.

Por todo eso quería celebrar a lo grande. Deseaba celebrar lo que era, allí mirándose en el espejo porque le gustaba su reflejo. Caminó con pasos apurados hasta la puerta. Casi se olvidó de que habían tocado. Fue como si el tiempo se hubiese detenido de repente al evocar sus recuerdos y ahora comenzara a transcurrir nuevamente. Abrió.

—¡Hola! —dijo la persona recién llegada.

—¡Cuánta puntualidad! —respondió Candace con una gran sonrisa.

—Te has cortado el pelo... te ves diferente —exclamó la persona.

Ella no supo apreciar el tono de crítica que había encerrado en esas palabras.

—Sí. Mi vida va a cambiar por completo y una buena forma de demostrarlo es iniciar la transformación por el cabello. ¿No lo crees? —preguntó.

La persona no respondió porque odiaba su nuevo peinado. La hacía ver más fuerte, y no era lo que deseaba. La imaginó muerta y adivinó que ese aire de fragilidad que lograba crear después de lavarlas, cuando las ponía sobre la tierra, se había estropeado con este nuevo corte de pelo.

«¿Por qué esta idiota se cortó el pelo justo hoy?», se preguntó y sintió una presión en la boca del estómago. Ese era el primer síntoma físico de su odio. Experimentaba muchas cosas cuando deseaba acabar con el oxígeno de otra persona, cuando quería poner las manos alrededor de su cuello y presionar. La primera de ellas era esa sensación de vacío en el estómago.

Le pasaba desde que tenía siete años cuando su vecina Nathalie decía alguna «genialidad». Cada vez los síntomas aparecían más temprano, desde Abril. Sabía que aún faltaban dos horas para que Candace estuviese muerta. Primero tenía que ganarse su confianza, escucharla, que ella sintiera que era alguien importante, solo así su placer sería completo. Pero el cambio de peinado alteraba todo. Estuvo a punto de abortar el plan. Podía buscar a otra, pero después decidió que ya estaba allí y que seguiría adelante.

—¿Estás lista? —se limitó a preguntar.

—Siempre lo estoy —respondió ella.

La otra persona sonrió y Candace continuó sin notar nada extraño. Era incapaz de imaginar siquiera las ideas que cruzaban por la mente de quien acababa de tocar a su puerta. Esa persona se excitaba solo con imaginar el momento en el que lograría borrar la cara de satisfacción y prepotencia que a sus ojos ella exhibía. Le parecía que Candace pensaba que lo tenía todo a sus pies sin habérselo ganado, solo por poseer la cara bonita, una buena figura y la mente despejada.

«Eso era lo que debían haberle dicho a Candace desde pequeña: que las mujeres como ella, que agrupaban esas tres características, podían ser lo que quisieran. ¿Y qué habían hecho para merecerlo?», eso se preguntaba, impaciente por amarrarla y dominarla.

—¿Quieres entrar o nos vamos de una vez? —preguntó Candace, confiada.

—Mejor nos vamos ya —respondió la persona con voz amable.

Adoraba su disfraz. ¡Era genial! Nadie sospechaba que tras esa apariencia de normalidad y simpatía se escondía su verdadero yo.

—Voy a buscar mi bolso de mano y nos marchamos —exclamó ella, divertida.

Dejó al visitante en el umbral de la puerta y desanduvo sus propios pasos hasta llegar al salón. Allí, sobre una mesa, se hallaba un pequeño bolso de mano azul y un paraguas. Candace tomó ambos objetos, colgó el bolso del hombro y el paraguas de su brazo. Miró por última vez la pantalla del televisor. Creía que lo había apagado, pero estaba claro que solo había pensado en hacerlo. Se dijo que tal vez oprimió un botón equivocado del mando.

Otra vez vio la noticia del asesino serial en la pantalla. Ahora apareció la imagen del edificio del Departamento de Homicidios de Wichita y una fotografía de la jefa investigadora del caso, la teniente Anne Ashton.

Candace se sintió de repente en peligro, pero fue solo por un segundo. La piel de sus brazos se erizó y escuchó un trueno a lo lejos, seguido de un resplandor que iluminó por un instante la ventana del salón.

—Vamos, Candace, se nos hace tarde —dijo la persona que esa noche la asesinaría.

Ella escuchó su agradable voz y después las gotas de lluvia caer.

—Han pasado todo el día informando las noticias del asesino. Espero que lo atrapen pronto —exclamó ella con una incomodidad que no pudo explicar.

—La conozco. A Anne Ashton, la encargada del caso —dijo quien la observaba y había escuchado la noticia.

Candace pensó por un momento en las mujeres como Anne. Por ellas quería que su carrera como lobista en Washington fuera brillante, y sabía que iba a conseguirlo.

—Debe ser increíblemente buena en su trabajo —dijo inspirada.

La persona no respondió. Estaba llena de rabia. Candace buscó el mando y ahora pulsó el botón correcto. La pantalla se tornó negra. Dejó el aparato sobre una butaca color salmón que había en la sala y caminó hasta la salida. Apagó las luces y, tras salir, cerró la puerta.

Tres horas después, estaba muerta.

UN HOMBRE con el rostro borrado (sin nariz ni boca ni ojos) estaba sobre mí estrangulándome. Yo sentía mucho miedo. Y no era yo misma, sino Dakota Davis.

Estuve segura de que estaba viendo lo que ella vivió segundos antes de morir. De repente, tuve la certeza de que ella conocía a ese hombre sin rostro y de que se preguntaba una y otra vez por qué se había ido con él en lugar de volver a casa.

Me faltaba el aire y todo comenzó a dar vueltas sobre mí hasta que no pude evitar sentir vértigo. La imagen del hombre con el rostro borrado también daba vueltas, pero la presión de sus manos sobre mi cuello se hacía cada vez más asfixiante.

«Su belleza», creo que Dakota pensó en eso en algún momento antes de que la atacara. De repente, se dibujaron las cuencas de los ojos del hombre y aparecieron en ellas las monedas, las del *Hombre de Vitruvio*. Y comenzaron a salir ríos de sangre de ellas.

Era un hombre atlético, vestido de negro y delgado. Podía ver la forma de los músculos de sus brazos bajo la camisa. Eran tonificados, ejercitados y muy fuertes. Dejé de ser Dakota y volví a ser yo, y eso fue lo más aterrador. Que ese hombre me habló a mí. Se acercó y me susurró al oído: «Por tu culpa, por meterte en nuestros asuntos, ahora tu Devin está muerto».

Era una voz que yo conocía, pero que no pude identificar. Era alguien con quien había hablado o a quien había escuchado antes. Pude percibir dos fuerzas dentro de ese hombre, el poder y la

insatisfacción. Una lo llevaba a hacer lo que hacía, a asesinar mujeres, a dominarlas antes. Y la insatisfacción, a pesar del control que ejercía sobre sus víctimas, era el combustible para no parar. Nunca pararía porque su resentimiento jamás se vería saciado. Él era solo un instrumento de la oscuridad. Como si ella (la oscuridad) lo supiese todo sobre él y lo hubiese atraído por eso.

Era un hombre hueco, sin rostro, con el vacío auestas de pretender un poder ilimitado. La oscuridad conocía su odio y lo estaba utilizando. Ella lo sabía todo de todos nosotros; de Devin, de mí, de él, y usaba los puntos débiles para convertir a las personas en asesinos.

La horrenda imagen de ese sujeto desapareció después de que estuve convencida de que era un instrumento del mal, como aquellos hombres que asesinaron a los niños de Topeka.

Las lágrimas llenaron mis ojos por Dakota y por Devin. También por mí. Me sentí más determinada que nunca a enfrentarme con ese hombre y con lo que lo movía, aunque fuera más poderoso que yo.

Me levanté de la cama y salí de la habitación de Dakota Davis.

NO LE DIJE NADA A ANNE. Del apartamento de Dakota volvimos al Departamento de Homicidios. El resto del día estuve ansiosa, como esperando que algo más sucediera.

Lilian continuaba haciendo análisis, Ender en lo suyo y totalmente a las órdenes de Anne después de lo que habíamos descubierto sobre él. Seguía analizando en la Dark Web si algunos de los comentaristas anónimos resultaban de interés. El jefe Jay cada dos horas llamaba a Anne para saber si habíamos avanzado algo y Juliet Rice nos observaba a Anne y a mí con expectación cada vez que caminaba cerca de nuestros escritorios. Parecía querer controlarnos.

Avanzado ese día, noté un temblor en mis manos. Era casi imperceptible, pero lo sentía. No creía que nadie más se diera cuenta, sin embargo, era molesto. No podía concentrarme, era como si una niebla se hubiese apoderado de mi cabeza.

A las seis de la tarde le dije a Anne que me iría a casa, que no me sentía bien y que quería darme un baño y pensar. Lo que en realidad deseaba más que cualquier otra cosa era tener una nueva visión o un sueño aunque fuera escalofriante, algo que me hiciera avanzar y descubrir la identidad del asesino. Aunque sabía que la oscuridad no acabaría cuando lo detuviéramos, al menos evitaríamos que más mujeres murieran frente a nuestros ojos. Estábamos en punto muerto y solo nos dedicábamos a conseguir los cuerpos que nos dejaba el asesino. Se estaba burlando de nosotros.

—Tienes mala cara, Alex. Descansa. Mañana será otro día —me dijo Anne.

Después se quedó observándome por unos segundos e hizo un movimiento con la boca que denotaba preocupación.

—Me duele la cabeza. Es todo. En cuanto me recupere, trataré de poner las cosas en perspectiva... —le respondí.

Me preocupaba que notara el temblor de mis manos o la sensación de frustración que se había apoderado de mí.

—Veré a Jay una vez más. Va a volverme loca... —reconoció Anne.

—¿Qué sabes de Ender? —pregunté.

—También hablaré con él antes de irme a casa. Hoy irá Harry y llevará *pizzas* para todos. Hemos acordado que nuestros chicos necesitan ver que seguimos siendo amigos.

Había olvidado a Harry. Yo nunca lo había visto. ¿Y si ese era el hombre sin rostro de mi visión? Algo debía significar esa cara borrada en mi sueño...

—ANNE, ¿cómo te imaginas al asesino? —le pregunté de repente y sin pensarlo.

—¿Dices si no fuera Gerard Haynes? —preguntó, hizo una pausa y después continuó—. Pues como Gerard Haynes. Resentido, violento, con brazos fuertes y supongo que atractivo en su estilo. Ya hemos hablado de ese perfil. Además, por supuesto, es inteligente. Un monstruo... —sentenció.

Ella tenía razón. Ya lo habíamos hablado, pero lo que quería era establecer si al menos, en el inconsciente, Anne se planteaba que el asesino pudiera ser otro, no Gerard. Me temía que ni siquiera se le hubiese pasado por la cabeza que quien estuviese acechándola fuera su exmarido, Harry.

—Lo preguntaba porque... —comencé a decir, pero me vi interrumpida por Ender, que apareció de repente frente a nosotras, silencioso como un gato y con una expresión seria.

—Tienen que ver esto —dijo con voz aguda.

Llevaba una computadora portátil en las manos y caminó hasta el escritorio de Anne. Me acerqué. ¡No lo podía creer! Eran las fotos de los cadáveres de Abril, Dakota y Patsy. Se hallaban tal y como las habíamos encontrado en los descampados.

—¿Qué significa...? —dijo Anne, confusa.

—Estaban en la red. No puedo acceder al IP. O mejor dicho, no pude hasta hace cuatro minutos.

—¿Quieres decir que sabes quién las ha colgado? —preguntó Anne alzando la voz.

—No quién, pero sí desde dónde. A pocas cuadras de aquí. Ha sido en la cafetería Morgana.

—DEBEMOS AVISAR a Jay para lo de la orden de detención... —comenzó a decir Anne, pero la atajé.

—Espera, Anne. No podemos hacerlo así. Es un lugar público. Eso dirá su defensa. Si quieres atrapar a Haynes, debes tener más que eso y no ponerlo sobre aviso —razoné.

No me parecía lógico que si el asesino había sido tan hábil para esconder sus huellas, tanto que no teníamos ni una sola pista, únicamente las fibras azules en la escena de Patsy que hasta ahora no nos habían conducido a nada, no se hubiese sabido cuidar y utilizara alguna computadora de su lugar de trabajo. No podía ser tan inteligente para una cosa y tan descuidado para la otra.

—Lo que dice Alexis es verdad, pero yo tengo la solución —dijo Ender con un aire infantil de victoria.

—¿Cuál? —le preguntó Anne.

—No digas nada a Jay todavía. O si quieres se lo dices. No te estoy indicando lo que debes hacer: tú eres lo suficientemente capaz para saber qué hacer y cuándo...

—Ender, concreta... —interrumpió Anne, exasperada.

—Puedo hacerme pasar por un usuario de ese lugar e instalar un troyano. Así, la próxima vez que alguien entre en el sitio que estoy monitoreando se encenderán las alarmas y lo tendremos. Además, me fijaré si hay cámaras o puedo instalar una espía...

Después de decir eso se calló. Estaba claro que había recordado que Anne y yo sabíamos de las instalaciones que había hecho en la

casa de mi compañera. Conocíamos de lo que era capaz.

—Está bien, Ender. Haremos eso. No sé qué me pasa. Tú tienes razón, Alex. Es poco lo que tenemos en su contra. Sin embargo, informaré a Jay de este descubrimiento —afirmó Anne.

Ender asintió y yo también lo hice.

—Supongo que no hay ninguna duda de que el IP proviene de ese lugar, ¿verdad? —pregunté.

Anne me miró con asombro.

—Ninguna —respondió Ender.

Escuchamos unos pasos y una puerta cerrarse.

—Esta maldita lluvia y el viento, abre y cierra las puertas con brusquedad —exclamó Anne—. Lo mismo debe estar sucediendo en casa —completó.

—Está bien que se lo digas al jefe Jay de una vez, Anne. Porque «su sombra» ya lo sabe —afirmó Ender.

—¿Su sombra? —le preguntó frunciendo el ceño.

Sabía de quién hablaba Ender. Era cierto que parecía una sombra en la oficina y que lo sabía todo.

—Se refiere a Juliet Rice —aclaré.

UNA MUJER rubia de pelo corto al «estilo bob» caminaba atada de manos. Detrás había una nave industrial abandonada. Llovía. El agua corría junto a sus zapatos de tacón alto. El hombre sin rostro iba a su lado. Iba a matarla y ella lo sabía.

Desperté. Había una figura en el techo de mi habitación. Se movía y parecía una mariposa. Provenía del reflejo de las luces de los autos que pasaban por la vía frente al edificio. No siempre sucedía, pero cuando pasaba, me sentía aliviada.

Me gustaba mirar las imágenes producto de los juegos de luces desde niña. En casa de mi abuela (que era el único lugar de mi infancia donde valía la pena estar) se reflejaban cosas así en las paredes y en el techo. Eran las luces de un bar que había enfrente. Eran maravillosas porque titilaban toda la noche, lo que era un gran espectáculo para mí.

Esa mínima superficie iluminada en el techo de mi habitación, que podía ver al despertar de los sueños y pesadillas, me consolaba. Pero el consuelo duraba poco tiempo. De inmediato, volvía al horror, posiblemente acabaría soñando con una nueva víctima del asesino. Ninguna de las anteriores tenía ese peinado. Todas llevaban el pelo largo, al estilo Botticelli, como bien había dicho Anne al describir a Abril. Incluso Patsy White, que no había sido escogida por el asesino como las otras, tenía el pelo largo.

¿Por qué había visto una nave industrial? ¿Quién me había hablado de un proyecto urbanístico que cruzaba la ciudad y que

tenía que ver con viejas fábricas?

Me levanté de un brinco y busqué mi computadora portátil para investigar. «Proyecto de recuperación industrial de Wichita», tecleé. Durante no sé cuántos minutos estuve leyendo. Descubrí que había un gran proyecto llamado «Waterway», que incluía la intervención del antiguo distrito industrial, desde la zona más alejada del Centro, junto al barrio de Stagecoach, donde había dicho Lilian que vivía, hasta el distrito South Central. Eran varios corredores industriales abandonados que se estaban recuperando poco a poco. La lentitud obedecía a que muchas de las tierras estaban contaminadas. En la ciudad, años antes, habían proliferado industrias de químicos, gasolineras, fábricas de impresiones y tintas.

Comencé a mirar las fotos antiguas de las fábricas. Quería ver si alguna de ellas me recordaba a la del sueño. Pero nada se me hizo familiar. No conocía la ciudad y eso me desesperaba.

Entonces, pensé en Anne. Eran las diez y media de la noche y ella tenía «velada de *pizza*». Podría estar despierta aún. Además, estaba contenta por lo que nos había dicho Ender. Todo apuntaba a que Gerard Haynes estaba implicado en los asesinatos, y eso era lo que Anne deseaba con locura. Estaría tomándose la última o la penúltima copa de *gin*...

Busqué mi celular y la llamé. Me sorprendió que una voz de hombre me respondiera.

—¿POR qué has tomado mi teléfono? —escuché preguntar a Anne.

—Lo siento, me confundí. Pensé que era el mío —respondió el mismo hombre que me atendió.

—Hola, Alex. Disculpa. Harry no sabe ya qué es suyo y qué no lo es. ¿Qué sucede? —preguntó mi compañera.

—Tenemos que establecer un perfil geográfico de las acciones del asesino. Hasta ahora hemos evaluado la personalidad de las víctimas y poco más, pero no nos hemos centrado en los lugares en donde las deja; y más importante aún, no hemos pensado en la zona donde las caza y tampoco que él necesita un lugar para asesinarlas y bañarlas con ese químico extraño. He pensado que tal vez lo haga en una nave industrial abandonada —concluí.

Sé que no debí sonar muy convencida al decirlo. Si Anne me preguntaba de dónde saqué lo de la nave industrial, hubiese tenido que revelar lo de mi sueño, y no estaba dispuesta a hacerlo. Mucho menos por teléfono.

—Estoy de acuerdo con lo del perfil geográfico. De hecho, lo había pensado justo hoy. He ido a la cafetería Morgana con el jefe. Le informé lo que descubrió Ender. El mismo Jaydan Cooper me dijo que quería visitar ese lugar. Lo acompañé y lo esperé en el auto. Ese fue el acuerdo al que llegué con él, que no dejaría a Haynes verme. Jay entró y se hizo pasar por un cliente del lugar. Conversó un par de minutos con Haynes, pidió dos cafés y fue a mi encuentro. Cuando salimos, Ender llegaba para instalar el virus troyano.

—¿Descubrieron algo? —pregunté.

—Todavía. Yo me quedé en el auto, pero puedo decirte que desde donde estaba vi a la chica entrar, a Lindsay. Haynes habló con Jay y después se marchó con su novia. No me importa reconocerlo y decírtelo a ti, mientras aguardaba en el auto, me sentí muy ansiosa. Cuando eso me pasa, necesito comerme un caramelo o algo. En realidad, lo que necesito es una copa de *gin*, pero sé que debo medir eso. El hecho es que busqué en mi bolso de mano, pero se habían acabado los caramelos de miel que suelo llevar. Así que abrí la guantera del auto de Jay y tampoco había nada con azúcar que me calmara, pero lo que sí encontré fue lo que hay en todas las guanteras y, por supuesto, un mapa. Justo en ese instante pensé en ti y en que no habíamos hecho ese análisis geográfico que ahora has planteado. ¿Te das cuenta cómo por vías diferentes llegamos al mismo punto? Yo con mi ansiedad por un caramelo y tú con tus reflexiones.

—Eso es bueno para ambas —concluí con sinceridad.

—Así es. Yo buscaba algo dulce...

Comencé a notar que Anne había tomado alcohol. Esa reiteración no me pareció del todo necesaria.

—... y removí varios objetos en la guantera. Jay es un hombre muy pulcro y ordenado.

Cuando Anne dijo esa última palabra, me convencí de que había consumido más de media botella de *gin*.

—Imagínate que tiene un set de manicura en el auto. Estaba allí cerrado y las tijeras a un lado. Casi me pincho con ella, pero no lo hice...

—Anne, ya está bien —escuché decir al hombre.

—¡No está bien! Estoy hablando con mi compañera —replicó ella.

—Entonces, mañana en la mañana analizamos el proyecto Waterway. Se trata de un plan que incluye la identificación y la reurbanización de varias zonas industriales de Wichita, desde las afueras por la parte norte hasta la zona del Centro. Es de la municipalidad, aunque incluye inversión privada. De los Bach... tú misma me hablaste de ello —expliqué.

—Entiendo lo del perfil geográfico. Como te he dicho, pensé en eso hoy, ¿pero por qué te empeñas en hablar de una nave industrial?

—No lo sé, Anne. Es una idea que se ha metido en mi cabeza —respondí.

—Ya. A veces eso pasa. ¿Sabes?, estoy contenta. Hoy no me han llamado con esa respiración horrenda en el teléfono... Creo que ya va a parar. Te dejo, compañera. Ya Harry se va a casa. Piensa que debo dormir para poder «conciliar mi vida personal con mi espacio profesional». Es la segunda vez en el día en que alguien me dice eso, como si el asunto de la casa fuera solo de las mujeres. Qué equivocados... —dijo Anne y cortó la llamada.

Algo de lo que había dicho me dejó intranquila. Sentí por un segundo que Anne estaba en peligro justo en ese momento. Y la verdad es que no quería que nada malo le pasara.

SAQUÉ la idea del peligro de Anne de mi cabeza. Continué mirando las fotos viejas de la ciudad en internet. Sabía muy bien la apariencia que tenía la nave industrial que vi en el sueño. Las paredes externas estaban llenas de ventanas polvorientas y en el techo había una estructura de metal oxidado. Pudo haber sido el esqueleto de un tanque. Tenía la sensación de que recordaba por completo ese sueño y que con el paso de los minutos aparecía aún más nítido en mi cabeza. Esa imagen era lo único que tenía. La chica rubia amarrada de manos con el pelo «estilo bob» que caminaba delante de una fábrica abandonada...

«¿De qué era la fábrica?», eso me pregunté un millón de veces, pero no obtuve respuesta. Intentaba concentrarme una y otra vez para ver si había algún detalle que arrojara pistas de lo que allí se producía, pero fue en vano.

Repasé los expedientes de las víctimas y todo lo que sabíamos sobre ellas. También los informes forenses y los reportes actualizados de cada caso. No encontré nada nuevo de lo cual tirar y comenzó a dolerme la cabeza. Decidí tomarme una copa de vino para intentar relajarme un poco, aunque no era optimista en esa empresa.

En ese momento, alguien tocó a mi puerta. Era el jefe Jaydan Cooper. Me sorprendí mucho cuando lo vi tras el umbral.

—Hola, jefe. ¿Qué hace aquí? —saludé sin ocultar mi asombro.

—Hola, Alexis. Te he llamado, pero no atendías el teléfono. Me ha dicho Juliet que estabas mal de salud.

—Solo con un poco de dolor de cabeza. No vi sus llamadas. Lo siento.

—En realidad, Alexis, tengo que hablar contigo y no quería hacerlo en la oficina —dijo con tono grave.

Aún se hallaba de pie junto a la puerta. Me di cuenta de que debía invitarlo a pasar. Me temía que sabía lo que iba a decirme. Alguien le habría hablado de mí, de Topeka. Se había hecho realidad lo que tanto recelé, y en el peor momento, cuando estábamos más perdidas en la investigación.

—¿Quiere pasar, jefe? —tuve que decirle.

Él sonrió y respondió que sí. Tengo que reconocer que me sentía un poco incómoda con su visita. Era un hombre atractivo y era mi jefe. Pero lo peor era que si Cooper sabía de mis «métodos», quedaría a su criterio mi futuro como investigadora. No me parecía una persona de mente amplia, como Lilian Peterson. Tampoco deseaba deberle nada al jefe Cooper porque no quería ese tipo de relación especial con él, menos tratándose de un hombre tan atractivo. Mezclar placer y trabajo no era una buena idea.

Jaydan pasó y cerré la puerta. Nos dirigimos a la sala. Cuando llegamos, se detuvo y miró la botella de vino que había dejado sobre la mesa del comedor.

—¿Quiere tomar algo? —pregunté.

—No, gracias, Alexis. No tengo mucho tiempo. Me están esperando.

Noté que hizo un esfuerzo por decir eso. Aunque en ese momento me dije que podía ser mi imaginación. Sin embargo, lo noté un poco nervioso y eso me extrañó. Era un sujeto de los que uno se imagina dueño por completo de la situación.

—Quiero que sepas que una persona me ha dicho algo sobre ti, de tu pasado en Topeka. La gente, por alguna razón que no comprendo, me cuenta cosas sin que yo lo busque. No habrá ningún problema contigo en el departamento mientras yo sea el encargado.

DESPUÉS DE LA visita del jefe, decidí dormir un poco y me acosté en el sofá. Las primeras luces de la mañana me despertaron. Me senté y pasé las dos manos por mi cara. Podía adivinar mis ojeras, mi mal aspecto.

Me levanté sintiéndome impotente. Quería salvar a la mujer rubia del sueño, pero no sabía cómo hacerlo. Recordé que en mi sueño llovía a cántaros. Me asomé por la ventana del salón para saber si aún caía agua, pero vi las calles secas. Estuve segura de que ya esa chica estaba muerta. La oscuridad otra vez me había ganado.

Y mi compañera estaba convencida de la culpabilidad de Gerard Haynes sin darse cuenta de que el verdadero asesino lo inculpaba a él. y Por eso había dado su nombre a Patsy White, para que su madre lo oyera. No sabía cómo hacer para que Anne dejara la obsesión con Haynes y comenzara a ampliar su perspectiva. Hasta el jefe Jay se había dado cuenta. Era imposible que Haynes hubiese entrado en la Dark Web desde su lugar de trabajo. Sería una novatada imperdonable para el mismo hombre que sabía actuar y asesinar sin dejar pistas.

Busqué mi teléfono y lo sostuve entre las manos, mirando el parque que hay justo frente a mi ventana, el que tantas veces me ha recordado a Devin porque a él le gustaban los árboles y los senderos entre ellos. Fue en un parque donde lo asesinaron...

—¡No! ¡No puedo deprimirme! —me dije porque sabía en qué iba a terminar ese recuerdo.

Presentí que me llamarían para decirme que había otro cuerpo. Sabía que de un momento a otro me darían esa noticia. Entonces, recibí la llamada de Anne.

Acababan de encontrar otro cadáver con las bragas dentro de la boca. El de una mujer llamada Candace Young. La hallaron en un descampado entre los barrios de Crown Heights y el de Stagecoach.

—La encontró el perro de un corredor que debió olerla a distancia. En medio de la oscuridad, el dueño del animal pensó que se trataba de un chico porque...

—Llevaba el pelo corto «estilo bob» —completé.

—¿Cómo lo has sabido?

—La he visto en un sueño —le respondí resignada.

No podía seguir ocultándome. Esa era yo, alguien que soñaba con los horrores de la oscuridad. Anne tendría que creer en mí y mis habilidades porque sería la única oportunidad que tendríamos de detener al asesino.

LE DIJE que después le explicaría. Quedamos en encontrarnos en el lugar donde el asesino había dejado el cuerpo de Candace Young. Tomé mi auto y en menos de quince minutos estuve en ese lugar. Era una mañana preciosa y eso hacía más trágico el hallazgo.

Cuando llegué, también lo hacía Anne. Estaba hecha una pena. Hasta peor que yo. Mostraba los labios resecaos y el rostro demacrado. Me miró mientras caminábamos a donde los chicos del Departamento Forense habían acordonado el área y se encontraba el cadáver. Me dijo lo mismo que yo estaba pensando de ella.

—Te ves fatal.

—Lo mismo digo —le respondí.

Anne sonrió y yo también lo hice. Puede que vernos tan destruidas la una a la otra nos uniera un poco más. Continuamos caminando y reconocí la figura de Lilian. Destacaba entre las demás personas que estaban allí congregadas. En cuanto nos vio, levantó la mano.

Llegamos hasta ellos. Dos chicos del equipo forense se retiraron a donde habían instalado la unidad de recolección y nos dejaron solas con Lilian.

—Otra «ingobernable» caída... —dijo Lilian.

—¿Ingobernable? —preguntó Anne.

—Sí. No ven que ninguna de las víctimas tenía pareja. Eran como ustedes.

Las tres hicimos silencio. Lilian tenía la característica de que podía resumir en pocas palabras cosas que uno había pensado, pero que todavía no se había explicado claramente, ni siquiera a sí mismo. Tal vez era ese aire de tragedia y ópera que llevaba consigo lo que la hacía emitir de tanto en tanto esa claridad cartesiana.

—Es cierto, Lilian, pero si va a acabar con todas las mujeres independientes, o se equivocó de época o nunca terminará el trabajo —sentenció Anne.

Miré el rostro del cadáver. En el sueño no logré ver su cara, solo el cuello estilizado y su pelo corto. Pero era ella. Me percibí a mí misma como alguien fallido, pues, aunque tenía la capacidad de ver cosas, no me servía de nada para evitar que las muertes se sucedieran.

—Cuarenta y tres años. Ciencias Políticas, militante de movimientos contra la violencia de género. Su bolso de mano ha sido encontrado a unos metros de aquí, junto a esos arbustos —dijo Lilian, mostrándolos—. Iba a mudarse de esta ciudad. Los chicos encontraron la impresión de un contrato de arrendamiento en Washington D. C. Debía ser como yo, que mete cosas en la cartera y luego las olvida.

—¿Alguna otra cosa en el bolso, Lilian? —pregunté. Se me estaba ocurriendo una posibilidad. Si lo que había dicho la forense era cierto, tal vez el bolso de Candace fuese una buena fuente de información.

—No lo sé. Sobre la mesa que han dispuesto los chicos para registrar y etiquetar las pruebas debe estar —respondió Lilian.

—¿A qué hora murió? —preguntó Anne.

—Entre las doce y la una. Las bragas en la boca tenían los mismos cortes. Pero esta vez la lluvia jugó a nuestro favor.

—¿A qué te refieres? —dije.

—Candace murió cuando aún llovía. Por eso bajo su cuerpo hay humedad todavía. Por ello, creo que el asesino no se dio cuenta de que, al cortar, un trozo minúsculo quedó bajo el cuerpo. Puede que sea también porque, de todos los lugares donde ha dejado los cadáveres, este contaba con menos luz. Antes se amparaba en las luces del club y del aeropuerto, pero aquí no hay nada similar...

—¿Un trozo minúsculo de qué? —preguntamos Anne y yo al mismo tiempo.

—Perdonen... un trozo de cuerda. Tuvo que ser un acto casual, puesto que el asesino es un ser extremadamente planificador y calculador. Tal vez la cuerda era unos centímetros más larga de lo que él creía, tal vez no vio que un extremo colgaba o no se dio cuenta de que estaba cortando dos cuerdas a la vez... Sea como fuere, esta vez tenemos algo.

—¿La cuerda ataba sus muñecas? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Eso creo —respondió Lilian.

—Alexis, acompáñame. Tenemos que hablar —dijo Anne con una entonación diferente a la usual.

Había notado algo en mí y no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

LE PEDÍ a Anne que habláramos en otro lugar. Si iba a contarle lo mío, no quería hacerlo allí ni en el Departamento de Homicidios. Juliet era, como bien había dicho Ender, una sombra que todo lo oía. No sabía si me iba a sincerar con Anne, pero de hacerlo, debía ser en otro lugar.

Me preguntó a dónde quería ir para hablar y le dije algo que hasta a mí misma me sorprendió.

—Quiero ir al zoo. Me gustaría ver ese animal sobre el que te pregunté antes. ¿Lo recuerdas?

—Claro. Me conozco el zoo de arriba abajo. Te llevo directo a un banco en donde podemos estar frente a ella —respondió con seguridad.

—¿Ella? —pregunté.

Anne Ashton era una caja de sorpresas.

—Sí. Hay varios, pero la que más se ve es hembra. Siempre se separa del grupo. Un empleado del zoo, el señor Falk, me dijo que la llamaban Dora.

En veinte minutos estuvimos en el zoo. Durante todo el trayecto en auto nos mantuvimos en silencio. Cuando llegamos, caminamos un poco entre varios senderos y luego nos sentamos en un banco frente a un área descampada y limitada por una cerca. Y entonces vi a Dora.

Era el animal de mi sueño, el que no podía atrapar el hombre consumido por la oscuridad. No me podía explicar por qué había

soñado con ella, pero eso no me importaba porque eran más las cosas que no sabía explicarme que las que comprendía.

—Dora mira como si lo reconociera a uno. Como si lo supiera todo, y tiene esa actitud de un ser que dice: «No puedes contemplar el mundo como es, así que termina de aceptar la realidad de una vez». Además, disfruta de su soledad. La otra vez estaba aquí mismo con mis chicos y nos quedamos observándola, y otro individuo de su misma especie vino por ella como si quisiera llevarla con la manada. ¿Y sabes qué hizo?, pues se quedó impávida. Creo que lo mandó a paseo...

Escuché la historia de Anne y la imaginé como una buena contadora de historias para sus niños. El sol y su compañía convertían aquella mañana en algo esperanzador. No hacía tanto calor aún y la claridad me reconfortaba. También la presencia de Anne. Me sentía muy lejos de poseer esa sensación asfixiante que se había desatado en mí cuando me hallaba en la oficina.

—¿Por qué sabías que Candace Young tenía el pelo corto? ¿Has estado investigando por tu lado? ¿Hay algo que debas decirme? —me preguntó.

Inspiré profundo y me atreví a responderle.

—He tenido sueños Anne. En ellos algunas veces veo cosas que me ayudan a despejar dudas y a aclarar ideas. No es nada mágico ni soy una loca. Creo que ya debes saberlo porque eres bastante capaz de hacerte una buena opinión de las personas, y ya me conoces desde hace unos días.

—Sé que no estás loca —respondió.

—Algunas veces mis sueños me dicen cosas que puede que yo haya pensado, pero de manera desordenada. Los sueños ordenan mis pensamientos. Son como revelaciones. Algunas personas las tienen en vigilia, en momentos de lucidez y de manera repentina. Pero yo no soy así. Yo tengo que soñar, y esas «visiones» que llegan a mi cabeza en ellos luego me hacen pensar mejor. ¿Entiendes?

—No mucho, pero me hago cargo. ¿Qué soñaste?

—Soñé con una nave industrial abandonada y con una mujer de pelo corto atada de manos.

Lo solté todo de una vez.

—LO DE LA nave industrial lo entiendo. Hemos hablado de químicos. Yo misma te he contado sobre la contaminación de los suelos en el área central de Wichita, en la zona que pertenecía a los corredores industriales de antes. Además está lo del compuesto químico antiguo que el asesino usa al lavar los cuerpos. También lo que te conté de los canales subterráneos que podrían existir en ciertos lugares, como por ejemplo en la cafetería Morgana. Está, por si fuera poco, la sombra de los Bach, que todos sabemos tienen industrias farmacéuticas. Conocimos a uno de ellos y Lilian nos habló de que su esposo había trabajado para los Bach. Son demasiadas «piezas» que pudieron haberse ordenado en tu sueño. Entonces, lo de la nave industrial lo comprendo y eso de que sintéticas información desordenada. Pero lo del tipo de corte de pelo de Candace no puedo entenderlo —reflexionó Anne.

Tenía razón.

—No lo sé. Tal vez mi cabeza quiso enfatizar algo. Hemos dicho que la apariencia de las víctimas es de fragilidad cuando las vemos muertas, pero en vida eran mujeres para nada débiles. Y verlas allí lavadas, vencidas, con las bragas en la boca... puede que me haya hecho pensar en que la clave para el asesino es transformar la fortaleza que tienen ellas en debilidad póstuma. La fortaleza femenina que en parte se basa en romper los patrones masculinos. Pude pensar en un pelo corto a lo «bob» por algo de eso. La verdad, Anne, es que ni siquiera sé lo que te estoy diciendo... —reconoció.

—Puedo decirte que te entiendo y no te entiendo a la vez —confesó, hizo una pausa y luego continuó—. Hoy creo que estamos un poco locas las dos. Lo cierto es que acertaste con lo del pelo de Candace Young.

—Sí. Fue casualidad... —alcancé a decir.

No la vi convencida, pero noté que no rechazaba mis argumentos. Había logrado por primera vez algo que en realidad necesitaba, contar algo de mí que nadie sabía aparte de Devin y no sentir rechazo.

—Lo de las naves industriales. Creo que vale la pena tirar de ese hilo. He estado pensando y creo que tienes razón: Haynes no es el asesino. No podría ser tan estúpido para colgar las fotos de los cadáveres desde su lugar de trabajo. ¿Por qué alguien querría implicarlo? No lo sé. Jay ha puesto vigilancia en ese lugar, en la cafetería. También donde vive Haynes con su novia, una especie de comuna *hippie* de la nueva era en el barrio de Hilltop. Ender continúa alerta a cualquier otra cosa que aparezca en la red. Ahora que dices lo del perfil geográfico, me pregunto si la clave no estará en el centro de la ciudad...

»Si lo piensas bien, ha dejado los cuerpos —continuó diciendo después de tomar un poco de aire— en descampados cercanos al Centro. Mira que cada vez que hemos ido a esos lugares, ya sea que salgamos de la comisaría o de mi casa o la tuya, no tardamos más de quince minutos en llegar. Han sido siempre las arterias salientes del casco central de Wichita, de las calles 1 y 2. Tú vives un poco más al sur y yo al norte, pero podría decirse que seguimos estando en el área central y cerca del Departamento de Homicidios, y por eso llegamos a los descampados en poco tiempo.

—La Biblioteca Pública, donde pensamos que el asesino abordó a Dakota Davis, se encuentra en el Centro, y la cafetería Morgana también está próxima. Si alguien ha intentado implicar a Haynes, ha estado en ella. La vía donde recogió a Patsy White conduce al Centro —completó.

—Exacto. El asesino tendría, como todos los asesinos en serie, un conocimiento exhaustivo del entorno donde actúa. Suelen asesinar en su mismo medio. Es decir, el asesino caza en el centro de la

ciudad, es su zona de confort, y deja los cadáveres en zonas con muy poco tránsito por la noche, pero no alejadas del Centro. ¿Cómo te suena?

—Bien —le respondí.

—Lo de la nave industrial podría ser... —continuó Anne.

—El lugar donde las asesina y las baña después de cazarlas. Donde se siente seguro —completé.

—La verdadera guarida cercana al Centro y a los descampados —concluyó.

Miré al frente. Bajo un único árbol frondoso estaba la licaón Dora. Me miraba, tal como dijo Anne, como si me conociera. Tuve la impresión de que lo que quería decir ese animal en mi sueño era relativo a ese momento, a la armonía que había logrado con mi compañera. Tal vez eran nuestras capacidades juntas con lo que el hombre de la oscuridad no podría.

De repente, escuché un ruido de monedas que cayeron al suelo detrás de nosotras. Y seguido del grito de un hombre.

VOLTEAMOS.

—Solo es un hombre que ha dejado caer su monedero y ha gritado de rabia, por impulso... —dijo Anne.

Esas palabras quedaron en mi cabeza: rabia, impulso.

—Hemos pensado que el asesino se mueve por envidia o resentimiento a las mujeres. Pero ¿y si no tiene un móvil tan concreto o racional, sino que es movido por un «impulso»?

—Dices una especie de compulsión... —completó Anne.

—Algo así.

Preferí dejarlo porque había logrado por primera vez una buena conexión con Anne. Sabía que ese era un vínculo valioso y no quería destruirlo. Pero no me refería a eso. El sonido de las monedas me había recordado la raíz de todo el mal al que nos enfrentábamos, la oscuridad que también asesinó a Devin.

Aunque hubiese querido aclararle a Anne que lo que había llamado recién «una compulsión» era en realidad un pacto. Uno que, temía, el asesino había hecho con la oscuridad y que a estas alturas ya se habría apoderado de él.

—No sabía que personas menores de sesenta años aún usaran monederos. Siempre lo vi más como algo de mujeres mayores... —comentó Anne y sonrió por un segundo.

Un recuerdo vino a mi cabeza. Un paciente, mi antiguo empleo, Topeka. Y una mano de hombre abriendo un monedero de cuero negro. Volteé y miré. El hombre iba de espaldas caminando por uno

de los senderos que conducía al edificio principal del zoo. Aunque lo vi de espaldas, lo reconocí. Era Logan Callen, el controlador aéreo que encontré el 4 de Julio en el bulevar junto al río Arkansas la misma noche que conocí a Anne. ¿Cómo era que volvía a coincidir con él tan pronto? ¿Me estaba siguiendo?

—¿Qué te pasa, Alex? Parece que has visto un fantasma — exclamó Anne.

—Nada. Me he encontrado a una persona dos veces en menos de una semana. Es todo.

En ese momento, los celulares de ambas vibraron. Lilian nos había enviado un mensaje: «La cuerda es fibra de aramida».

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Anne y llamó de inmediato a Lilian. La puso en altavoz.

—Hola a ambas. La fibra de aramida es una fibra sintética cinco veces más fuerte que el acero. Es usada en los paracaídas y parapentes, también se emplea en las cuerdas que sostienen a los escaladores. Dicha cuerda está trenzada por haces distintos, lo que la hace realmente resistente. Sin embargo, pierde propiedades ante la flexión y la compresión, sobre todo con la humedad, por lo que no es difícil cortarla con unas tijeras, aunque el proceso puede requerir destreza.

Lilian continuaba la explicación detallada, pero tanto Anne como yo nos fijamos en la misma palabra, lo supe solo con verla a la cara: paracaídas.

DEL ZOOLÓGICO de Wichita al club Blue Greatness hay que recorrer toda la ciudad de oeste a este. El viaje se nos hizo eterno. Creo que cada una iba pensando si se nos había escapado algo al hablar con Clifford Welch o con su esposa, Mary Jane Bach.

Para mí, Welch era un sujeto resentido y a la vez presuntuoso que se creía más atractivo de lo que en realidad era. Ella mostraba ese «don de mando» que la gente que ha nacido en una familia poderosa casi siempre enseña.

El problema era que no habíamos logrado establecer un nexo entre Abril Smith y el club de paracaidismo. Solo estaba conectado con Dakota Davis. A Patsy White no la contábamos porque, tanto para Anne como para mí, ese había sido un crimen de oportunidad. Pero ahora el hallazgo de la cuerda que acababa de revelarnos Lilian nos volvía a conducir al mundo de Blue Greatness.

Cuando llegamos, volví a ver el auto deportivo estacionado en el mismo lugar. Ahora noté que la tapicería era azul. Se lo hice ver a Anne, quien asintió pensativa. Encontramos a Welch fuera de su oficina. Al vernos, cambió la expresión de su rostro.

—¿Qué vienen a hacer aquí? —preguntó haciendo énfasis en cada palabra y caminando hacia nosotras.

—Necesitamos hacerle nuevas preguntas —respondió Anne.

—¿Sobre qué? Ahora no tengo mucho tiempo —dijo en el mismo tono de antes.

Ya se encontraba detenido frente a ambas. Nos hallábamos de pie junto a la puerta de su despacho, donde nos atendió la primera vez.

—¿Conoce usted a una mujer llamada Candace Young? —pregunté.

—No me suena ese nombre —se limitó a responder, cauto.

—¿Qué estuvo haciendo ayer entre las doce y la una de la madrugada? —preguntó Anne.

—Estuve en casa.

—¿Alguien puede confirmarlo? —pregunté.

—No.

—¿Podemos ver la lista de los miembros de este lugar? —preguntó Anne por su parte.

—No sin una orden —respondió tajante.

—Entonces, vendremos con la orden y pondremos todo esto patas arriba si es lo que desea, con la consecuente mala publicidad para su negocio —concluyó Anne.

—Es allí donde se equivoca. Esto no es un negocio. Es un divertimento nuestro.

—¿De su esposa y suyo? —pregunté.

—Sí. De Mary Jane y mío —respondió y me lanzó una mirada de desprecio.

—Sea lo que sea, volveremos con una orden, señor Welch. Sabrá qué poco nos importan los bonitos apellidos en el Departamento de Homicidios de esta ciudad —afirmó Anne con un gesto parecido a una sonrisa.

—Deberían importarle, como a todos, aunque no lo reconozcan. De todas formas, no hay necesidad de ser groseros. Hemos enviado esa información que ahora está solicitando a su departamento hace días. De hecho, después de que ustedes me visitaron por primera vez.

—¿Cómo dice? —preguntó Anne.

—Tal como oye. La recibió una persona llamada Juliet Rice y fue dirigida al sargento Jaydan Cooper. Si ahora me disculpan, tengo mucho que hacer porque Mary está de viaje fuera del país y no sé cuándo volverá. Suerte con la orden.

Eso dijo y entró en su oficina, la de las libélulas azules, dejándonos a Anne y a mí de una sola pieza.

PARTE VI

CLIFFORD WELCH VIO a las detectives encender el auto e irse. Las miraba por la ventana de su despacho. Buscó el celular en el bolsillo de su pantalón hecho a la medida. Pulsó el código de desbloqueo y luego rastreó un nombre en la pantalla. Era alguien con quien había hablado hacía pocas horas.

Llamó. Aguardó el tono. Estaba nervioso pero también subyugado. La persona con la que quería hablar le producía esa sensación. Además, le brindaba la posibilidad de liberarse pronto del mayor de los yugos: Mary Jane.

No podría divorciarse de ella porque nadie abandonaba a una Bach y quedaba vivo para contarlo. Eso había dicho la misma Mary Jane un millón de veces en una especie de velada amenaza por si a él se le ocurría intentar dejarla.

«Mary disfruta viendo cómo me doblego ante ella porque es una sádica», eso le contó a la persona que ahora llamaba hacía unas semanas y esta le había brindado una solución radical:

—Te sacaré de allí. Es un despropósito que cargues con ese peso, con esa mujer idiota que no sería nadie sin ti. Ayúdame y yo te ayudaré. Esto funciona así. A mí también me están ayudando. Se trata de dar rienda suelta a los deseos, sin límites. Y los deseos más poderosos son los que nos llevan a querer destruir a quienes nos han hecho daño, y nos impiden brillar como nos merecemos tú y yo.

Eso le había dicho esa persona semanas atrás, y desde ese momento se convirtió en una imagen sagrada para Clifford porque

supo expresar en pocas palabras lo que él llevaba tiempo sintiendo.

—A mí también me pasa. Hay una mujer a la que odio más que a cualquier otra. Y me he dejado de hipocresías. Todos queremos matar, es parte de nuestra naturaleza, pero como especie hemos querido intentar torcer ese apetito. Ninguna otra especie hace eso ni se cuestiona si debe matar, y no solo para saciar el hambre, sino para mantener el dominio. ¿O crees que los felinos más fieros matan por hambre? No. Lo hacen para dominar. Para sentir que están en lo más alto de la jerarquía y asegurarse de que nadie podrá decirles qué hacer. Y eso, querido amigo, es lo que pienso hacer con mi vida. Que nadie esté por encima de mí y mucho menos una estúpida y blandengue tipa que ni siquiera sabe lo que desea de su propia vida.

Recordaba las palabras de esa persona con claridad. Nadie le había hablado antes así, logrando que descubriera y le pusiera nombre a lo que él también había sentido desde adolescente, a esa rabia intensa que no podía descifrar ni sacar de ninguna manera hacia afuera porque sería mal vista por su padre y su madre. Clifford prefirió odiar y besar, odiar y besar a las personas que despreciaba, a las chicas de la preparatoria cuando notaba que les agradaba. Era como si otro Clifford estuviese observando dentro de él al actor que estaba afuera conquistando chicas odiosas. Después llegó la mejor de todas: Mary Jane.

Era una Bach. Sus años de entrenamiento en los mejores gimnasios de Wichita, el que lo invitaran a los clubs exclusivos del norte de la ciudad y a los grupos de excursionistas y escaladores había sido una fortuna porque en ese mundo encontró a la que sería su esposa, una presa fácil. Nunca imaginó que llegara a ser tan cruel y que lo considerara menos que un animal doméstico.

El tono de la llamada se interrumpió mientras pensaba en que ahora todo era diferente. Atendieron.

—Han estado aquí. Las detectives —dijo Clifford.

La persona al otro lado de la línea rio. Soltó una carcajada sonora y larga.

—No te preocupes por eso. No tienen ni idea...

Anne conducía hacia el Departamento de Homicidios. Las ideas se agolpaban en su cabeza. Estuvo a punto de compartirlas con Alexis porque habían logrado una buena conexión en el zoo. Le parecía una chica brillante, diferente. Pensaba que podría ser una buena compañera de trabajo para ella. Un poco extraña, pero eso no le importaba. Aunque no podía revelarles lo que se le había metido en la cabeza porque era demasiado grave. Creía saber quién era el asesino serial, pero no tenía ni una sola prueba. Hasta que no se hiciera con ellas lo callaría, incluso delante de su compañera.

Cuanto más lo pensaba, más le cuadraba. La personalidad taimada y esa sensación que no sabía describir acerca de que, de alguna manera, ella era parte central de la historia.

¡No podía creerlo! ¿Por qué tanta perversidad? Inspiró profundo y sintió miedo.

—¿Te pasa algo, Anne? —preguntó Alexis.

«Tal vez está presintiendo mis pensamientos. Debo cuidarme de ella porque tiene esa capacidad de observación extraordinaria, y luego esas piezas sueltas que se ordenan en su cabeza cuando sueña...», eso pensó Anne.

—No, Alexis. Solo que lo que ha dicho Welch es muy extraño. ¿Por qué Juliet no nos dijo nada sobre la lista de nombres? A veces las cosas que están frente a tus ojos y no eres capaz de relacionarlas... —se limitó a decir. Después hizo silencio.

De repente, recordó algo.

—¡Dios mío! ¡Lo olvidé! La ceremonia de premiación es dentro de veinte minutos. Apenas podremos llegar.

LLEGAMOS AL DEPARTAMENTO DE HOMICIDIOS. Comprendía perfectamente a Anne. Yo también hubiese olvidado algo como eso en medio de la investigación. Pero sentía que había algo más que la preocupaba. Anne no me estaba diciendo todo. Luego de la ceremonia hablaría con ella.

Nos separamos en el estacionamiento del departamento. Ella se dirigió al edificio principal y yo al Departamento Forense. Mi compañera se encargaría, luego de la premiación, de hablar con Juliet y confirmar si era cierto que Welch había enviado el listado de miembros del club Blue Greatness.

Yo deseaba tocar el trozo de cuerda de aramida. Podía ser que me dijera algo, que pudiera ver alguna imagen. Valía la pena intentarlo. Busqué a Lilian. La hallé en su oficina, sentada y revisando papeles. Creo que me estaba esperando.

—Vamos —me dijo sin más y se levantó.

Nos dirigimos a la sala de evidencias. Allí buscó una caja de pruebas, la abrió y la puso sobre una de las mesas.

—Tócala —me pidió.

Me acerqué y puse la punta de mis dedos sobre el pequeño trozo de cuerda, que se notaba ennegrecido. Entonces la vi. Era Anne. Estaba sentada en una silla en primera fila. Parecía como si mis ojos estuviesen justo detrás de su cuello. Yo era alguien que la odiaba.

«La odio tanto o más que a Nathalie», esa frase apareció en mi cabeza. Solté el trozo de cuerda con terror. No quería sentir lo que

experimentaba un asesino, y eso era lo que acababa de pasar.

—¿Qué has visto? —me preguntó Lilian, asustada.

—Estuve en su cabeza. La odia a muerte.

—¿A Candace Young? Pensaba que te ponías del lado de las víctimas, no del criminal. Eso debe ser aún más aterrador.

—Lo es. El criminal también es un ser humano que ha sido colonizado por... Olvídalo. Tengo que buscar a Anne —dije.

Me despedí de Lilian. Ella se quedó repitiendo mis propias palabras:

—Es un ser humano...

CUANDO LLEGUÉ al salón de usos múltiples, en la segunda planta del edificio principal del departamento, estaban condecorando a Anne. La vi pararse y caminar hacia un discreto podio que habían colocado junto a los estandartes. Recibió una medalla de las manos del encargado de la municipalidad y junto a él se encontraba el jefe de Policía del estado, un hombre canoso de mirada esquiva que había visto antes en fotografías de la prensa.

Había algunos periodistas en el lugar. Supuse que no dejarían pasar la oportunidad para preguntar a Jaydan Cooper sobre los avances del caso del asesino serial, ahora que la prensa había descifrado las similitudes entre los casos y que las fotos de los cadáveres estaban en la Dark Web.

Continué dando una mirada rasante por la habitación desde donde me encontraba, de pie junto a la puerta trasera, y vi a Ender sentado en la segunda fila al lado de Jaydan Cooper y a Juliet Rice. Me preguntaba si mi visión, al tocar el trozo de cuerda, significaba que el asesino se encontraba en esa sala.

¿El asesino odiaba a Anne? ¿Es que mi compañera tenía razón desde el principio y todo tenía que ver con ella?

Noté que una mujer miraba a Anne de una manera extraña, con fijeza. Esta se encontraba en la última fila. En ese momento, volteó y me miró. No olvido una cara y sabía que la había visto antes en la pantalla de la computadora de Anne. Era Lindsay, la novia de Haynes. ¿Por qué estaría allí?

Comenzaron a aplaudir en ese momento y Anne retomó su puesto en la primera fila. Hubo *flashes*. De repente, Lindsay se levantó y gritó:

—Encierran a la gente inocente y son incapaces de dar con el asesino que atemoriza a la ciudad.

Se escucharon murmullos y dos uniformados se acercaron a ella. Anne les pidió que se detuvieran, y con una velocidad similar a aquella de la traqueotomía que le practicó a la niña el 4 de Julio, llegó hasta el podio de nuevo.

—Déjenla. No la saquen de aquí. Escuchemos lo que tenga que decir. Soy la jefa de la investigación y puedo responder todas las inquietudes que tengan. Las de ustedes, periodistas, y también las tuyas, Lindsay.

Ahora los murmullos se hicieron más fuertes. Jaydan no sabía qué hacer y, en cambio, Anne parecía saberlo muy bien. De seguro había considerado que, ante la irrupción de Lindsay, lo mejor era adelantarse y tomar una postura de claro encaramiento a la situación en lugar de ampararse en la fuerza policial para sacarla del edificio. Debió haber pensado que eso daría una peor imagen de la Policía, y tenía razón.

Lindsay no dijo nada más. Por sus propios pasos, se dirigió a la salida. Pero antes de pasar por mi lado, Anne volvió a tomar la palabra.

—Quiero que todos sepan que estamos muy cerca de dar con el asesino de Abril Smith, Dakota Davis, Patsy White y Candace Young. Seguimos una buena pista. Ha cometido errores y los hemos atajado en el aire.

Lindsay se había detenido al escuchar por segunda vez la voz de Anne, pero no volteó a mirarla. Solo la oyó y cerró los ojos. Luego continuó caminando y salió de la sala. Se tropezó conmigo al hacerlo y comprendí que esa mujer se movía por amor. Aunque hubiese sido torpe su intervención y algo inmadura, amaba a Gerard Haynes. Una imagen apareció en mi mente por dos segundos cuando tuvimos contacto: un parque, una manta azul y Lindsay junto con Gerard mirando a unos cachorros jugar cerca de ellos. Había paz en él, pude percibirla, y satisfacción en ella.

Los presentes comenzaron a aplaudir a Anne y me sacaron de mi ensimismamiento. Me fijé en Ender y vi que sonreía, y su rostro adquiría un tono sonrojado. Todos miraban a Anne, menos Juliet, que parecía preocupada.

Me di cuenta de que había un hombre aplaudiendo las palabras de Anne con mucha fuerza. Era alto y atlético. Tenía cara de niño y una sonrisa perfecta.

EL ACTO terminó y los periodistas rodearon al jefe. Anne se acercó a donde estaba el hombre, lo tomó de la mano y se dirigió a mi lado.

—Él es Harry. Mi exesposo y mejor amigo —me dijo.

—Hola. Tú debes ser la nueva compañera de Anne. La tienes impresionada. Me ha hablado mucho de ti —dijo él y me dio la mano.

La estreché y vi el mismo muro de cuando conocí a Anne. Pero esta vez cedió por completo y saltó por los aires. Detrás de él estaba Anne, sonriendo junto con dos niños. Los mismos que había visto el 4 de Julio, sus hijos. Puede que Anne no lo supiera, pero el matrimonio con Harry era algo que debía romper, un acto que la conduciría a una especie de liberación. Un muro que debía estallar.

—Anne, tengo que hablar contigo de inmediato —le escuché decir a Jaydan Cooper.

No se veía contento. La verdad es que la declaración de Anne sobre la inminente detención del asesino también me había asombrado, pero pensé que lo había hecho por una buena razón.

—Jay no parece estar feliz con lo que dijiste —comentó Harry en voz baja.

—Ya me hago cargo —respondió Anne y se fue a hablar con el jefe.

Harry se despidió de mí y salió de la sala. Ender se acercó y me dijo que no había novedades en relación con la cafetería Morgana, pero que estaba seguro de que era imposible que Gerard Haynes

hubiese colgado las fotos en internet porque en el momento en que aparecieron él había sido captado por la única cámara que funcionaba en un negocio vecino. Estaba en el área exterior fumando sin ser visto por el gerente, ya que no se lo tenía permitido.

En unos minutos, todos salieron del lugar. Me quedé sola y me senté en la silla que había ocupado Anne. Entonces, volví a sentir un odio profundo y oscuro sobre ella. Alguien que estuvo presente o relacionado con uno de los presentes odiaba con locura a Anne Ashton. Igual que a una mujer llamada Nathalie.

¿Qué era lo que había ido a decir esa mujer y por qué se arrepintió? ¿Qué había visto? ¿O a quién? ¿Era el asesino serial el mismo hombre que odiaba a Anne o estaba confundiendo las cosas?

Me dije que no era momento para dudar de mí misma. Al tocar el trozo de cuerda había visto a Anne, así que tenía que tratarse de la misma persona.

Sentí un frío de muerte que me caló hasta los huesos. Sobre todo en la cabeza. Como si de pronto mi pelo se hubiese sumergido en un lago helado y ahora lo estuviesen haciendo mis sienes. Así somaticé el miedo que sentía por Anne. No podría volver a soportar que la oscuridad se llevara a alguien cercano a mí. Tenía que protegerla y no fallarle, como sucedió con Devin.

DESPUÉS DEL ACTO DE RECONOCIMIENTO, me fui a mi escritorio y esperé a que Anne apareciera.

Hubo un momento en el que Juliet pasó por mi lado y la abordé. Le pregunté qué había dicho la mujer llamada Nathalie cuando visitó el departamento. Me respondió que solo había llegado a decir su nombre, ni siquiera su apellido, y que después de informar que tenía algo que decir sobre el asesino serial, de repente, se dio media vuelta y se fue. «Solo un falso testigo más», llegó a decirme. Le agradecí a Juliet la información. La noté algo desenfocada. De hecho, me di cuenta de que primero tocó su bolsillo izquierdo, buscando los lentes que luego recordó llevaba sobre su cabeza.

Continué aguardando a Anne y mirando una y otra vez los expedientes de las víctimas. Al cabo de media hora o cuarenta minutos, apareció.

—¿Qué tal ha ido? —le pregunté.

—Bien.

—¿Es cierto que Clifford Welch ha enviado la información?

—Sí. Ya los chicos están evaluando la posible conexión entre las víctimas y ese lugar. Ahora debo irme a casa. Mi hijo menor ha enfermado —dijo al tiempo en que sacaba su bolso de mano del escritorio que ocupaba y que se hallaba junto al mío.

—Lo lamento —le dije.

Quería alertarla porque tenía la impresión de que estaba en peligro, pero no encontré la manera de hacerlo.

—¿Puedo ayudarte en algo? Si quieres, trabajamos en tu casa.

—No debe ser nada grave. Estaré de vuelta en un par de horas. De no ser así, te llamo para que nos reunamos en casa. Es una buena idea. Gracias, Alex.

Tenía que dejarla ir, pero no me sentía tranquila. Quería prevenirla de alguna manera. Me levanté y me acerqué a ella todo lo que pude. No deseaba que nadie más me escuchara.

—He tocado el trozo de cuerda que encontró Lilian en la escena donde el asesino dejó a Candace Young. Algunas veces no solo tengo sueños. También veo imágenes cuando estoy despierta. Creo que estás en peligro, Anne. Hay cosas que no puedo explicar, pero no significa que no existan. Es todo lo que puedo decirte.

Su respuesta me desconcertó:

—Eso es lo que se llama fe. Soy una persona creyente, Alex. No debes convencerme de la importancia de las cosas que no se pueden explicar.

—Sí. Puedes llamarlo fe —acepté.

—No imagino la vida sin creer en algo que no se ve o no se comprende del todo —completó.

Debía ser consolador pensar como Anne. No solo para ella, sino para las personas como yo, que vemos y percibimos cosas incomprensibles, inquietantes. Podemos encontrar buena compañía en la gente como Anne, que cree sin necesitar explicaciones. Deseé con mucha fuerza poder permanecer a su lado como investigadora durante varios años de mi carrera.

—No me pasará nada. Luego me cuentas qué viste al tocar la cuerda.

Después de decir eso, me tomó del brazo y apretó un poco. Sonrió y se fue. Me dije que podía estar impactada por el odio que había experimentado hacia Anne y que, estaba segura, era el sentimiento que movía al asesino, pero que tal vez estaba exagerando el riesgo actual de mi compañera. En poco tiempo volverá e intentaremos avanzar en el caso, me dije.

Planifiqué emplear esas dos horas en las que se ausentaría Anne en el análisis de los mapas de Wichita. Pediría ayuda a Ender. Quería dar con esa instalación de mi sueño, pero era difícil hacerlo porque

solo contaba con una imagen. Mi cabeza se llenó de mapas, vías y fábricas abandonadas en los minutos siguientes, pero nada me recordaba lo que había visto en el sueño.

Pasaron cuatro horas y Anne no aparecía. La llamé, pero saltó la contestadora. Salí al estacionamiento para estirar un poco las piernas. En el fondo, estaba preocupada. Había algo inquietante que Anne me dijo por teléfono la noche anterior, cuando noté que había tomado más *gin* de la cuenta. Me repetía una y otra vez esa conversación, pero no lograba dar con ello.

A medida que pasaban los minutos, me alarmaba más porque Anne no se presentaba. Tal vez no fuese nada, me repetía. Continué llamándola, pero no respondía. Entonces, llamé a su casa y Harry atendió el teléfono. Me dijo que sus hijos se encontraban en perfecto estado, que los acababa de llevar de vuelta a casa porque Anne lo había llamado hacía unas horas para decirle que no podría recogerlos en la escuela.

—¿Ninguno de ellos está enfermo? —insistí.

—No. ¿Por qué? —preguntó.

—No te preocupes. Debí entender mal —alcancé a decirle.

¿Dónde se había metido Anne y por qué me había mentado?

VOLVÍ AL INTERIOR del departamento y corrí a buscar a Ender. Lo encontré en la sala del café, donde días antes me había hablado de las cafeterías de la zona y también llegó a la conclusión de que yo me parecía a él porque nunca encajaría del todo en ese lugar. Lo vi revolviendo con una cuchara el líquido humeante de la taza. Estaba de espaldas.

—¿Sabes a dónde ha ido Anne? ¿Te ha dicho algo? —le pregunté acercándome a él.

Se volteó y se quedó mirándome extrañado. Me pareció más viejo sin la gorra de béisbol en la cabeza.

—Su hijo está enfermo. La llamé a los minutos de verla salir para confirmar que Gerard no podía ser quien había entrado en la Dark Web a colgar las fotos y tampoco su novia. Me había pedido que investigara a Lindsay también. Quiso que me encargara de comunicarme con los chicos que vigilan a Gerard para comprobar las coartadas de él y su novia cuando se cometió el asesinato de Candace Young. Y tienen una buena. Estaban con dos parejas más, unos vecinos del edificio donde viven, en casa de uno de ellos.

—¿Y ella dónde estaba cuando hablaron? Me refiero a Anne.

—Me dijo que de vuelta a su casa porque uno de los chicos estaba enfermo.

—¿Has dejado de vigilarla con las cámaras? —le pregunté.

En ese momento, casi deseé que me dijera que no.

—Claro. Eso acordé con Anne y le prometí que nunca más lo haría.

—Ender, Anne nos ha mentado. Ninguno de sus hijos está enfermo. Nos engañó deliberadamente a los dos y no sé la razón. ¿Se te ocurre alguna?

—No. Espera... sabes que desde mi oficina se ve el área del estacionamiento donde Anne aparca. Antes de subir al auto, la vi hablando con Lilian. Tal vez ella sepa algo.

Ender no había terminado la frase cuando salí con pasos ligeros en busca de la forense. La hallé en la sala de autopsias. Ahora escuchaba una ópera desconocida para mí.

—Lilian, ¿qué hablaste con Anne hace unas horas en el estacionamiento? —le pregunté casi sin aliento.

Me miró extrañada.

—¿Pasa algo?

—Dime qué te dijo, por favor.

—Me preguntó por una reunión que hubo en casa cuando cumplí cincuenta años. Fue una gran fiesta porque mi marido lo planificó todo. Es espléndido cuando quiere.

—¿Por qué Anne se interesó por esa reunión?

—No lo sé.

—¿Qué quería saber exactamente?

—Algo sobre los chicos, mis hijos, y el club Blue Greatness. ¿Recuerdas que les dije que yo conocía ese lugar y que sabía que tenían los mejores aviones para los lanzamientos?

—Sí. Lo hiciste cuando estábamos en el descampado.

—Creo que algo de lo que expresé entonces le interesó a Anne.

—¿Quiénes estuvieron en tu cumpleaños?

—Todo el mundo. Mi esposo, mis hijos y casi cien personas más. Todos los del departamento, o casi todos. Y amigos de mi familia y del trabajo de mi esposo. No lo sé. Fue una locura. Pero ¿qué está pasando...?

La voz de Lilian comenzó a fundirse con la de la soprano que salía de los altavoces Bose. Todo empezó a encajar en mi cabeza; el conjunto de las piezas, el odio, el resentimiento, la envidia, por qué aquella mujer, Nathalie, había corrido como si huyera del

departamento o por qué me sentía asfixiada en el edificio principal del departamento.

BUSQUÉ mi auto y comencé a recorrer las vías que había memorizado mirando los mapas. Las que formaban parte del proyecto de reurbanización de las zonas industriales. Todas confluían en el centro de la ciudad, muy cerca del Departamento de Homicidios.

Hubo un momento en el que tomé el camino que conducía a las viejas instalaciones de las industrias Bach, próxima a donde el asesino dejó el cuerpo de Abril Smith.

Una de las cosas que descubrí al mirar los mapas era que había una antigua carretera que conectaba con el lugar donde el vehículo de Patsy White quedó varado. Era una vía que estaba en desuso. Intenté tomarla, pero estaba obstruida y no se permitía el paso. Entonces, di la vuelta y llegué hasta la vía principal, la misma que tomó Patsy. Me estacioné en la gasolinera que el asesino mencionó. Allí me detuve a pensar. No podía avisar al departamento lo que estaba haciendo. No todavía.

—¡Dios! ¡Si al menos supiera a dónde ir...! —dije en voz alta y golpeé el volante.

Anne se me había adelantado. Concluyó lo mismo que yo y debió habérmelo dicho. Le hubiese creído por insólitas que fueran sus sospechas. Ahora no tenía dudas de que estaba en peligro.

—Va a asesinar a Anne. ¡Lo sé! —grité.

En ese momento, la vi. A una licaón muy parecida a Dora. Me miraba y comenzaba a caminar hacia el bosque que estaba junto a la vía y a la estación de gasolina.

Me bajé del auto y fui detrás del animal. Ella continuaba caminando despacio. Quería que la siguiera. No sabía hacia dónde me estaba conduciendo. Crucé por entre unos árboles y varias ramas caídas, y comencé a escuchar un paso de agua.

De repente, me vi cerca de una casa destartalada. Junto a ella se había detenido la licaón, pero luego corrió hasta perderse. Llegué a la vivienda y encontré a un chico junto con su madre en el patio trasero.

—Hola. Me preguntaba si cerca de aquí hay alguna fábrica en desuso. Soy la detective Carter, del Departamento de Homicidios, y he estacionado mi auto en la gasolinera cercana.

—En esa gasolinera hay una vía no pavimentada que comienza detrás del edificio y que no puede verse desde la principal. Si usted continúa por ella algún trecho, va a encontrar una antigua granja en medio de un campo yermo. Está abandonada desde hace muchos años, antes de que yo llegara a este lugar, cuando comenzaron a abrirse carreteras y se construyó el club. Es lo único que hay por aquí abandonado.

—¿Usted la conoce?

—Yo sí —respondió el chico.

—¿Te gusta ir allí? —le pregunté al pequeño.

Asintió con la cabeza.

—¿Te agrada mirar el tanque del techo?

—Sí. Parece una nave espacial.

—Eliot tiene mucha imaginación —dijo la mujer con una entonación que dejaba claro que para ella eso era algo malo. El chico me miró, avergonzado.

—Me has ayudado mucho, Eliot. Has sido muy útil al Departamento de Policía de Wichita —alcancé a gritarle mientras me alejaba corriendo.

CORRÍ HASTA EL AUTO. Me subí a él y busqué la vía que la mujer me había mencionado. No recordaba haberla visto en los mapas. Era cierto que existía. Conduje, intentando no hacerlo a mucha velocidad. No quería llamar la atención porque no sabía si estaba siendo observada.

Mis manos comenzaron a sudar. Recordé a Dora y me pregunté si en realidad había estado allí o se trató de una visión, una imaginación mía. Miraba a todos lados, pero no veía ningún edificio abandonado. Al cabo de varios minutos, apareció, tal como dijo la mujer. Se trataba de una edificación rectangular de unos cuatrocientos metros cuadrados, de una sola planta. Pude ver varias ventanas y al menos tres puertas. Junto a la construcción estaba el auto de Anne y el auto deportivo que ya conocía.

Apagué el motor. Pedí refuerzos. Me bajé del vehículo y me oculté tras unas plantas secas que encontré cerca de él. No lograba ver nada. Tendría que aproximarme para comprender qué estaba sucediendo allí adentro. Sin embargo, desde el interior de la casa podrían estarme observando y sería un blanco fácil si alguien deseaba dispararme.

Decidí no esperar y acercarme. Cuando estuve junto a la edificación, me asomé a través del cristal polvoriento de una de las ventanas. No logré ver nada. Llegué hasta una puerta y empujé. Crujió y cedió. Entré, empuñando el arma. Ahora mis manos estaban secas pero heladas.

Caminé. El lugar estaba vacío. Se trataba solo de paredes, piso de madera, techo, ventanas y puertas. Debía tener muchos años sin uso. Recordé a Anne cuando me habló de la contaminación de los suelos en Wichita. También a Ender contándome sobre los pasadizos de la cafetería Morgana. Entonces lo supe. Debajo de mis pies...

Continué caminando y mirando hacia abajo, pendiente de cualquier mínimo indicio de que hubiese alguna puerta en el piso que condujera a un sótano, pero no encontraba nada en la superficie que me hablara de una puerta de acceso a una cámara subterránea. Me dije que tenía que estar en alguna parte.

El recuerdo de mi abuela llegó para auxiliarme. Cuando perdía algo, se acostaba en decúbito lateral sobre el suelo y observaba. Decía que así aparecían los objetos, hasta los más insignificantes, que todo era cuestión de posición y de perspectiva.

«Eso haré, abuela», dije para mí misma. Me acosté, confiando en que si había una escotilla, tendría que mostrar algún tipo de protuberancia, un dispositivo para levantarla.

Y allí estaba. Se trataba de una pequeña arandela de hierro que estaba a pocos metros de mis ojos.

ME LEVANTÉ de un salto y corrí hacia ella. La agarré con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda, me tomé un segundo para concentrarme en lo que estaba a punto de hacer y tiré fuerte. La puerta se levantó y quedó totalmente abierta. Me asomé con la Glock en las manos, apuntando. No escuchaba ningún ruido. Había una escalera de madera y sin pasamanos.

El lugar estaba en penumbra, pero al final, a unos cuantos metros de mí, pude ver cierto reflejo tras la silueta de unos objetos que parecían mesas y cajas. Había unas personas allí tras ellos. Bajé con cuidado de no hacer ningún ruido y volví a cerrar la escotilla. Logré llegar al último peldaño de la escalera y luego toqué el suelo. Me dirigí a la pared más próxima. Quería desplazarme junto a ella para reducir las posibilidades de ser vista.

Continué avanzando, cada vez más cerca de la luz, y comencé a distinguir mejor a quienes allí se encontraban. Se trataba de Anne, de Jaydan Cooper y de Clifford Welch. Este último estaba de pie, apuntando al jefe Jaydan, quien yacía maniatado y tumbado en el suelo. A su vez, Anne estaba apuntando a Welch a escasos metros de él.

Ella se encontraba de espaldas y no podía verme, tampoco Clifford. El único que tal vez me había visto era el jefe Jay.

—Anne, dispárale —le ordenaba él—. Olvídate de mí por un momento. Si bajas el arma, nos matará a los dos. Tienes que decidirte ya y cumplir con tu deber.

Anne solo se mantenía apuntando a Welch. Este tampoco bajaba el arma. Pude ver que su brazo temblaba. Eso no era bueno. Estaba muy nervioso y podría disparar el arma aunque no lo quisiera.

—Vuelvo a decirte, Clifford Welch, que sueltes eso y te des la vuelta. Ya no tienes escapatoria. Te prometo que vamos a escuchar todo lo que tengas que decirnos y tus derechos no serán vulnerados, pero deja de hacer tonterías, que solo van a perjudicarte —dijo Anne.

Welch se volteó hacia mí. Anne gritó:

—¡Suelta el arma!

Me separé de la pared, di varios pasos apuntando a Welch. Él disparó dos veces. Jaydan gritó. Vi caer a mi compañera al tiempo en que yo también disparaba.

HERÍ A WELCH. Él también cayó hacia un lado. Me acerqué corriendo y, al ver que estaba inconsciente y neutralizado por el momento, fui con Anne. Ella también había perdido el conocimiento. Mostraba una herida en el hombro derecho, pero supe de inmediato que no era de gravedad. La bala solo la había rozado. Anne llevaba chaleco antibalas y tal vez el segundo disparo impactó en él. Podría esperar a la atención médica.

Corrí a donde había caído el arma de Welch y la pateé lejos por si recobraba pronto el sentido. Luego fui con el jefe Jaydan y puse mi arma a un lado. Sus manos estaban atadas hacia adelante, reposaban sobre sus piernas. Por un momento dudé en ayudarlo, pero al ver a Welch y Anne herida comencé a quitar las amarras.

—Ha sido él y todavía no puedo creerlo. Yo lo conocía desde hacía algún tiempo. Intentó usar eso para tapar su crimen, que me conocía. El listado que envió al departamento no debía estar completo. Alguna vez pertenecimos a un club de alpinismo, hace años, en la escuela. Era un patán en ese entonces, pero después cambió. O al menos, eso creí yo. En realidad, odiaba a las mujeres que se acercaban a su negocio, supongo. Todo lo que significara valor femenino. Todavía no puedo creer que alguien como él sea un asesino serial. ¿Está muerto?

—No. Disparé a su brazo. Solo está desmayado —respondí.

Continuaba intentando desatar al jefe Jaydan. El amarre era fuerte.

—Me dijo que viniera aquí solo. Me confesó sus crímenes. Pretendía que lo amparara con la promesa de que no volvería a hacerlo. No sé cómo se le ocurrió que lo apoyaría. No estaba pensando bien. Después me atacó al comprender que no sería un aliado para él. Por alguna razón, Anne apareció justo en el momento en el que iba a dispararme. Creo que me estaba siguiendo. Debí haberse oído algo extraño en Welch cuando fueron a visitarlo.

El jefe no paraba de hablar y explicarse. Yo continuaba intentando desamarrarlo.

—Espere un poco más. Es una cuerda resistente y el nudo está bien hecho —expliqué.

—Está bien —respondió impaciente e hizo silencio unos segundos.

Escuché un movimiento y un quejido. Luego silencio. Era Anne.

—Ya viene la ayuda, Anne. Todo está bien —grité sin voltearme. Quería que mi compañera se tranquilizara.

—No te preocupes. Estoy mirando a Welch y sigue inconsciente. Es solo que Anne se ha despertado. ¿Cómo está ella? —preguntó Jaydan.

—Va a ponerse bien. Creo que se desmayó más por la conmoción. Solo una bala le hizo daño y fue en el hombro.

—¿Has pedido refuerzos? ¿Cómo has encontrado este lugar?

—Sí. Los refuerzos están en camino. Ya deben estar a minutos de llegar, pero hay que solicitar la unidad médica —respondí.

—Alex... —dijo Anne lanzando un grito desde donde había caído.

—Anda con ella. Yo puedo esperar —dijo el jefe.

Comencé a darme la vuelta. Lo que sucedió después pasó en una fracción de segundo. Unas manos bordearon mi garganta y apretaron con una fuerza bestial. Me fui quedando sin aire mientras veía los hermosos ojos de Jaydan Cooper clavados sobre mí. Pero ahora pude descubrirlos sin disfraz. Su mirada era de odio puro.

De repente, su rostro se desdibujó y todo quedó en la más horrenda y silenciosa oscuridad para mí.

CUANDO DESPERTÉ, me encontraba junto a Anne. Las dos estábamos atadas, en el suelo, junto a una de las paredes de ese lugar, y ellos dos, Jaydan y Clifford, estaban frente a nosotras sentados en unas sillas.

Clifford llevaba la camisa puesta a manera de venda sobre la herida que le hice en el brazo. Había una luz tenue que provenía de una lámpara de combustible que colgaba de alguna parte a pocos metros de ellos.

Anne estaba consciente pero débil.

—Ya han venido los chicos. Tu «refuerzo» acaba de irse cabizbajo... —dijo el sargento Jaydan Cooper con voz de sorna.

Después sonrió.

—Han revisado el piso de arriba. —Señaló con el dedo índice e hizo una mueca con los labios—. Y no han encontrado nada. Verás, Alexis, estas edificaciones antiguas contaban con este tipo de cámaras para esconder asuntillos ilegales con sustancias químicas o bebidas alcohólicas. También dicen que hacían orgías subterráneas en algo parecido a unas discotecas clandestinas. La gente de avanzada se atrevía a hacer las cosas aquí abajo, las mismas que no tenían el coraje de hacer arriba los demás, aunque las desearan. Estaremos todos los presentes de acuerdo en que los lados oscuros son siempre los más interesantes.

Se calló por un momento. Movié la cabeza hacia arriba y hacia abajo, varias veces, como haciendo ejercicios con el cuello para

quitarse la tensión en los músculos. Después continuó hablando.

—Todavía no sé cómo hiciste para llegar aquí. De todas formas, los nuestros no son tan estelares en las búsquedas como la querida Anne y ahora su extraña compañera. ¿O es que creías que no sabría nada de ti? —completó, mirándome.

Welch tenía mi arma en sus manos y en ese momento me apuntó a la cabeza.

—Espera, Clifford. No tan rápido. Este es un momento sublime y no hay que apurarlo. Lo que pasa es que nunca has podido domesticar tus apetitos.

Después de decir eso, se levantó de la silla y caminó hacia la escalera, allí tomó su celular y lo estuvo manipulando. Anne aprovechó para hablarme.

—Ha sido él, Alex, lo supe por las tijeras, que eran más grandes de lo normal y por eso estaban fuera del estuche de aseo en su guantera. También por la alfombrilla azul de su auto. Cuando fui con él a Morgana y me quedé ahí... Después hablamos de mi trabajo y me dijo que era lógico que me quedara en casa cuidando a los chicos, siendo mujer. Es algo trillado que muchos hombres de mente atrasada piensan, pero no sé por qué ese comentario me abrió los ojos. Es un maldito asesino que siempre ha estado cerca de mí... — me dijo en voz cada vez más baja.

Parecía que necesitaba explicarme cómo había llegado a sospechar de Jaydan y también por qué no me lo dijo cuando debió, antes de seguirlo.

—Lo sé, Anne, pero no hables, guarda las energías —le dije, intentando calmarla.

—Lo seguí hasta aquí. Inventé la enfermedad de mi hijo. Tenía que comprobarlo por mí misma antes de alertar a nadie en el departamento. Pero él debió saberlo, que lo estaba siguiendo, y montó esta obra de teatro con Clifford. Pretendía hacerme creer que Welch era el asesino, o no lo sé... Es cierto que dudé porque no quería que fuese culpable, es un policía y un amigo. Es demasiado.

—Nadie fue capaz de verlo, Anne. Yo tardé más que tú. Y también quise creer que no era él hasta el final.

Jaydan volvió hasta el lugar donde estaba antes, sentado junto a Clifford, que se mostraba inmóvil.

—Debí saberlo antes, su hipocresía escondida detrás de esa simpatía que a todos cautiva. ¡Era el perfil, Alex, delante de nuestros ojos...! —continuó diciendo Anne, pero esta vez elevó la voz. Tanto que él nos escuchó.

—¡Eres increíble, Anne! A punto de morir y todavía tan «profesional». Lo ves, Clifford, por eso algunos piensan que el futuro está en las mujeres —dijo Jaydan.

Clifford se mantenía en silencio, apuntando.

—Y las cosas no han sido del todo como has dicho, Anne. Me pareció oír que afirmabas que monté un teatro con mi amigo, pero no fue así. Digamos que él sufrió una crisis después de que ustedes estuvieron por segunda vez en su oficina. Fue por el asunto de la cuerda y Lilian. Es bueno saber que seguiré contando con una patóloga tan capaz para los próximos casos de asesinatos. El tema es que mi amigo se sintió perdido y realmente me citó aquí para que discutiéramos los próximos pasos, y fue verdad que de repente perdió la perspectiva y me ató. No me hubiese llegado a hacer daño, estoy seguro, aunque el hecho de que me apuntara llegó a preocuparme. Fue cuando apareciste, Anne. Ahora las aguas han vuelto a su cauce. Eso hubiese dicho mi padre. Y ya hemos arreglado las diferencias entre nosotros.

—¿Qué te ofrecieron? —interrumpí.

Me miró sorprendido, no sé si porque me había atrevido a cortar su discurso o porque conocía que no estaba en esto solo, que había alguien detrás. Después que salió de su sorpresa, me respondió.

—Me han ofrecido todo.

—¿Quiénes son ellos?

—Están en todos lados, buscando a los elegidos. Y yo no solo soy uno más. Soy el mejor de todos, y creo que ahora lo saben.

—¿DE qué estás hablando, Alex? —preguntó Anne.

—No va a explicártelo, querida. No deberías confiar en ella como lo haces. Las mujeres son muy dadas a confiar entre ustedes y no comprenden que eso es un estúpido error.

—¿Y ahora qué harás? —pregunté interrumpiéndolo otra vez.

—Las mataremos —dijo sin más.

—No te estoy hablando a ti, sargento Cooper, sino a Clifford.

El aludido se movió en la silla. Hasta ese momento, había permanecido en silencio e inmóvil.

—Dime, Clifford, ¿tú sabes lo que el sargento hará? —insistí.

—¿Por qué me llamas «sargento»? —gritó Jaydan.

Eso era lo que quería, sacarlo de sus cabales. Adiviné que ese era uno de sus complejos de inferioridad, que Anne era teniente y él, sargento. Continué ignorándolo.

—Yo sé lo que el sargento hará contigo. Serás carne de cañón. Nos asesinará a los tres y se llevará las glorias de haber resuelto el caso, y tú pasarás a la historia como el asesino de las bragas, cuando solo le serviste de instrumento. Tú hacías el trabajo duro: seleccionabas a las chicas y se las ponías en bandeja porque las conocías antes por tu club. Pero jamás has sido su compañero. Lo que te ha ofrecido es mentira. ¿Qué fue? ¿Liberarte de Mary Jane? No debiste creerlo porque ni él ni sus amigos son confiables.

—¡Cállate, estúpida! —gritó Jaydan.

—¿Por qué voy a callarme? Crees que mueves los hilos, pero no es cierto. Eres una marioneta de tus amigos —respondí.

—¿Yo soy una marioneta? ¿Yo? —gritó y luego intentó emitir una carcajada.

Entonces, se levantó de un salto y lanzó la silla a varios metros de distancia. Esta fue a chocar con la pared y luego cayó de lado. Había logrado provocarlo, puede que más de lo necesario. Caminó a grandes pasos hacia mí. Anne lanzó un gemido y luego una exclamación:

—¡Dios!

Él se me acercó y se detuvo frente a mí. No miré hacia arriba. Delante de mi cabeza se encontraban sus fuertes piernas dentro de un pantalón oscuro ajustado. No dijo nada. Luego se puso en cuclillas, descendió y orientó su cabeza hasta poner la cara justo frente a la mía, casi rozándola.

Todos sus movimientos eran calculados. Parecía un reptil a punto de atacar. Esa belleza cautivadora que había reconocido antes en Jaydan Cooper continuaba allí, pero ahora estaba contaminada por la maldad pura. Sentí su aliento de monstruo y una mirada de hiel.

—No eres nada —le dije mirándolo a los ojos.

Sonrió y mostró su dentadura perfecta, puede que demasiado blanca. Levantó la cabeza un poco hacia arriba y la movió como diciendo «no debiste». Levantó el brazo derecho y me golpeó en la cara con el puño. Sentí dolor en la nariz y en el pómulo izquierdo. Debió usar un anillo porque comencé a sangrar bajo el ojo. Sentía la humedad correr por mi cara.

—Alex, cállate —dijo Anne.

—No eres nadie y Nathalie lo sabía... —insistí.

Sabía que iba a morir, pero esa era mi venganza. Decirle a la cara al embajador temporal de la oscuridad que nunca brillaría como Devin, como Anne, como yo misma. Cuánta razón tenía Lilian de pensar en un patético Yago al ver los cadáveres de sus víctimas. Era un hombre repugnante.

Me tomó por el cuello con las dos manos y comenzó a asfixiarme. Me convertí en Abril, Dakota, Patsy y Candace por un momento y vi lo que ellas vieron.

—¿Cómo sabes lo de Nathalie? ¿Cómo? —me preguntaba mientras apretaba más y más.

LUEGO ME SOLTÓ. Tosí. La garganta me ardía. Intentaba recuperar el aire. Caminó de vuelta junto a donde estaba Clifford Welch sentado y se detuvo junto a él, de frente hacia nosotras.

—Esa chica Nathalie tuvo el atrevimiento de dirigirse al departamento. Seguro buscaba a la encargada del caso, a la superpolicía Anne Ashton. La conocía desde la infancia y luego la volví a ver viviendo en mi barrio. Creo que algo le dije, algo como que a algunas mujeres habría que violarlas y meterles las bragas en la boca para que se callaran en la eternidad, ya que ese sería un verdadero infierno para ellas, el no poder decir sus bobadas. En ese grupo incluía a su madre, que era una arpía, y Nathalie lo sabía. Pero la muy idiota se indignó y me dijo que nunca volviera a decir algo así sobre su madre.

Hizo silencio. Se volteó. Ahora quedó de espaldas a nosotras y de frente al área donde estaba la escalera, que era el único lugar de acceso al sótano. Me seguía pareciendo un reptil de piel oscura. Estaba vestido completamente de negro con ropa entallada que se ajustaba y dejaba ver su cuidada figura. En ese momento, su belleza era tan amenazante que se transformaba en fealdad.

—Imagino su miedo cuando se dio cuenta de que era yo el jefe del Departamento de Homicidios. Juliet debió decirle mi nombre —continuó.

—¿Por qué los cortes en las bragas y la limpieza de los cuerpos?
—le pregunté.

Se dio la vuelta.

—Eso no lo revelaré —me respondió.

—Ha llegado la hora, Cliff. Mátalas ya —dijo y le dio una palmada en el hombro a Clifford Welch.

Pareció olvidar que ese hombre estaba herido y que justo ese era el brazo que había recibido la bala.

—Sí, marioneta Welch. Mátanos para que luego él pueda matarte a ti —le grité a Clifford.

—Es inútil que intentes dividirnos. Él sabe su lugar y también el mío. Algunas personas no tienen problema en que alguien superior mueva los hilos, y te aseguro que los míos no los mueve otra persona. ¿No eres psicóloga? Deberías saberlo, lo de la seguridad y la libertad. Casi nadie soporta la libertad y todos buscan la seguridad. La de Welch soy yo. Ha sabido ver mi capacidad justo porque él no la tiene. ¡Soy yo quien mueve los hilos de esta ciudad y quien determina quién vive y quién muere! —exclamó Jaydan Cooper con un grito que retumbó entre esas paredes.

Su discurso era surrealismo puro, un delirio al extremo. Eso era lo que yo buscaba, que su ansia de poder quedara así expuesta para que se volviera en su contra. Miré a Clifford. Pude sentir que su ira contenida se desbordaba.

CLIFFORD SE LEVANTÓ y caminó hacia nosotras. Apuntó a la cabeza de Anne. Ella comenzó a rezar. Solo alcanzó a decir dos palabras de su oración. Clifford se dio la vuelta y disparó a la cabeza del sargento Cooper. Lo mató en el acto.

—No soy una marioneta de nadie, payaso engreído —dijo y miró el cuerpo sin vida del jefe del Departamento de Homicidios de Wichita, el mismo asesino serial que había hecho un pacto con la oscuridad.

Jaydan no calculó que su aliado podría haber cultivado por él un odio aún más grande. Escuchamos ruidos. Una voz de alto. Clifford soltó el arma y se tumbó de rodillas en el suelo. Cuatro hombres uniformados y una mujer descendieron por las escaleras, se acercaron empuñando sus armas. Uno de ellos esposó a Clifford Welch y otro comprobó que el jefe Jay estaba muerto. Dos se acercaron a donde Anne y yo nos encontrábamos atadas.

—Necesita atención. Tiene una herida de bala en el hombro —informé.

En ese momento pensé que una de las debilidades de Jaydan era que siempre menospreciaba a los demás. Así como yo pude encontrar la puerta de ingreso al sótano, los chicos también pudieron hacerlo. Después de todo, yo había hecho la llamada y revelado la ubicación. Tardaron, pero lograron dar con nosotras. Alguien debió decidir volver al lugar y comprobar mejor porque, tal

como había dicho el propio Jaydan, esos lugares contaban con sótanos.

Los policías nos quitaron las amarras y nos ayudaron a levantarnos. Luego buscaron dos sillas y nos pidieron que nos sentáramos unos segundos mientras evaluaban nuestras heridas.

Obedecimos. Yo tenía sangre en la cara y una pequeña herida en el pómulos. Anne había perdido más sangre por la herida en su hombro y estaba adolorida. Uno de los uniformados sacó un pañuelo e hizo una venda improvisada para cubrir la herida de Anne.

Nos pidieron que nos quedáramos allí unos minutos hasta que llegara la ambulancia. Era mejor esperar la atención médica para que evaluara el brazo de mi compañera y vendara mejor la herida antes de que tuviese que moverse más.

Se llevaron a Clifford Welch al exterior. Me quedé sentada junto a Anne, acompañándola. La mujer policía y otro de los uniformados aguardaron junto a la escalera. El cadáver de Jaydan Cooper yacía en el suelo. Ahora esa habitación debía ser objeto de análisis forense y Lilian Peterson no tardaría en llegar. Pude imaginar su asombro y el de todo el Departamento de Homicidios cuando conocieran los hechos.

—Gracias. Me has salvado la vida. Te prometo que jamás volveré a guardarme nada para mí mientras seas mi compañera —me dijo Anne, visiblemente conmovida.

—Tal vez ahora seas la jefa, Anne, y no mi compañera —respondí.

—¡No quiero eso! Ni en un millón de años... Soy policía, no burócrata. Los policías estamos en las calles para intentar hacerlas más seguras. Aunque Jaydan también era policía... ¡Dios! Sabía que era él, y cuando lo supe, debí habértelo dicho.

—Yo que suelo percibir cosas, no lo hice con Jaydan. «Al mejor cazador se le va la liebre», decía mi abuela. Tal vez entre las dos hagamos «un» buen cazador, en el futuro —le respondí con una sonrisa.

—Un «dos en uno». Es una buena idea —dijo y también sonrió. Escuchamos pasos arriba.

—Alguna vez hasta pensé que él quería tener algo sexual conmigo. Se me acercó un poco cuando Harry ya se había ido de casa. Pero yo no quise continuar adelante a pesar de su magnetismo. ¡Es increíble que Jaydan fuera el asesino! Creo que lo voy a asimilar, pero será dentro de varios días.

—Lo es porque además te odiaba con toda su alma y logró engañarnos a todos.

—¿Dices que me odiaba a mí? —preguntó Anne y sus ojos se abrieron un poco más. También hizo una expresión de dolor porque movió el brazo sin quererlo.

—Sí. Fue lo que vi al tocar la cuerda. Pero ahora no pienses en eso. Después hablaremos.

Bajaron paramédicos. Uno de ellos llevaba un maletín en las manos. Atendieron a Anne y también se ocuparon de mi herida en el rostro.

Salimos del sótano. Cuando comencé a subir la escalera, miré hacia donde estaba el cuerpo de Jaydan. Quería dejar atrás ese lugar marcado por la ira que desprendía ese hombre aunque estuviese muerto. Aún me afectaba su odio y me dolía su violencia. Además, él sabía todo sobre mí. Se lo había contado la oscuridad.

CUANDO SALÍ AL EXTERIOR, amé la claridad del sol, el calor y los colores amarillo y verde de aquel campo que antes no tuve la oportunidad de admirar.

La ambulancia se llevó a Anne al hospital. Luego llegó la primera unidad forense y Lilian Peterson venía en ella. Cuando me vio, se dirigió hacia mí. Me preguntó en voz baja:

—¿Ha matado a Jay? ¿El asesino? ¿Qué demonios ha pasado aquí?

—No, Lilian. El sargento Jaydan Cooper era el asesino.

No daba crédito a mis palabras. Pude descubrir la impresión que explotó en su cerebro. Después comenzó a comprender.

—Entiendo. Por eso no dejaba ninguna huella. Por eso lo de las fotos en la Dark Web y su interés por culpar a Haynes. Porque él, como todos, sabía que Anne se obsesionaría con Gerard Haynes y su caso antiguo. ¿Jay? Si creyera en Dios, ahora mismo dejaría de creer... ¿Un policía asesinando y violando mujeres?

Asentí.

—Y Anne lo sabía, ¿verdad? Por eso me preguntó sobre la fiesta de mi cumpleaños. Jay llegó tarde porque venía de lanzarse en paracaídas. Para ese tiempo, el negocio de Welch apenas comenzaba y mis hijos y Jay hablaban de la altura de los aviones... Ella recordaba que alguien había hablado de eso junto a la piscina, pero quería asegurarse de que fuera Jaydan. No me preguntó

directamente por él. Solo por la conversación y por quiénes habían ido a casa.

—Anne lo sabía y lo siguió. Actuó en el momento justo en que Clifford Welch, cómplice de Jaydan, se le enfrentaba. Estaba desesperado porque, gracias a ti, nosotras sabíamos lo de la cuerda. Creo que fue cuando Welch se dio cuenta de que había sido un tonto útil para Jaydan, que nunca iría a la cárcel y que antes de eso lo culparía a él de las muertes luego de asesinarlo. Eran conocidos desde hace años. También compañeros de club y de deportes extremos llenos de adrenalina.

—No conocemos a nadie realmente y todos podemos llegar a convertirnos en asesinos si... —dejó la frase inconclusa.

—Se mueven las teclas correctas si nos hacen un ofrecimiento imposible de rechazar —completé.

—Sí. Algo así estaba pensando. Tal vez sea demasiado decir que todos, pero al menos sí unos cuantos... —afirmó.

—Jaydan hubiese asesinado a Welch y lo hubiese inculpado. Tal vez también hubiese asesinado a Anne —razoné.

—Es un horror —sentenció Lilian—. Era portador de la belleza inhumana como la leyenda japonesa de Yuki-onna. Era la mujer más bella, cuyo aliento gélido congelaba a todos. Hay pasiones buenas y malas, sin duda. Jaydan debía contener una de las peores y ser movido por una espantosa pasión. ¡Mi marido no va a creerlo! ¡Le caía simpático! Creo que hasta lo había invitado al club a partidas de tenis. Y la prensa va a delirar. Piensa bien cómo dirás esto, Alexis. Supongo que Asuntos Internos estará por llegar.

Cuando Lilian terminó de decir eso, vimos un auto aproximarse y estacionarse tras la unidad forense. Un hombre alto y delgado, vestido con un traje negro y una camisa blanca, se bajó de él, me miró y comenzó a caminar hacia donde estábamos.

—Me parece que ya han llegado —afirmé.

—Tengo mucho trabajo que hacer aquí. Que tengas suerte, Alexis —me dijo Lilian. Creo que en realidad estaba preocupada por mí.

Después de decir eso, se fue hacia adentro de la edificación. El hombre alto y bien vestido pasó junto al auto deportivo de Clifford,

que continuaba allí, y pisó en falso. Tuvo buenos reflejos, apoyó la mano en el vehículo para no caer. Luego continuó avanzando.

Llegó a mi lado y se detuvo. Se aflojó un poco el nudo de la corbata. Llevaba el pelo encrespado y un tanto largo para ser un funcionario de Asuntos Internos. Eran la policía de la Policía y pretendían mostrar una apariencia más «convencional». Había conocido a algunos de ellos durante mis años de estudio.

—Sebastian Hausmann. Asuntos Internos —dijo y me dio la mano.

—Alexis Carter —respondí.

La estreché. Cuando lo hice, una imagen apareció en mi cabeza. Vi a una mujer amordazada, golpeada, con las manos atadas. Llevaba un vestido rosa manchado de sangre. Estaba débil pero viva.

¿Qué estaba pasando?

TARDÉ VARIOS SEGUNDOS en darme cuenta de lo que sucedía. No tenía tiempo que perder. De repente, comprendí de golpe la verdadera relación entre Clifford y Jaydan, un *quid pro quo*. Creía que Clifford le ayudaba a buscar el perfil de mujeres que encajara en sus apetitos y que Jaydan le había prometido hacerle algo a Mary Jane. Era ella la mujer de la visión, estaba segura.

Entendí que Clifford, al ver la inminencia de nuestras sospechas en la segunda visita que le hicimos, se apresuró a adelantar lo que deseaba, la parte del trato en que Jaydan debía asesinar a su esposa. Clifford tenía moralidad de asesino, pero era un cobarde y nunca se atrevió a asesinar a nadie por sus propias manos. Pero sí a atacar, a maniatar... por eso llevó hasta allí a su esposa, para que Jaydan cumpliera su parte y luego dejar la asociación. Recordé lo que dijo en las afueras de su oficina en el club de paracaidismo, que su mujer estaba de viaje. Pero no era así...

Me separé rápido del hombre recién llegado. Caminé hasta el auto de Welch. Miré a un lado y a otro. Uno de los forenses estaba acomodando materiales sobre una mesa de evidencias a pocos metros.

—¡Una palanca! —pedí a viva voz.

Sebastian Hausmann se acercó a mí veloz. Me miró sin comprenderme, pero se hizo cargo. Fue a su auto corriendo y abrió el maletero. Sacó una barreta y llegó a mi lado lo más rápido que

pudo. Los forenses junto a la mesa se quedaron sin saber cómo reaccionar.

—¿Quieres abrir esto? —preguntó con voz potente.

—Sí —respondí y sin pensar le arranqué la palanca de las manos, poniéndola en el maletero. Era allí donde él tocó antes para no caerse. Había servido de instrumento, de canal para que me diera cuenta de lo que contenía el auto de Clifford.

Accioné la herramienta y abrí el maletero. Allí estaba Mary Jane, inconsciente y golpeada, pero viva. Sebastian Hausmann exclamó algo y pidió ayuda urgente a los forenses. Creo que dijo algo parecido a «¿cómo diablos lo supiste?».

No le respondí. Los forenses acudieron de inmediato y Lilian también. El pulso de Mary Jane latía. Me aparté y Sebastian Hausmann hizo lo mismo.

Me quedé pensando en el odio que Clifford debía sentir por Mary Jane Bach. Era un odio diferente al de Jaydan, más pasivo y dependiente. Necesitaba que otra persona hiciera realidad su ansiado asesinato. Al matar a Jaydan Cooper había dado todo por perdido, pero tampoco había anunciado que su esposa estaba muy malherida en el maletero de su deportivo cuando se lo llevaron. Pudo haber tenido ese mínimo acto de humanidad, pero no fue así. Aunque debía saber que su auto también iba a ser analizado. A ese nivel llegaba su desprecio por su esposa: feroz pero taimado. Tampoco soportó que Jaydan lo llamara títere. Era tan peligroso como él, aunque menos atrevido. Alguien susceptible de pactar con la oscuridad. Me pregunté cuántas personas así, capaces de hacerlo, habría en la ciudad. Cuántas personas «normales» con instintos asesinos.

En ellas estaba el verdadero poder de la oscuridad.

CUATRO DÍAS después de lo sucedido en la granja abandonada, llegué a la oficina. Recuerdo que era una mañana fresca, contra todo pronóstico. Las cosas en el departamento se habían calmado un poco. Todos sabían que el sargento Jaydan Cooper era el asesino de las bragas.

Conocí a Nathalie. Volvió a la oficina a explicar por qué había salido huyendo. Un vuelo la esperaba para cruzar el océano y volver a Ginebra, donde iba a empezar a residir. Era una brillante científica. También una persona tímida y callada. No podía imaginar a alguien que representara de mejor manera ser la antítesis de Jaydan Cooper. Nunca perdonó su inteligencia sin ansias de fama. No comprendía esa perspectiva íntima tradicionalmente asociada a un temperamento femenino.

Anne me sonrió cuando me vio aparecer. Tal como dijo, continuó a mi lado y no aceptó el puesto de Jaydan. En realidad, creo que nunca dejó de ser ella la directora, al menos en el corazón de todos. Menos para Juliet. Ella sí que estaba afectada. De hecho, había pedido unos días de baja. Era *vox populi* que estaba enamorada de Cooper.

Anne le pidió a Ender que renunciara y él lo hizo. Creo que intentó hacer la vista gorda por su obsesión con ella, pero no lo logró. Fue lo mejor. Ender necesitaba ayuda profesional.

Gerard Haynes continuó su trabajo en la cafetería Morgana y Lindsay en su restaurante. Lo sé porque acompañé a Anne a la

cafetería. Quería hablar con él, creo que para disculparse. No sé si eso fue lo que hizo, ni lo que hablaron, pero cuando volví al auto, la vi mejor, como liberada de una carga. Tal vez Anne comprendió que pudo equivocarse y que Haynes fuera en realidad inocente, como afirmaba Innocence Project. Aún no se lo he preguntado ni creo que lo haga.

Ella tampoco me ha preguntado a mí a qué me refería cuando hablaba de «ellos» con Jaydan Cooper. No le había contado a Anne sobre la oscuridad que había buscado a Jaydan y que él aceptó. Todo a su tiempo.

Habermelo visto implicada en el rescate a tiempo de Mary Jane Bach había sido bueno para mí. Eran gente poderosa e hicieron un pronunciamiento público sobre mi trabajo. Decidieron hacer eso una vez que en Emergencias le dijeron a su padre que la vida de Mary Jane se salvó por unos pocos minutos. Las declaraciones de los Bach y también sus influencias hicieron que la prensa fuera más benévola con el Departamento de Homicidios de Wichita y que resaltaran en mayor grado la resolución del caso y no que el asesino perteneciera al cuerpo.

A Sebastian Hausmann no lo convencí. Me preguntó varias veces cómo se me ocurrió que Mary Jane estaba en el maletero. Era un hombre inteligente, yo diría que interesante. Nunca había conocido a alguien que al estrechar su mano me transmitiera con tanta claridad dónde estaba una víctima a punto de morir. Eso me hizo pensar que tal vez con las personas indicadas a mi alrededor los sueños y las visiones comenzarían a ser más claras. Estaba dispuesta a confiar en eso.

Trabajar junto con Anne era una gran noticia para mí. Esa sensación de extrañeza que me invadía en mi primera semana de trabajo en Wichita comenzó a desdibujarse. También la asfixia y los temblores que llegué a sentir. Me parece que eso se debía a la cercanía con el asesino.

Podía ser que ahora haya encontrado el mejor lugar para luchar contra la oscuridad. Por lo pronto, había dejado de soñar con el hombre sin rostro y me propuse cada tarde ir a saludar a Dora. Ya lo

había hecho un par de veces. Era cierto que me miraba como si me conociera.

—LO DE JAYDAN COOPER no salió como esperábamos —dijo una de las personas que miraba el agua aquella tarde del 15 de julio.

—No —respondió su interlocutor de forma seca.

Estaban sentados en un banco situado en el paseo junto al río Arkansas, frente a la escultura del indio.

—Era una pieza de valuación regular, pero otra vez ella se interpuso —insistió quien había iniciado la conversación.

—Lo sé. Ya es la segunda vez. Ha tenido miedo, pero ha continuado adelante —afirmó quien escuchaba a la persona que poseía mayor rango en la misión que los ocupaba.

—Nosotros también lo haremos, y esta vez desde más cerca —respondió quien miraba el agua. Acto seguido, cruzó una pierna sobre la otra y encendió un cigarrillo.

—Así sea —respondió el subordinado e inclinó la cabeza.

Se mantuvieron en silencio un rato. Las luces de la ciudad se encendieron y se reflejaron en el río.

Cuando el cigarrillo se consumió, las dos personas se levantaron del banco. Una de ellas caminó en dirección al puente y la otra continuó por el sendero que bordeaba el agua. Solía hacer eso para pensar en soledad.

Su andar era pausado. Sin embargo, dentro del bolsillo derecho del pantalón tintinearón dos monedas que chocaban entre sí y lo hacían por la cara que mostraba al *Hombre de Vitruvio*.

Varios caminantes pasaron por su lado. Uno de ellos se le quedó mirando y sonrió. La persona devolvió la sonrisa y se quedó pensando.

—Esta vez tendría que ser mejor que el mediocre sargento... —se dijo para sus adentros.

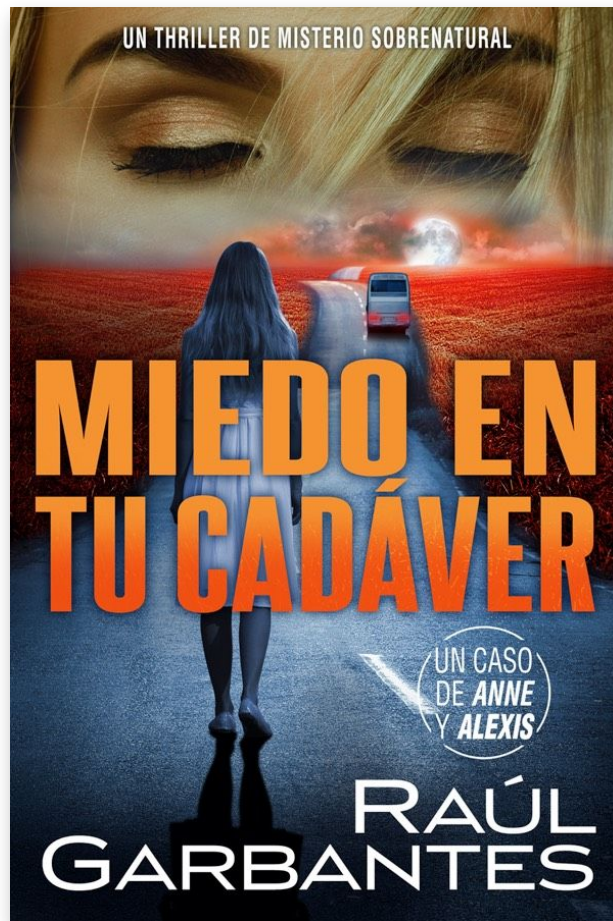
Después se detuvo y miró la gran escultura que proyectaba el reflejo en el agua: una sombra oscura. Luego inspiró profundo y percibió el olor de la pureza del río. Esperaba contar con una nueva carga de revelaciones claves ahora que Alexis Carter había logrado dar con la transmigración de su esencia. Sabía que eso la hacía más poderosa, porque conocía los antiguos escritos.

Continuó caminando hasta caer la noche. Se había iniciado la otra cacería en busca de una nueva voluntad de muerte.

FIN

Anne y Alexis regresan para resolver un nuevo caso en la segunda novela de esta serie: *Miedo en tu cadáver*. Obtenla aquí:

<https://geni.us/MiedoEnTuCadaver>



NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de esta novela.

Si te gustó mi obra, por favor déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma ;)

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:

[Amazon.com](https://www.amazon.com)
[Amazon.es](https://www.amazon.es)
[Amazon.com.mx](https://www.amazon.com.mx)

¿Sabías que ahora también puedes disfrutar de mis historias en audiolibros? Te invito a gozar de esta experiencia con mi relato *Los desaparecidos*. Escúchalo **gratis** aquí:

<https://soundcloud.com/raulgarbantes/losdesaparecidos>

Puedes encontrar todas mis novelas en mi página web:

www.raulgarbantes.com

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com.

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes



ÍNDICE

Créditos

Parte I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Parte II

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Parte III](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Parte IV](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Parte V](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Parte VI](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Notas del autor](#)